
MAYA R. STONE
CABALLEROS
RIDE
HARD
LIVE FAST
OSCUROS
MASON

MASON

Caballeros Oscuros 2



MAYA R. STONE

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30

Prólogo

Fue una estupidez, en retrospectiva, pero era fácil decirlo con el diario del lunes. Había sido una de esas decisiones que uno cree inofensivas.

Una visita rápida a un viejo amigo, el único que no tenía que ver con los Caballeros Oscuros, ni con su presente. De vez en cuando le gustaba escapar de la rutina, recordar otros tiempos, menos rudos, más alegres, y por ello, no había estado alerta.

Era una casa apartada, lejos de la sede, y una amena charla pendiente. Un momento de respiro. Pero apenas dobló la curva de acceso final, Mason lo supo.

Las motos habían estado a la espera, y sus cortes de cuero eran enemigos. No tuvo tiempo, estaban demasiado bien ubicados, y detrás venían más, saliendo de las sombras de árboles y setos.

No recordaba mucho más, a pesar de que se esforzaba, salvo que no había podido hacer nada más que aguantar. Algunos golpes secos, brutales, que lo sacudieron. Plomo, y el olor a pólvora en su nariz, intenso, letal.

No pudo mantenerse sobre su Harley, y su cuerpo rebotó contra el asfalto, pesado. El siniestro crac de algunos huesos retumbó en sus oídos, y entonces vino el dolor. Como una sierra en el pecho. Como fuego líquido en las piernas.

Lo habían emboscado como a un novato. Los Ravens. Hijos de puta cobardes, siempre buscando un hueco donde clavar el diente.

Recordaba, como un sello impreso, que antes de que su mundo se volviera negro, entre dientes rotos y sangre, había jurado que si salía de esa… no iba a dejar a nadie en pie.

No debería haberse preocupado por ello. Viper y los demás habían hecho suya la venganza mientras él se debatía entre la vida y la muerte, y el coma compasivo lo abrazaba.

Había despertado en una sala blanca, con el pitido constante de una máquina que no paraba, la boca un desierto, su cuerpo

desconocido por el trauma. Lleno de calmantes, de los buenos, porque parecía que flotaba.

Le había llevado algunas horas alcanzar la comprensión de su entorno. Su conciencia iba y venía. Lo primero, fue distinguir la voz de Ava, su hermana, leyéndole cosas absurdas al oído.

Luego, el rostro tenso y preocupado de Viper, su cicatriz intensificaba por el gesto. El gilipollas se sentaba al lado sin decir nada, sin saber qué decir, pero reforzando su lealtad con presencia.

Tres semanas en coma. Dos operaciones. Una pierna que tuvo que ser reforzada con placas. Y mucho, demasiado tiempo para pensar, rememorar.

Para revisar un pasado en el que había fallos. Para suspirar de deseos de volver al presente, donde su club lo era casi todo. Para frustrarse porque sus sobrinos tenían lágrimas cuando le veían vendado y exhausto luego de intentar caminar unos pasos.

Y también, para proyectarse y pensar en lo que tenía fuera del club, además de Ava. Nada. Una casa en silencio y muy grande. Por primera vez en años, eso le hizo sentir… soledad. .

Cuando le dieron el alta y volvió a su hogar y al club un poco después, sintió que el mundo había seguido sin él. Todo estaba en su sitio, pero era como entrar en la vida de otro.

Los hermanos del club lo cuidaban como a un anciano. Torque revisaba su moto como si al pulir el tanque pudiera arreglarle el corazón. Zero hablaba de códigos y sospechosos. Reaper le traía informes. Viper le hacía café como si fuera medicina. Les había gruñido para que le dejaran ser. No le gustaba verse débil, sin control. Fuera de juego.

Él, que había liderado al club desde la oscuridad hacia la legalidad. Que había peleado guerras internas para limpiar a los Caballeros Oscuros. Que había enterrado a más de uno por menos. Y ahora… apenas podía subir escaleras.

Tal vez por ello, cuando Desirée apareció en su puerta, la dejó entrar. Una de las Gatitas del Inferno, las mujeres que deleitaban a los moteros con su sensualidad y disposición al sexo.

Primero fue una de las tantas visitas en el umbral, trayendo comida, algún obsequio de parte de todas, así decía. Luego su presencia se fue haciendo una constante durante la semana.

Le llevó sopa. Le limpió la frente. Se sentaba a su lado cuando los demás se iban. Le succionaba el alma con su boca experta. Sabía usar sus recursos, y lo hacía ansiosa, siempre dispuesta.

<<Estoy aquí, Presi. >>

<<Mason, no te inquietes, podrás caminar más rápido pronto. Estarás haciendo rugir tu Harley en semanas.>>

<<Estás tan guapo.>>

<<Oh, sí, házmelo otra vez. Nadie me folla como tú.>>

<<Dime que te gusta lo que te hago… >>

<<Dios, esta polla tuya, me vuelve loca. >>

Mason debería haber sido más firme. Más cortante. Había visto lo que estas mujeres querían y por lo que se peleaban a lo largo de años de presencia de otras como ella en la sede.

Mujeres que adoraban el estilo motero, que no eran tímidas y no se arredraban por un trío, una orgía, por follar delante de una audiencia, y a las que no les molestaba ser pasada de polla en polla. Pero que ambicionaban, en general, pasearse en el asiento trasero de una motocicleta, y ostentar el título de vieja.

Sí, Mason sabía esto, pero en su cansancio, en su soledad… la dejó seguir viniendo. No hubo promesas. No hubo declaraciones. No tenía nada para darle, salvo sexo.

Solo noches de pocas palabras que terminaron con ella en su cama. Con su cuerpo llenando un vacío que no era físico. Y durante un tiempo, le bastó.

Pero a medida que el cuerpo se recuperaba, la cabeza empezaba a ir más rápido y su cuerpo sanaba, y su rutina con el club volvía, el acuerdo tácito se volvió pesado.

¿Qué demonios estaba haciendo? Él no era un hombre que compartiera su vida por inercia. No era un motero cualquiera con una calentura de más. Y sin embargo, ahí estaba: con una mujer

que había entrado en su casa, en su cama, en su rutina… sin pedir permiso.

Una noche de tantas, lo inevitable llegó. Desirée lo miró desde el otro lado del colchón y se lo soltó:

—La pasamos bien, ¿no es así? Me gusta atenderte, cuidarte. Podría ser tu vieja. De hecho, algunos lo creen.

Mason la había observado, en silencio. No era cierto, claro. Ninguno de los que le conocían creería que había caído por esta llamativa mujer.

No la denigraba, no la creía menos por sus elecciones. ¿Quién era él, un hombre que había vivido al margen de la ley por algunos años, para criticar a alguien? Y menos a una mujer que vivía libre y había sido un baluarte por meses.

Mas no sentía más que deseo por ella, y este se diluía día a día. Pensó en Ava. En Viper y Beatrix. En los moteros de los Reyes de Sacramento, que a pesar de su dureza, se habían asentado, habían construido algo sólido.

Pensó en que él podría, tal vez, en algún momento, tener eso. Tal vez lo quería. No estaba claro. Pero no sería con Desirée, y debía decirlo.

—Lo que tuvimos fue compañía. Lo agradezco. Nada más. Lo sabes, te lo he repetido vez tras vez.

No lo dijo con brutalidad, pero eventualmente, así sonó. No se arrepintió, porque prefería ser sincero. Ella no merecía albergar esas esperanzas con él.

Desirée lo aceptó bien, con una sonrisa, pero no dejó de venir, de traer comida, de arreglar su lecho, su cocina, incluso cuando le pidió, con suavidad, que no lo hiciera.

Con la decisión de tomar el control de su vida otra vez, había cambiado la cerradura, previo envío de un texto ordenándole que no volviera, que a partir de ese día, se verían en el club Inferno.

Había vuelto a rodar en su Harley, y disfrutó del viento en su cara, de la soledad de la carretera, de las bromas y bebidas con los

suyos. Y, eventualmente, la rutina del club lo absorbió, en especial, cuando aparecieron nuevos desafíos.

Por un tiempo, la soledad de su casa, que picaba en su mente antes de dormir, se volvió manejable.

Nadie lo había preparado para el tsunami de emociones que llegaría a su vida en forma de mujer gitana.

Capítulo 1

Ilona miró alrededor, verificando que cada cosa estuviese en su sitio, y bajó la persiana metálica del local. El cartel que colgaba en la puerta se balanceó con un leve chirrido y marcó el *CERRADO*.

La temperatura había descendido un poco, pero aún agobiaba, y la fragancia de las lilas que la casa vecina al local cuidaba con esmero se esparcía en el aire, dulce. Un contraste con el aroma a canela e incienso del interior.

Su local comercial era un submundo. Los colgantes de cobre tintineaban, oscilando desde el techo. Velas, bordados florales, espejos humeados, una peonza antigua de plata junto a una jaula vacía.

Cada objeto una historia, un alma propia, y así le gustaba a Ilona. *Lakatos Antiques & Mystics* no era solo una tienda, era un refugio para quien creía que los objetos podían tener memoria.

Movió los dedos de sus pies dentro de las botas y se sintió bien. Las plantas le dolían, y era resultado de la limpieza a fondo que había hecho aprovechando que hubo pocos clientes.

Deslizó la llave en la cerradura, lista para girarla y dar el día por finalizado, cuando una voz surgió desde la sombra, sobresaltándola:

—Siempre tan puntual, Ilona. Me gusta eso de ti, entre muchos otros detalles.

El tono era untuoso, la sugerencia de la frase inapropiada, y la persona más que desagradable. Ilona tragó saliva antes de darse la vuelta, consternada ante la perspectiva de tener que lidiar con este hombre, otra vez.

Le enfurecía su presencia tanto como le asustaba. La ponía en tensión extrema. Cuadró sus hombros y respiró hondo para recuperarse y no demostrar sus emociones. No se hacía eso delante de un chacal, y este… Este era uno de los peores.

Zoltán Horváth se apoyaba casual contra el poste frente al local, llenando el espacio con su presencia, como si la calle le

perteneciera. Corbata de seda sobre la camisa clara, y un traje caro e impecable. El cabello peinado hacia atrás con una perfección antinatural.

Ojos astutos, oscuros, fijos en ella, recorriéndola, haciéndola sentir sucia. Piel demasiado tersa para su edad, que casi era el doble de la de Ilona. Era un hombre que se cuidaba, vanidoso, y que muchas mujeres calificarían como guapo.

Pero Ilona sabía más. Ella conocía lo que subyacía a la fachada, y era horrendo. Este era un ser vil, sin sentimientos reales, al que solo animaba el deseo y la codicia. Le quería lejos, muy lejos suyo.

Para su desazón, empero, el hampón… No era otra cosa a los ojos de Ilona y su familia, aunque se jactara de ser el jefe, el mandamás, el hombre fuerte. Él había fijado sus ojos en ella y no pasaba semana en que no la hostigara y persiguiera para que cayera a sus pies.

La sola idea la enfermaba, la ponía al borde del vómito. Jamás se entregaría a un hombre así. Pero no podía expresar su desprecio en alta voz sin poner a su familia en peligro. Este ser… Era rencoroso, no dudaba en recurrir al chantaje, a veces sutil, otras, descarado.

Ilona apostaba a mantener su estrategia, que era marcar su desinterés en su asedio con aplomo, sin enojos, y en no mostrar una décima de su temor. Los predadores reconocían la debilidad y se cebaban en ella, y Zoltán era el mayor de todos en este lugar.

—¿Ha venido a recordarme que puede proteger mi negocio? Mi respuesta sigue siendo la misma. No, gracias. Mi familia ha tenido este local por décadas—dijo ella, cruzando los brazos.

Zoltán sonrió, y avanzó hacia ella. La brillante sonrisa no llegaba a los ojos, oscuros como pozo de agua muy sucia.

—Ilona, no seas esquiva. Estoy aquí para verte. Me alegras el día, en especial, cuando he tenido que tomar decisiones difíciles.

Oh, Dios. Seguramente alguna golpiza a alguien del vecindario, o amenazas a alguna familia de la colectividad. ¿Cómo podía ser tan cruel con aquellos que, como él y ella, seguían siendo vistos como extranjeros a pesar de tener décadas en el país?

—Debo ir a casa. Me esperan.

—No lo dudo. ¿Cómo está tu dulce madre? Y tu padre, ¿sigue teniendo problemas de corazón? Espero que Lázsló y Domi sean buenos hijos.

Ilona tragó saliva, nerviosa. Había tanto subyaciendo en esas preguntas en apariencia inocuas y preocupadas. Nada más lejos de eso.

—Lo son. Necesito irme. He venido a recordarte que te estás quedando sin tiempo. Tus… colegas son inteligentes y confían en mí, ¿por qué tú no? Sería tanto más fácil—dijo, y suspiró, como si hablara con una niña que no entendía las cosas.

Ilona no respondió. Ya no discutía con él. No servía. Zoltán era una de esas personas que confundían deseo con derecho. En realidad, para él solo existían sus deseos y sus derechos.

Era vil, cruel, e Ilona sabía que pisaba terreno muy frágil aquí. La desdicha y la rabia por lo injusto de esta situación amenazaron volcarse a su expresión y actitud, pero las contuvo. Tenía que proceder con mucho, mucho cuidado, caminando sobre esta cornisa.

Era terrible que la amenaza a su felicidad, a su vida como la conocía, a su familia, proviniera de un hombre que pertenecía a su comunidad. Uno podía esperar desdén, uso y abuso de un extranjero que no les conocía y les atribuía malas costumbres, pero Zoltán era tan húngaro como ellos.

Descendiente, Ilona, como tú. Eres americana por nacimiento. Pero las raíces pesaban. Tercera generación, nacida en Sacramento, pero criada como si aún viviera a orillas del Danubio.

El húngaro se hablaba en casa, aunque mezclado con palabras romaníes que ni su abuela podía ya traducir. Su madre tejía en silencio mientras murmuraba dichos antiguos. Su padre afinaba violines.

Los Lakatos no eran exactamente bien vistos por nadie, ni por los americanos ni por los suyos. Demasiado gitanos para unos, demasiado modernos para otros.

Zoltán había llegado con el dinero, con los coches, con los trajes italianos y las promesas. Promesas para su comunidad. Para los hombres sin trabajo, para los hijos sin oportunidades. Les ofrecía "protección", "trabajo", "pertenencia". A cambio de silencio. *De* obediencia*.* De *pago y favores.*

A ella… le ofrecía otras cosas, y cada una de ellas la hacían temblar, asqueada, porque no podía despreciarle más. La idea de sus manos sobre su piel, de su boca en la suya... Se estremeció levemente.

—Te he traído algo—dijo él, ajeno a los pensamientos femeninos, incapaz de creer, o aceptar que Ilona no lo quería cerca.

Sacó un pequeño estuche del bolsillo de su abrigo, que extendió. Ilona no lo tocó, y él lo abrió de todos modos: un colgante de oro con una piedra carmesí. Carísimo. Y vulgar. O lo que conllevaba aceptarlo lo era.

¡Qué equivocado estaba al creer que podía comprarla! Que ella cedería ante su dinero, su poder, su prepotencia. *Antes muerta*, pensó.

—Tómalo, es muy caro, e irá perfecto en tu bonito cuello.

—No uso ese tipo de joyería, gracias—señaló, y se alejó un paso, buscando rodearlo, su piel vibrando, su cuerpo pidiendo distancia.

—Oh, Ilona, Ilona…—Zoltán sonrió con frialdad, y chasqueó su lengua—. Esto entre nosotros… es inevitable. Es cuestión de dar el paso. Debe ser pronto. Mi tiempo y mi paciencia son limitadas.

Ella lo miró, seria, sin sonreír. Con tristeza en su corazón, porque el cepo parecía cerrarse sin remedio alrededor suyo.

—No voy a ser una de tus mujeres, Zoltán. Sé que tienes varias, y una prometida.

Zoltán se encogió de hombros.

—Es algo arreglado. Tú, en cambio… Eres única. Una joya preciosa de la que presumiré. Te quiero en mi cama, en mi brazo, Ilona. De ahí mi insistencia, y esta debería ser muestra de mi interés por ti. No persigo mujeres. Vienen a mí. No quisiera que te equivoques, Ilona.

Dicho eso, le lanzó una sonrisa que pretendía ser encantadora y se alejó despacio, como si el asfalto le perteneciera. Cuando desapareció en la oscuridad, Ilona se apoyó en la puerta con la frente pegada a la madera. Tragó saliva.

La amenaza final era descarada, y la dejó sin fuerzas. ¿Qué haría? ¿Cómo podía zafar de esto? No podía contárselo a su familia, no todo. Su madre se angustiaría, y su corazón no era el de antaño.

Y su padre… Se enfurecería y haría alguna locura que podría costarle la vida. Zoltán era cruel, y no dudaría en enviar a sus Minions contra él. O contra sus hermanos.

Lázsló y Domi, empero, eran sagaces, estaban atentos a los rumores. ¿Cómo mentirles? Ellos sabrían. Siempre sabían todo. Preferían fingir que mientras ella mantuviera la cabeza alta, el problema no era real.

Pero lo era. Zoltán no era un hombre cualquiera. Estaba relacionado con la mafia rusa. Se movía entre sombras. *La Bratva*, se susurraba, con terror. Algunos decían que tenía vínculos con ella, pero actuaba por libre. Con sus propias reglas. Y sus propios objetivos.

Y ella, Ilona Lakatos, la de las *manos finas y los ojos de noche*, a decir de su abuela, la que leía cartas a ancianas latinas, la que limpiaba piezas oxidadas con vinagre y secretos… esa Ilona había sido elegida como su próximo trofeo.

Suspiró, y se alejó caminando lento. Dejó el colgante en el banco, sin tocarlo. Tomarlo era aceptar, y tan asustada como estaba, todavía no se rendía.

Capítulo 2

El vapor del goulash había empañado las gafas del dueño del local de comidas, también cocinero y camarero. Limpió una esquina del plato con el pulgar antes de dejarlo sobre la mesa y retirarse en silencio. Viper lo miró de reojo mientras partía el pan.

—Este hombre está más silencioso que nunca—gruñó, y masticó —. Pero no se le puede negar que cocina bien. Este pan es la puta hostia.

—Mmm—Zero aspiró el aroma de la comida, y arremetió—. Joder, ¡qué bueno está! La ternera se deshace en la boca. Hace años que no comía goulash. Por cierto, no es raro que no hable. Si los rumores son ciertos, ha de estar asustado.

Mason no respondió. Inclinado hacia adelante, los antebrazos sobre la mesa, con los ojos clavados en el otro lado del cristal, observaba. Habían venido aquí a eso.

No significaba que no podía disfrutar el plato. Con muchas calorías para un día cálido, pero era sabroso. El gusto del pimentón, del tomate, la carne… Sí, era muy bueno.

Disfrutó sin dejar de mirar. El vecindario estaba a pocas manzanas de la sede del club, y tenía esa mezcla de calles tranquilas y tensión silenciosa que él conocía de sobra.

Hubo un tiempo que la gente y los lugares a los que los Caballeros Oscuros iban se veían así. Lugares donde se podía observar el miedo en los ojos y los silencios de sus habitantes.

De pronto, algo en la acera contraria a la del local llamó su atención. Un hombre alto, con rasgos exóticos y con el tipo de presencia que no necesitaba escolta para intimidar, pero igual la tenía, descendió de un vehículo de alta gama.

Los que le escoltaban y quedaron detrás eran dos hombres enormes, tatuados y musculosos. Portaban armas, y no las disimulaban.

Miraron alrededor con calma, dueños de la calle. Un par de personas que caminaban por la acera cruzaron a la del frente, sus ojos bajos.

Mason aguzó su vista cuando vio a una mujer de baja estatura y colorido atuendo salir del local comercial. Cabello muy negro y largo, falda de colores y blusa que ceñía sin aprisionar una figura curvada.

Observó al hombre sonreír, y hablar, asustando a la mujercita que cerraba su comercio. El temor se expresó en la tensión de su cuerpo, en la alerta de su postura, que gritaba su incomodidad. Su rostro permaneció estoico, empero.

Era hermosa, decidió, a pesar de los metros que les separaban. Fascinado, con la cuchara en su mano, se encontró incapaz de quitar su mirada de ella.

El hombre parecía una serpiente buscando fascinar a un ratoncillo, pero este se rebelaba, se apartaba como por instinto.

Él le extendió un objeto, que quedó sobre un banco, porque ella no lo tomó, a pesar de que parecía obvio que era un regalo. Extraño.

Solo cuando el hombre se dio la vuelta y se marchó, el rostro femenino se descompuso en una obvia mueca de temor. Entonces, ella se apresuró a guardar sus llaves y caminó rápido, alejándose en sentido contrario al del hombre.

—¿Quién es?—preguntó Mason sin apartar la vista.

Zero, sentado al otro lado, dejó de comer y carraspeó, tomando el móvil y desbloqueándolo para leer.

—Ese local pertenece a la familia Lakatos. Lo atiende la menor de los hijos, Ilona. Tercera generación de húngaros en Sacramento. Esa es una tienda de antigüedades con un aire esotérico. Todo legal, sin multas, sin quejas. Vive en la casa contigua a la de sus padres, en el pasaje de atrás.

—¿Y ese era…?

Mason no tuvo ninguna duda de que habían estado tan atentos como él, a pesar de que el goulash se había evaporado de sus platos.

—Zoltán Horváth. Húngaro, segunda generación. Oficialmente, socio de dos restaurantes y un gimnasio privado. Su nombre ha aparecido en operaciones de la Bratva, pero en San Francisco. Sin embargo, hace seis meses que apareció aquí. Y con un puesto de jerarquía, eso se comenta.

Esos comentarios crecientes más la comprobación de que la actividad de contrabando de drogas había aumentado en la zona eran los que les habían traído aquí.

—Así que este es el bastardo que cree que puede venir a aterrorizar nuestra ciudad—murmuró—. ¿Está actuando solo?

Zero negó con la cabeza, bajando la voz.

—Nadie de esa estructura opera solo. Pero se está moviendo con bastante libertad, si me preguntas. Reclutando entre los suyos. Pequeños negocios de húngaros y eslavos. No parece algo que interesaría a los grandes jefes, más fijados en la frontera y las posibilidades del tráfico de lo que sea.

Mason asintió, pensativo. Sus ojos no se habían despegado de la calle, y vio cuando el vehículo volvía, y uno de los gigantones iba por el objeto que había quedado en el banco.

—Está demasiado cómodo. No lo vimos venir y se asentó. Eso no puede seguir.

El tiempo en recuperación le había quitado sagacidad, tal vez. Se había confiado, creyendo que la presencia del club era suficiente para correr a los enemigos.

—Era inevitable que alguien llegase a cubrir los huecos que los clubes que derrotamos dejaron vacíos. Alguien debe proveer la droga, el contrabando… Es la ley del mercado—dijo Viper.

Era cierto. Y se encargarían de sacarlo, como habían hecho antes, pensó. De seguro los Reyes de Sacramento estarían con él en esto.

—Ese Zoltán, ¿tiene alguna relación con esa mujer, Ilona? Es extraño que viniese ahí en persona, y la conversación pareció tensa. Él quiere algo con ella.

—¿Qué te hace pensar que busca algo más que dinero, intimidar? —preguntó Viper, bebiendo del vaso.

—Un líder así no hace visitas personales a tiendas de antigüedades, y menos, cuando la dueña es tan hermosa. Ha de querer algo más.

El dueño se acercó a su mesa otra vez. Era un hombre delgado, de unos sesenta, piel pálida y un bigote gris bien recortado.

Llevaba su mandil limpio, pero las manos mostraban la marca del ajo, del vinagre y de años de cortar con cuchillo sin guantes.

—¿Todo bien, señores?

—Perfecto—respondió Mason, sin levantar la mirada—. Buena comida.

El hombre rio, breve y tenso. Luego se inclinó un poco más.

—Gracias por venir.

—Nos gusta comer bien. Es extraño que haya tan poca gente, aquí, o en la calle. Solía ser bullicioso hasta bien entrada la noche—dijo Viper, mirando por la ventana.

Silencio incómodo.

—Hay mucho movimiento de desconocidos por el vecindario—dijo Mason, sin cambiar el tono—. Gente que no solía venir. ¿Los conoces?

El hombre dudó. Se pasó un trapo por las manos, como si eso le diera tiempo.

—Algunos. Otros no.

—¿Alguien te ha presionado?

—A mí no. Todavía no.

La forma en que lo dijo dejó claro que a otros sí.

—Visitan a los comerciantes.

—Sí. Les veo pasar. Entran a las barberías, a las casas de apuestas, a los almacenes. Algunos aceptan. Otros callan. Los demás… bueno. Se callan también, pero porque tienen miedo.

Mason lo midió. El tipo estaba tenso. No solo por la presencia de Zoltán, sino por la de ellos también. En este barrio, los moteros y la

mafia estaban en el mismo saco de los peligros que era mejor no molestar.

—Tu gente habla, imagino. ¿Qué dicen?

—Hablan, pero en voz baja. Los que han visto pasar esto antes saben cuándo esconderse. Cierran antes de lo habitual. Algunos negocios han bajado las persianas esta semana, y aunque digan que es por reformas…—meneó su cabeza—. Hay presiones. Hostigamiento. Cobros.

—¿Y tú? —preguntó Mason—. ¿Es lo que harás?

El hombre levantó los ojos. Por un segundo, algo de orgullo se asomó detrás del miedo.

—Llevo cuarenta años en esta calle. Si cierro… no será por ellos.

Mason asintió, una vez. Con eso bastaba.

—Gracias.

El hombre inclinó la cabeza y se marchó en silencio.

Mason tomó su vaso, pero no bebió. Seguía mirando la puerta por la que esa mujer, Ilona, había salido minutos antes.

Temen a los que vienen, pero también nos temen a nosotros. No confían en el cambio de nuestro club, tal vez. Y eso, en parte, era culpa suya.

El nombre del club pesaba como plomo en ciertos barrios. A veces por lo que eran. A veces por lo que habían sido. Y, a veces, simplemente por lo que otros decían de ellos.

Mason se giró un poco en el asiento, como si acomodarse le diera una mejor vista de la calle. La figura de la mujer se había perdido en la esquina, sola entre luces bajas y faroles que parpadeaban.

—Bonita chica, como dijiste—dijo Zero, y mostró algunas fotografías.

Era… única, decidió Mason. Una boca llena, nariz pequeña, ojos oscurísimos que brillaban rodeados de las pestañas más largas que hubiese visto. Rasgos delicados, plagados de color. Aretes, anillos, colgante. Pero había armonía en la mezcla de oro, plata y cuentas.

—Mal momento y lugar para serlo. El húngaro parecía demasiado interesado—gruñó Mason.

—¿Entonces? —insistió Viper.

—Entonces vamos a hacer ruido —dijo Mason—. El tipo está pisando nuestro suelo. Y no hay nadie que lo haya invitado.

Se levantó, se ajustó el chaleco, y dejó dinero en la mesa. Viper y Zero se incorporaron y le siguieron, saludando con un gesto al hombre que ahora lavaba vasos.

Montaron en sus motocicletas y estas rugieron al avanzar, sus sombras más largas que nunca bajo la luz mortecina de las farolas.

Capítulo 3

El portón chirrió al cerrarse detrás de Ilona. La casa de sus padres, una construcción pintada en tonos ocre y azul añil, estaba a escasos pasos de su propio apartamento, separado por una verja blanca entreabierta y una higuera vieja que servía de sombra común en verano.

Desde el umbral se oía la música: un viejo tema de violín y címbalo, entre alegre y melancólico. El aroma a pörkölt recién hecho y pan con alcaravea la envolvió antes de entrar.

Era un olor que pegaba al alma. Hablaba de hogar, de historia, de cosas que no cambiaban.

—¡Ilonka, *szívem*!

La voz de su madre se alzó desde la cocina. *Mi corazón.*

—Aquí estoy, *anya*—respondió, dejando la bolsa sobre el aparador. *Mamá*.

Su madre, Rebeka, apareció en la puerta con las manos cubiertas de harina y la trenza algo deshecha. Ilona sintió el calorcito amable que la presencia materna no fallaba en producirle, pero también se le constriñó el corazón.

Si algo le pasaba… A ella, a su apa, a sus hermanos…. No se lo perdonaría. Sus pensamientos iban de la rebeldía y la negación a Zoltán, a la culpa y el terror. Y claro que no podía disimular ante su anya, que no necesitó más que verla para saber que algo estaba mal.

La escaneó con esos ojos que sabían más que cualquier carta del Tarot. Sus instintos eran los mejores, o tal vez era que Ilona no podía despegarse de la sensación de peligro que sintió esta noche.

—¿Ha vuelto?

Ilona solo asintió. Rebeka cruzó los brazos, apretó los labios, y no preguntó más, aunque su cabeza debía hervir. Era una mujercita intensa, y una leona protegiendo a los suyos. Por eso, callaba. Como Ilona.

Ambas sabían que no podían azuzar la furia de los hombres en la casa porque estos harían su misión esencial el ataque a Zoltán, y morirían. No cabía otro final, porque el mafioso no tenía piedad.

Desde la mesa, su padre Tivadar leía un periódico viejo, pero en lugar de mirar las letras, pasaba el dedo por la fotografía de la portada. Un puente sobre el Danubio. No levantó la vista cuando pronunció las palabras que paralizaron a Ilona.

—Lo vi, mi niña. Desde la esquina. Iba por ti, estabas tardando— Su voz era ronca, como si cada palabra tuviera que pelear su lugar en la garganta—. Ese hombre se cree con derecho sobre ti. Te juro que casi voy a él y lo golpeo, a pesar de esos mastodontes que lo rodean y cuidan. ¿Qué hombre de verdad persigue a una niña?

—Papá, soy una mujer—intervino Ilona, sin calor.

—¡Zoltán tiene el doble de edad! Y una prometida, todos lo saben. Si se acerca más… Si intenta tocarte…

—¡No te atrevas, Tivadar—dijo Rebeka, y la angustia permeó su rostro—. No puedes desafiarlo, lo sabes.

—He dicho que me contuve, como me has rogado, mujer. Pero cada vez es más difícil.

—Mierda de hombre—gruñó Lázsló.

Ilona colgó el abrigo y se sentó a la mesa junto a sus hermanos. Lázsló, el mayor, estaba limpiando unas piezas metálicas con un paño aceitado.

Domi, el menor, tocaba la balalaika con los ojos cerrados, aunque su mandíbula estaba dura.

—No puedes seguir así—murmuró Lázsló sin mirarla—. Al menos deberías aceptar que Domi o yo estemos en la puerta.

—¿Y que piense que le tengo miedo? —respondió ella, quitándose los pendientes con cuidado.

—Es que sí le tienes miedo—dijo Domi, sin abrir los ojos—. Eres inteligente.

Ilona no respondió.

En la estantería del comedor había fotos en blanco y negro, reliquias traídas desde Szeged y Eger, collares de vidrio rojo,

colgantes bordados con hilos de oro, una tetera de cobre que había pertenecido a su bisabuela y un ojo turco colgado en la lámpara, justo al lado de una figura de San Miguel.

La mezcla de superstición y fe católica era natural allí. Nadie lo cuestionaba.

—¿Y si un día no estás sola?—preguntó Rebeka, mientras servía el guiso en platos humeantes—. ¿Y si ese hombre se presenta cuando estés con una clienta?

—Entonces lo enfrentaré con mis palabras, como hago cada vez. No va a dañarme.

Su padre dejó caer el periódico al suelo.

—¡No es una cuestión de orgullo, Ilona!—alzó la voz por primera vez en semanas—. Ese hombre no juega. Se mueve con bestias, y nosotros no tenemos jauría.

Ilona sintió cómo le temblaban los dedos bajo la mesa. Apoyó las palmas sobre la madera.

—No es orgullo, padre. Es prevención. Al menos conmigo, él es paciente, espera. Si alguno de ustedes está conmigo, no dudo que podría… Lastimarlo solo para mostrarme que puede.

Él la miró entonces. Y aunque no dijo más, el cansancio en su rostro hablaba por él.

—¿Qué familia seríamos si no te protegemos? No somos inútiles. Mañana—dijo su madre con tono firme— tú no abres sola. Lázsló irá contigo.

—No es necesario…

—¡No discutas!—dijo Domi, que rara vez alzaba la voz—. No te hace menos valiente estar acompañada.

La casa volvió al murmullo del violín y al chasquido de la leña en el brasero. Nadie volvió a hablar de Zoltán esa noche. Pero la sombra de su nombre se sentó con ellos, entre el pan, el goulash y las bendiciones de las abuelas que ya no estaban.

++++

El sonido de las motos rompió la quietud de la noche, como si un trueno mecánico asolara el lugar. Las luces del galpón se

encendieron antes de que la primera Harley entrara. La sede de los Caballeros Oscuros respiraba metal, aceite, cuero y humo.

Mason vino a los que llegaban, y esperó a que dejaran sus cascos. Sin decir palabra, hizo un gesto a Viper para que comenzara a servir bebidas.

Lo primero que estuvo listo fue su bourbon sin hielo. Reaper encendió un cigarrillo, junto a la ventana, con el cuchillo girando en sus dedos como una costumbre nerviosa.

Torque se quitó los guantes y tomó la cerveza, que apuró de un trago, mientras Zero se sentó en una de las mesas donde su laptop le esperaba. T—Bone, Crusher y Madman vinieron al mostrador y se sentaron en los bancos altos.

—¿Y, qué vieron? —preguntó Mason por fin.

—El vecindario está muy quieto. Varios locales cerraron temprano. Incluso el pequeño restaurante que fueron ayer—dijo Torque—. El de Ferenc, tenía la persiana baja.

Mason mascó la información en silencio. Joder, el hombre había parecido seguro de sí mismo. Aunque también había dicho que los más listos cerraban antes de que los presionaran. Reaper lanzó el cuchillo al aire. Cayó justo entre sus botas.

—Se puede oler el miedo, la desconfianza. Locales cerrados, poca gente en las calles, y apurados, con sus vistas al piso. Parece un páramo, lo que es raro, porque esa gente ama sus fiestas, y saben divertirse.

—Zoltán ha puesto sus garras en la zona, y ha logrado sembrar el miedo. Se movió rápido el bastardo—dijo Viper.

—Nuestro error. Nos descuidamos—murmuró Mason—. Nadie debería mover un dedo aquí sin que lo sepamos. Pero ese cabrón está metiendo los dos brazos hasta el codo.

El ruido de la puerta trasera abriéndose les distrajo. Hubo algunos resoplidos y silbidos cuando Desirée entró sonriente y contorneándose, con un recipiente de plástico cubierto por un paño bordado en sus manos.

Vestía su habitual combinación de leggins ceñidos, camiseta corta que se apretaba en sus pechos erguidos y botas altas. El cabello rubio platino, recogido en una trenza floja, brillaba bajo las luces.

—¡Desirée, bonita! ¡Qué guapa estás! ¿Viniste a verme? Lo entiendo, cariño, esta polla deja una impresión memorable—dijo T—Bone, sonriente, y Madman cloqueó como una gallina vieja.

—¿Ese maní que tienes entre las piernas? He oído de él, entre risas de mujeres.

T Bone meneó su cabeza e hizo un gesto contrito.

—Me lastima tu pobreza espiritual, hermano. La envidia es un pecado. Todos saben que tengo un miembro como un caballo.

—Oh, T Bone, querido, mis ojos están dedicados solo a uno—dijo ella, su mirada fija en Mason, que la desvió, molesto.

—Ella se ha puesto selectiva estos meses—dijo Torque, echándose atrás en su silla, con una leve sonrisa.

Mason gruñó, molesto por la interrupción, que era inesperada y no bienvenida, a pesar de lo que pudiesen decir los demás. *Gilipollas alzados*, pensó.

—Te traje estofado, Mason—dijo ella con una sonrisa sensual—. Como te gusta, con carne tierna y sin ajo.

Los moteros resoplaron y rieron, menos Reaper, que rodó sus ojos, y Viper, que se mantuvo muy serio.

No le gustaba esta mujer, se lo había dicho más de una vez, pero Mason suponía que eran los celos de su vieja, Beatrix, hablando a través del vicepresidente.

Mason miró a Desirée, y le hizo un gesto hacia la cocina. Apostó a ser paciente, a pesar de que esta negativa de Desirée a interpretar sus deseos, expreso, le molestaba.

—Déjalo en la nevera. Alguien va a comerlo, con seguridad.

—¿Te quedas a dormir aquí esta noche?

—No lo sé.

—Si lo decides, puedes usar la habitación de siempre. Ya está limpia, y con sábanas limpias, me encargué de prepararla. Podría quedarme contigo, y …

Mason la miró sin suavidad. No había crueldad, pero sí firmeza.

—Gracias por tu trabajo, pero no sé qué haré, y no quiero compañía.

El golpe fue silencioso, pero eficaz. Desirée se quedó inmóvil, sin saber cómo retirarse sin parecer derrotada.

—Preciosa, prepara la mía y nos divertimos hoy—dijo Torque, haciendo un gesto obsceno.

Desirée dibujó un mohín decepcionado, mientras su lengua recorría sus labios en gesto sensual. Uno que no encendió nada en Mason, aunque varios hombres a su alrededor miraban a la rubia con deseo indisimulado.

Viper mostró su impaciencia sin sutileza:

—Desirée, esta es una reunión del comité del club, y tú no puedes estar aquí.

Ella apretó sus labios, pero asintió y taconeó a la cocina, seguida por halagos y silbidos. Era una mujer muy excitante, atractiva, y varios aquí la deseaban, y habían dejado de acercarse a ella por la persistencia con la que perseguía a Mason.

Pero el desinterés del presidente daba vía libre para la caza, y varios se afilaban los dientes.

—Esa mujer debe dejar de venir así—gruñó Viper—. Su lugar es el Inferno, o las celebraciones autorizadas en la sede, y no hay una en ciernes.

—Eres un bastardo egoísta, Viper—gruñó T Bone, sin calor en sus palabras—. Como ya tienes una mujercita en tu casa y cama, que te toca el violín para que duermas, nos quieres quitar el pan de la boca.

—Es violoncello, cabrón. Y no menciones a Beatrix.

—No hay pan para ti, capullo. Esa mujer tuvo a Mason por un rato y no quiere desprender sus garras del premio mayor—dijo Reaper, siempre el cauto y desconfiado—. Coincido con Viper: no debe estar aquí. Tú—levantó la voz para indicar al prospecto que limpiaba mesas al fondo del local—. Ve a la cocina y dile a Desirée

que salga por la puerta del fondo, y que recuerde que la sede es solo para los miembros del club.

El joven prospecto, que no debía tener más de veinte años y estaba deseando cumplir su período de prueba para obtener su chaqueta del club, asintió con énfasis y corrió a la cocina. De inmediato se escucharon sonidos de objetos quebrándose.

—Joder, esos sonaron como vasos. Espero que no haya cortado al chico—dijo Viper.

Luego, un portazo.

—Mierda, habrá que revisar los goznes de la puerta trasera—murmuró Torque, y Madman rio.

—Una auténtica gata, ¿no es lo que nos gusta?

—Habla por ti, cabrón—gruñó Viper—. Mason, tienes que ponerte firme con ella.

—Lo hice, pero no quiero ser rudo. Fue amable conmigo, me ayudó estos meses.

—Por favor, le pagaste con polla y tiempo, y ella ha hecho uso del estatus que eso le dio—dijo Reaper, frunciendo el ceño—. Ha habido roces en el Inferno con las otras. Desirée es…

—Complicada.

—Deliciosa.

—Sexi.

—Una perra.

Mason elevó una ceja, y sacudió su cabeza. Sí, era complicada. Reaper tenía razón, debería hablar con ella, pronto. Por ahora, tenían otras preocupaciones.

—Volvamos a nuestros asuntos—dijo—. ¿Algún movimiento de los Ravens?—preguntó en voz alta, girándose hacia el grupo.

Los Caballeros habían dado una lección brutal al grupo de moteros nómades que le había enviado al hospital, vengándolo con creces. Los que no estaban presos o habían muerto, habían huido.

Pero a Mason le gustaba anticiparse, y estar alerta. La emergencia de Zoltán demostraba que no podían distraerse.

—No, los Ravens son historia. Asunto distinto es el del húngaro—dijo Zero, sin levantar la vista—. Intercepté un mensaje encriptado que salió del distrito ocho. Tiene un patrón similar al de la célula que operó en Fremont hasta hace seis meses. No es casual, allá estuvo Zoltán.

—La misma línea de trabajo. Extorsión a negocios pequeños—añadió Viper—. Usa las conexiones familiares y la cultura común para presionar y obtener que paguen por protección. Fue relevado de su cargo allá, luego de dos años. Supongo que su llegada aquí puede verse como una promoción dentro de los rangos de la Bratva.

Reaper escupió el cigarro al suelo.

—Sabemos de qué va esto. No va a pasar mucho que alguien se resista y quiere ser el héroe. Tendremos muertos, incendios. Y luego, sumisión, y será tarde.

—No vamos a dejar que eso pase—dijo Mason—. Esta es nuestra ciudad, son nuestras calles, y lo haremos saber fuerte y claro—indicó con resolución.

—¿Cómo lo haremos?—preguntó Viper.

—Eso es precisamente lo que vamos a discutir y votar hoy—afirmó Mason, e indicó la sala grande. Allí estarían más cómodos, y la reunión tomaría visos de formalidad.

Capítulo 4

El mantel era de hule, estampado con imágenes de granadas y otras frutas. En el centro estaba una jarra de vidrio con limonada casera que nadie había tocado. A un lado, un plato de pasteles de requesón enfriándose, y sobre todo, silencio.

—No podemos seguir fingiendo que esto no nos va a alcanzar— dijo Tivadar con voz baja pero áspera— Ferenc lo hizo, y la paliza lo mandó al hospital, y su mujer e hijos tiemblan esperando lo peor.

Ilona miró a su madre, sentada con las manos entrelazadas sobre el regazo, como si rezara sin mover los labios. Rebeka no hablaba.

Lázsló estaba de pie, apoyado contra la alacena, los brazos cruzados. Siempre tenía la postura del que no quiere quedarse quieto demasiado tiempo.

Domi daba vueltas a un rosario que no usaba para rezar, sino por manía, como si las cuentas le hablaran en código morse.

—Zoltán está ganando terreno porque se lo permitimos—dijo Lázsló por fin—. Y no me refiero solo a nosotros. A todos. La comunidad entera le abre las puertas mientras baja la cabeza.

—Lo hacen porque tienen miedo—añadió Ilona—. Y con razón.

—¡Pero somos muchos!—insistió Lázsló—. Podríamos…

—¿Podríamos qué? ¿Formar una resistencia de panaderos y violinistas?—interrumpió Tivadar, sin levantar la voz—. No me hagáis reír.

Domi dejó de girar las cuentas.

—Papá…

—He visto esto antes. En otro idioma, con otros nombres. Pero es la misma historia. Una dragón llega, te ofrece fuego para pasar el invierno. Y cuando te das cuenta, tu casa ya no es tuya.

Ilona se abrazó a sí misma. Estaba cansada. Del miedo, sí, pero también de las grietas invisibles que Zoltán sembraba entre ellos. Como una lluvia fina que no se nota hasta que el techo ya no aguanta más.

—El otro día, cuando vino al local…—confesó—. Me regaló un colgante. Carísimo. Horrible.

Rebeka levantó la mirada por primera vez. Sus ojos eran negros, como los de Ilona, pero mucho más viejos, más cargados de memorias.

—¿Lo aceptaste?

—No.

—¿Lo guardaste?

Ilona negó con la cabeza.

—Lo dejé en la calle. Para que lo recogiera quien quisiera. O que lo pisara un perro.

Silencio. Otra vez. Pero distinto.

—¿Y si no basta con mostrarle que no lo quieres?—preguntó Domi, en voz baja—. ¿Y si decide que ya se ha ganado el derecho de tomarte igual?

Esa pregunta quedó suspendida. Nadie respiró. Tivadar cerró los ojos. Su rostro se endureció como si fuera de mármol tallado.

—Esto nos supera… No podemos solo. Necesitamos ayuda. Fuego contra fuego, así debe ser. No haremos nada tirando baldes de agua a las llamas que nos rodean.

—¿Ayuda? ¿De quién, padre? ¿La Policía?—Ilona negó—. Nos ignoran, no les importa este lugar. Tienen que custodiar a los de los verdaderos americanos.

—¡Nosotros también pagamos impuestos! Vivimos aquí hace mucho, somos…—dijo Rebeka, frustrada, pegando un golpe en la mesa, y su esposo vino a ella y la abrazó, besando su cabeza.

Susurros entre ambos expresaron el amor que se tenían, ese que inundaba de lágrimas a Ilona y que era ejemplo de que las almas gemelas existían. Ejemplo que la marcaba y le impedía conformarse con migajas emocionales.

—Debe ser alguien que no le tenga miedo—dijo Lázsló, pensativo.

Domi carraspeó.

—Los moteros… Tienen la sede cerca, y les he visto recorriendo por las calles, varias veces estos días.

—Pero no son de confiar—Lázsló arrugó el entrecejo—. Dicen… Dicen que son peligrosos, que tienen sus manos en negocios turbios.

—Nah, esa es agua pasada—dijo Domi—. Tienen un club, taller mecánico, salón de tatuajes y vaya a saber qué negocios más, pero legales. Un amigo mío es miembro del otro club, el de los *Reyes.* Él me ha asegurado que los Caballeros Oscuros cooperan con beneficencias, y han luchado contra traficantes.

—Son peligrosos, de igual forma. Hombres duros—respondió su padre, pensativo—. Y para confrontar a un demonio, se necesita otro.

—Pero no son de los nuestros—murmuró Rebeka—. ¿Cómo confiar en ellos si…?

—No lo son, no. Pero quizás es hora de dejar de mirar solo entre los nuestros—añadió Tivadar, con una gravedad que heló la sala—. Se supone que Zoltán es uno de nosotros, pero ahí le tienes. Acosándonos, amenazándonos. Aprovechándose. Necesitamos a alguien que vea a Zoltán como su enemigo, y acepte protegernos.

—Ay, Virgen María, protégenos—musitó su madre, y comenzó a orar.

Ilona y sus hermanos se miraron, sin saber bien qué hacer. Su padre fue el primero en comenzar a comer, y le imitaron.

Cuando la conversación se recuperó, todos parecían haber llegado a la misma conclusión. Tenían que ver de qué manera llegar a la cúpula del club de moteros.

Domi dijo que él podía contactar a su amigo y pedirle que hiciera lo posible para conseguir un contacto con los Caballeros Oscuros.

Ilona se retiró a su apartamento con dolor de cabeza y los nervios revoloteando en su estómago. Rogaba que no se equivocaran y estuvieran trayendo otro demonio a sus vidas. No sabía qué esperar.

++++

La habitación olía a coñac caro, cuero, y madera encerada. Una luz ámbar caía sobre el escritorio de roble, donde Zoltán marcaba con precisión los nombres en un papel.

Cada línea, un negocio. Cada nombre, una deuda. Cada deuda, un favor más cerca del control absoluto.

Sacramento no era Budapest, ni Bucarest, ni siquiera San Francisco. Pero tenía lo que él necesitaba: territorio permeable, cerca de la frontera. Identidades frágiles, una comunidad que se dejaba manejar.

Rutas y proveedores de los productos que sus jefes necesitaban y requerían. Estaba lejos de estos, además, lo que le permitía hacer sus pinitos en las negociaciones.

Estaba en su momento de mayor expansión. Su red crecía en las barberías, los talleres sin licencia, las casas de cambio disfrazadas de agencias de viaje. Los viejos lo respetaban. Los jóvenes lo temían. Lo único que no tenía aún era a ella.

Zoltán se levantó y caminó hacia la ventana. Desde su oficina, en el piso superior de uno de sus edificios "legales", se veía parte del barrio húngaro. Colores apagados, ropa tendida, música en volúmenes discretos. Gente que intentaba no ser notada.

Allí, en algún sitio, estaba ella. *Ilona Lakatos*. Resopló, molesto. Ella lo irritaba y lo fascinaba a partes iguales. No solo su belleza, que era evidente y exótica en la medida justa, trayendo la memoria de sus ancestros.

Ese maldito orgullo suyo lo desafiaba. Esa espalda recta y la forma de mirarle sin bajar los ojos, aunque por dentro supiera que él podía arrasarla con un gesto.

Zoltán no estaba enamorado. Lejos de eso. Ni siquiera era la única mujer que deseaba, aunque sí la única que lo negaba. Tenía amantes varias, y una mujer oficial a la que estaba prometido. Eva. La elegante y fría vestal que no le permitía siquiera besarle la mejilla.

Resopló en disgusto. No podía hacer nada en ese sentido, porque era la hija de su jefe inmediato, y no tenía deseos de morir pronto.

Pero la Lakatos… Sonrió, ahora animado. Un reto siempre era bueno para mantenerse alerta. La quería en su cama.

Como coleccionista que era, sabía reconocer una pieza rara, una que no encajaba en ningún sitio. Salvo en su vitrina personal.

Hubo sonido de pasos y un golpe liviano en la puerta de su oficina.

—¿Alguna novedad?—preguntó sin volverse.

Su hombre de confianza, Andras, carraspeó.

—Los moteros están haciendo rondas por la zona. Preguntando. Ingresando a locales.

—¿Quiénes?

Se dio la vuelta, frunciendo el ceño.

—Los Caballeros Oscuros.

Resopló con desprecio. Moteros. Basura prepotente y sin cerebro, todos ellos.

—¿Qué buscan?

—Me dicen que han ofrecido ayuda. Que han reparado puertas que tiramos abajo. Que compran en los locales en los que señalamos que no se podía ingresar.

Era una de sus formas de presión. Obligar a la gente a no comprar en los comercios de los que se negaban a pagar por protección. Etapa previa a la golpiza, o al incendio.

Normalmente la más grave de las mismas se evitaba con esto, pero… A veces alguien debía morir para que los demás entendieran.

—¿Creen poder enfrentarme?

La osadía era risible. ¿Qué podían hacer esos palurdos para detener lo inevitable? No eran nada frente a su poder de fuego, a sus contactos.

—Son un club grande, y tienen lazos con el otro mayor, los Reyes de Sacramento. Tienen experiencia en conflictos, y no les falta dinero ni poder de fuego.

—Andras, Andras… Somos la Bratva—declaró, impaciente—. Una decena de patanes en motocicleta no mueven la aguja.

El reloj en la pared marcó el cambio de la hora con un solo clic. Zoltán caminó hasta el escritorio, cogió el colgante que Ilona había rechazado (algo que le produjo profunda ira, pero dejó pasar) y lo dejó caer sobre la madera con un sonido sordo.

—Estuvieron hablando con Ferenc hace unas noches, eso nos dijo cuando le dimos el mensaje.

Zoltán se sentó. Sus dedos jugaron con su reloj, distraído. No le preocupaban esos bastardos, y Andreas debería saberlo mejor. Lo miró con dureza, y su segundo tragó saliva.

—No voy a compartir territorio, o ganancias. Y mucho menos con moteros. ¿Es que creen que pueden conmigo?

—Dicen que sus negocios son legales, así que no creo que su preocupación sea por la competencia. Se rumora que apoyan causas de Sacramento, que…

Resopló, divertido.

—¿Moteros con delirios de redentores?

Silencio.

—Mm. Sin embargo… No hay enemigo chico, o eso dicen— chasqueó la lengua—. Pero hay que saber cuándo pelear y cuándo dejar que otro lo haga por ti.

Andras frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir?

Zoltán sonrió.

—Los Caballeros Oscuros tal vez se creen intocables. Esa basura suele creerse más de lo que son. Hay que debilitar los cimientos.

—¿Quiere que ataquemos?

—No—dijo Zoltán, apoyando los codos sobre la mesa—. Quiero que los rodeemos. Uno a uno. En silencio. Quiero que sus aliados duden, que sus negocios tambaleen. Que sus mujeres tengan miedo. Que su paz empiece a oler a ruina. Y luego, cuando estén bastante ocupados cuidando su precioso club…

—¿Sí?

Zoltán bajó la mirada al colgante y lo deslizó lentamente hacia su caja de cristal, junto a otros objetos.

—Entonces les destruiremos. Sencillo. Ahora, ve, no me molestes. Debo llamar al gran jefe.

El esbirro salió, y Zoltán se hizo atrás. Tenía que calmarse. Su superior en la escalera de la Bratva no podía saber acerca de sus proyectos personales, como el que tenía en la comunidad húngara, y en Ilona Lakatos en particular. Debía dar el parte de los negocios que avanzaban y no descuidarlos.

Caminaba por una cornisa fina, pero confiaba en que podía hacerlo, y crecer en el proceso. Todos los grandes líderes se hacían a sí mismos, y tomaban riesgos. Así se convertía uno en una leyenda.

Capítulo 5

Mason se acercó a la cafetera que parpadeaba mientras la última gota caía en la jarra. Descalzo, vestido con sus pantalones deportivos y la camiseta negra pegada al torso aún húmeda por el entrenamiento.

Se sirvió un café al que no añadió azúcar o crema, y disfrutó del aroma y la sensación vigorizante de la cafeína entrando en su sistema. Reparándolo, dándole energía para el día adelante.

Fue por el pan que Torque había traído justo ayer de uno de los negocios del vecindario que les preocupaba. Las neveras de la sede y las de los miembros tenían que estar repletas, porque habían estado haciendo compras masivas en los locales desiertos, para alivio de sus dueños.

Gente que resistía a Zoltán, se habían percatado. Era una buena manera de conectar con esas personas, desconfiadas y asediadas.

Su mirada fue a la encimera, donde la fiambrera de vidrio destacaba, y tenía un papel doblado encima.

"Te lo dejé sin cebolla. Como te gusta. —D."

Mason gruñó en voz baja. Lo había visto anoche, y estaba demasiado cansado para hacer nada, pero esto… Desirée no cejaba, joder. Tendría que…

Justo entonces, escuchó las llaves en la cerradura, y su primer impuso fue tomar su arma, la que guardaba en un mueble aéreo. El sonido de tacones le hizo ver que no era una amenaza inmediata, aunque…

Cerró los ojos, y suspiró. No había más alternativa que ser muy, muy claro con esta mujer. ¡Había hecho una copia de sus llaves! Era para flipar. Su humor iba del negro al gris, y volvía al primero.

—Mason, darling. Traje toallas limpias—anunció con voz cantarina —. Y las camisetas que te gustan, las negras lisas, las encontré en oferta.

Mason dejó la taza sobre la mesa. Se giró. La vio aparecer con una bolsa colgando del brazo, vestida con un pantalón ajustado y una camiseta del *Inferno* cortada justo por debajo de los pechos.

El pelo rubio perfecto, los labios pintados con mimo. Tentadora, sí, no podía negarse que era una mujer sensual.

—No te pedí eso.

—Lo sé—dijo, sonriendo como si fuera parte del juego—. Pero sé que no te gusta ir de compras. Y alguien tiene que cuidarte.

Él la miró sin emoción.

—No necesito que me cuides. Ya no.

—Lo sé —repitió, acercándose—. Pero me gusta hacerlo.

Lo dijo con dulzura, como si ya compartieran algo que no necesitara ser nombrado. Y ahí residía gran parte del problema. No había futuro para ellos, no estaba en Mason asentarse, y si alguna vez ese milagro pasara, no sería con ella.

No quería tener que decirlo en voz alta, no pretendía herirla, montar un pollo… Pero lo estaba llevando al límite de su paciencia.

Ella, ajena a nada que no fuese lo que quería lograr, dejó la bolsa en la silla, y se acercó más. Le pasó una mano por el brazo, lento, mirándole con coquetería, bajando sus dedos por su pecho, alentando la reacción física.

Mason no se movió. No la empujó, pero tampoco le correspondió. Y se apartó, dándole la espalda para lavar la taza en el fregadero.

—Deja, lo hago yo…—dijo ella, pero la clavó en el sitio con su mirada dura.

—¿Puedo quedarme esta noche?—preguntó ella, con voz suave, los ojos buscando los suyos, y Mason negó.

—No.

—Hace semanas que no…

—Lo sé.

Silencio.

Ella bajó la mano, pero su expresión cambió. Su boca se apretó y una leve emoción la embargó, que Mason no estuvo seguro de si era ira o decepción.

—¿Hay otra?

Mason no respondió. No tenía ninguna intención de dar explicaciones. No a ella. No a nadie. Era libre, y así pretendía seguir.

Este momento incómodo debió darse hace algunas semanas atrás, pero lo había eludido. Tan bastardo y violento como podía ser con sus enemigos, con las mujeres se le hacía difícil.

—¿Por qué no me dejas quedarme, Mason? —preguntó al fin, con la voz más baja, más herida de lo que quería mostrar—. Estoy para ti, y pensé que ya era algo más en tu vida.

—No, Desirée. Te lo dije desde el primer momento. No esperes lo que no puedo darte. No te engañé, ni te di esperanzas. Te lo hice saber con sutileza, he dado trazas. Has ignorado mis palabras, vas a la sede, cuando sabes que no puedes. E hiciste una copia de mis llaves. De mi casa—la miró, fijo, grave—. Ni siquiera mi hermana tiene una, y la adoro con mi vida.

—Yo… Quería limpiar, que tuvieras comida, que…

—No quiero que vengas más. No necesito tus cuidados, agradezco lo que hiciste por mí, pero se acabó.

—Pero… Pero…—el parpadeo, las lágrimas, la boca fruncida, era demasiado drama. Sacudió su cabeza—. Desirée, vete ahora. Deja las llaves.

Desirée dio un paso atrás. Respiró hondo, pero para alivio de Mason, no lloró abiertamente. Tampoco gritó, aunque eso podría haberlo tolerado. Solo recogió su bolso y caminó hacia la puerta.

Antes de irse, se giró una última vez.

—Me necesitas, Mason. Nadie puede cuidarte como yo, vas a ver que me echas de menos. No me culpes si busco a alguien que me de lo que tú no—añadió, y tiró las llaves sobre la mesa pequeña del estar, y se fue con un portazo.

Suspiró, y se mesó la barba, sintiendo el alivio de una confrontación incómoda invadirlo. Lo mejor que podía pasar era que otro bastardo fuese el destinatario de su intensidad.

No tenía sentido el culparse por nada. Desirée no era una mujer inocente y sensible que no supiera cómo eran las cosas con él, con

el club. Las Gatitas le ronroneaban a todos los moteros.

Disfrutaban de la protección, de regalos, momentos, incluso alguna, históricamente, había logrado el título de vieja. Pero no era lo usual, y no pasaría con él.

En el último tiempo incluso se había tomado la histórica decisión de impedirles el acceso a la sede oficial, que hoy día era sede de operaciones, bar y lugar de encuentro de los moteros, sin mujeres, salvo invitación oficial a una fiesta, cosa que ocurría cada vez menos.

Las Gatitas estaban en el Inferno, y era lo mejor. Miró las llaves, y decidió que haría que Madman cambiara las cerraduras, por las dudas.

Capítulo 6

El sonido del motor se apagó con un último soplido grave, y Mason aparcó y desmontó de la Harley. Se quitó el casco y desajustó el chaleco de cuero. Echó un vistazo rápido a su entorno. Silencio, pocos transeúntes.

El restaurante en el que habían degustado el goulash, el de Ferenc, estaba cerrado, como le habían dicho. El pobre hombre se recuperaba lento de una salvaje paliza. Apretó sus labios. Malditos bastardos.

Se concentró en mirar la tienda de los Lakatos, a la que había sido citado. No tenía bien claro qué vendían aquí, pero suponía que baratijas y objetos exóticos.

Boberías, objetos para crédulos y gente que prefería confiar y creer en el destino que a actuar para tallarlo a gusto. Pero no estaba aquí para juzgar.

El escaparate tenía algunas piezas finas, empero, notó al acercarse, elegantes sin extravagancia, de líneas hermosas. Estaba diseñado con gusto, combinando colores, texturas, materiales.

La puerta estaba entreabierta y el cartel de ABIERTO estaba colocado, por lo que empujó la madera. El sonido del cascabel lo golpeó como un eco antiguo.

El interior era otra dimensión. Sus pasos sonaron amortiguados sobre un suelo cubierto de alfombras. El aire olía a cera, a flores, y algo más que no supo distinguir. Agradable, calmante, fresco. No el opresivo aroma que detestaba.

Esta era más que una tienda de chucherías, decidió, porque parecía como si tradiciones ancestrales se conjugaran acá. Amuletos colgaban del techo, velas encendidas creaban sombras móviles, y en cada rincón había un objeto que parecía tener historia.

Giró un poco la cabeza, evaluando el conjunto como si analizara un campo de batalla, y frunció el ceño.

—¿Qué es todo esto?

La voz de un hombre respondió, firme pero tensa.

—Esto es el comercio de los Lakatos. Dos décadas de trabajo. La cultura húngara, romaní, eslava en general, expresada en objetos finos, labrados con exquisitez.

Del fondo emergieron dos hombres, uno mayor y otro que debía estar en el inicio de los veinte.

—Mucho gusto, soy Tivadar, y este es mi hijo mayor, Lázsló.

Mason inclinó su cabeza en gesto de saludo. Ambos estaban muy serios, casi rígidos. No había sonrisas, ni hospitalidad, sí contención y miradas inseguras.

Le recibían porque no tenían opción. No porque confiaran en él. No se ofendió. Entendía ese lenguaje.

—Soy Mason, presidente de los Caballeros Oscuros. Fury, el presidente de los Reyes, me llamó. Dijo que ustedes querían hablar conmigo. Aquí estoy.

Trató de aparecer menos peligroso, pero imaginó que su estatura, sus tatuajes, el cuero negro de su chaqueta y botas, las cadenas en sus jeans… No eran la visión de un hombre respetable.

No importaba lo poco que un traje garantizara honestidad o integridad, a los ojos de la gente seguía siendo indicativo de credibilidad.

—Sí, sí—el hijo asintió, nervioso, aunque intentó disimularlo—. Yo… Mi hermano tiene un amigo entre los Reyes. Hemos visto que ustedes patrullan las calles, y pensamos…

Mason inclinó la cabeza a un lado y se movió

—Nosotros queremos que ustedes… Que su club nos ayude.

—Mmm—asintió Mason, y avanzó, mirando a uno y otro lado, dando tiempo a los dos hombres a calmarse—. Voy a necesitar detalles. ¿Ayudarlos con qué?

Lo sabía ya, pero querían que verbalizaran su temor, su problema, y lo que pretendían de los Caballeros. No se adelantaría a nada.

No sería la primera vez que alguien creía que ellos eran matones a sueldo que podían ser contratados al mejor postor.

—Nuestra comunidad está siendo aterrorizada y chantajeada. La mafia ha tomado las calles por aquí, y si no pagamos…—Lázsló se retorció las manos, y sacudió su cabeza—. Golpearon a un hombre hace dos noches. Un buen hombre. El del restaurante del frente. Ferenc.

El gesto de Mason se endureció. Por un segundo, el músculo de su mandíbula se contrajo, pero solo asintió con gravedad.

—Estoy al tanto.

—Zoltán es el culpable de eso y más. Es de origen húngaro, como nosotros, pero nos azota para exprimirnos, para obtener ganancias. Es la Bratva a la que representa.

—Hemos estado recorriendo las calles porque estamos… disgustados con la novedad. Nos interesa mantener el vecindario tranquilo. La ciudad limpia. Es algo con lo que estamos comprometidos. Como una especie de devolución, digamos—dijo, y se encogió de hombros.

No era bueno con discursos largos, y lo que dijera no iba a hacer que la desconfianza desapareciera. Para eso deberían actuar.

—Estamos cansados, y asustados, señor Mason—dijo el padre, y le miró sin temor, a pesar de que era media cabeza más bajo—. Mi negocio, mis hijos están bajo amenaza.

Entrecerró sus ojos y miró al joven.

—No directamente—dijo Lázsló, vacilando un segundo—. Pero nos siguen. Nos hacen sentir que tienen sus ojos en nuestros movimientos. Uno de ellos me dijo que debía cuidar a mis padres, y a mi hermana. Que Zoltán estaba perdiendo la paciencia con ella.

El padre bajó la cabeza, cerrando los puños, pero lo que llamó a Mason fue el sonido ahogado desde el fondo del local, y la rápida caminata de Ilona Lakatos para llegar a ellos.

Lo sorprendió. No la había visto. En su defensa, el local era un conjunto abigarrado de estanterías llenas de objetos, y ella debió estar pegada como una sombra a alguna de ellas.

—¡Lázsló! ¿Por qué no lo dijiste?—dijo, su rostro demostrando su shock.

La voz era como un cristal resquebrajado. Mason la miró, apenas a un metro suyo, y el local desapareció. Los ojos, carbones puros, destilaban intensidad. No lo miraban a él, estaban fijos en su hermano, pero se notaba que ardían.

Pómulos altos, bien definidos. Una boca carnosa, sin maquillaje, pero húmeda, y con esa forma natural que parecía pensada para el pecado.

El cuello delgado, estirado hacia adelante mientras hablaba, dejaba ver una cadena con un dije que rebotaba con cada palabra.

La blusa de colores suaves estaba intervenida con lana o algo así, y pechos generosos desafiaban la gravedad. Los jeans, oscuros y ajustados marcaban unas caderas estrechas que se ensanchaban con naturalidad.

Hostia puta. Era sexi, y no era broma. Era baja. Muy baja. Pero había algo en la forma en que se movía, en la tensión de su cuerpo al hablar, que llenaba el espacio. Tenía una figura pequeña pero curva, como hecha a medida para atraer la vista y no soltarla.

Olía… Divino. A hierbas frescas, a frutos cítricos y flores silvestres. Se le metió bajo la piel, lo enervó, lo puso en alerta. Mason se sintió hostigado por sus instintos, que le gritaban frenéticos.

—Nyugi, húgocskám—dijo Lázsló, y lo que fuese que quería decir, el afecto fue obvio en la manera en que tocó su hombro, aunque su tono era serio.

Ella se mordió el costado del labio inferior, y entonces su mirada se posó en Mason, que se la sostuvo, repentinamente con su garganta seca. Joder que era guapa, y pasional. Esos ojos ardían.

Ella parpadeó entonces, y se sonrojó, aunque no desvió la mirada. Tivadar carraspeó y llamó su atención.

—¿Estaría dispuesto a ayudarnos, señor?

Su tono contenía un ruego implícito, pero la presencia estoica y honorable le dijo mucho a Mason. Este hombre temía por su familia, y no tenía herramientas para protegerla. Como muchos en este vecindario.

Eran gente sencilla y apacible, honesta y trabajadora a la que los mafiosos usaban y aterrorizaban. *No en mi territorio*, se dijo, y sus ojos volvieron a Ilona Lakatos como por inercia. Se rehízo y asintió.

—Vamos a proteger el local, y los otros de la comunidad.

—¿Y cómo lo harán?—intervino Ilona, y su hermano tocó su antebrazo, instándola a callar, pero ella tenía demasiado fuego—. Son muchos locales, y si no vienen aquí, van a nuestras casas, iglesias… Saben dónde atacar, y ustedes…

—Sabemos qué hacer, se lo aseguro. Lo organizaremos con celeridad—aseguró—. Lo importante es que ustedes hablen con sus vecinos. La comunidad debe saber que les daremos apoyo, que no están solos, y que deben colaborar con nosotros. No todos nos ven con buenos ojos o nos aceptan.

Tivadar asintió, con más resignación que entusiasmo.

—De eso también sabemos. Debo advertirle, sin embargo… Zoltán Horváth es un hombre cruel, malicioso, y muy hábil.

—No estaría en la cima de la mafia si no fuese así. Mas le aseguro que nosotros tenemos nuestras habilidades, y que no es el primero de esos hombres con los que nos enfrentamos—dijo Mason.

—¿Podemos confiar en usted?—dijo Ilona, y su voz y mirada fueron lo único que Mason atendió por breves segundos.

Se le antojó envolver su mano en ese cabello negro noche y sostener su cabeza firme mientras su boca hacía estragos en ese cuello delicado que debía oler a cielo.

¿Qué cojones? Parecía un niñato con un crush, se dijo. Con decisión, removió su mirada de la joven, y miró al mayor de los Lakatos.

Le habló con firmeza, con convicción, dejando que su palabra, que era promesa, se asentara entre ellos.

—Mi club no deja las cosas a medias, y Zoltán Horváth es una amenaza real para nosotros. Haremos todo lo que esté a nuestro alcance, y créame que es bastante.

La esperanza en los ojos de todos no se le escapó, y le hizo bien ver que ella le observaba y sus ojos le recorrían.

Sí, preciosa, mírame. Cuando quieras. Su mente lo traicionaba, y solo podía agradecer que ciertas partes de su cuerpo se comportaran

—Eso es… Un alivio.

—No puedo prometer que no habrá coletazos, no obstante, o que podremos cubrir cada espacio de su comunidad. Por ello ustedes deben procurar que estén alertas, que se ayuden, se avisen, se protejan. Los crueles avanzan cuando la gente no se defiende.

—Eso haremos—dijo Lázsló, con decisión—. Me ocuparé en persona de recorrer las casas, los locales, de llamar… De insistir. A veces, a los más retrógrados les cuesta, pero… Frente al peligro, reaccionan.

—Bien. Esta misma tarde tendrán vigilancia establecida. Eso incluirá a su casa, porque Horváth detectará rápido que ustedes son los que espabilan al resto.

—Escuche… Mi hija, a ella la deben proteger—dijo el padre, e Ilona se puso carmesí, negando.

—No, papá, no, a todos…

—Ese bastardo la quiere, cree que es un objeto para su colección. La acecha.

Mason la miró de pies a cabeza, rápido, incapaz de restringirse. La boca llamó a sus ojos, y se preguntó qué se sentiría si…

Espantó la fantasía de un plumazo, y miró a Lakatos.

—La protegeremos—aseguró.

Se encargaría en persona, decidió. Se dio media vuelta y salió, pero antes de llegar a la moto, escuchó pasos detrás, y la voz suave que lo llamó

—Solo quería decirle… Gracias. No me importaría sacrificarme con tal de que ellos estén bien. Pero ellos… no lo aceptarían. Me aman. Y merecen algo mejor que vivir con miedo.

Mason dijo despacio:

—Lo merecen. Y usted, merece elegir a quien entrega su cuerpo y su corazón. Entiendo que no es a Zoltán Horváth a quien quiere.

—¡No!

—No la tocará, se lo prometo.

Subió a su motocicleta y se alejó, su cabeza intrigada porque esa mujercita había movido hilos en su interior, y en su cuerpo que dormían hacía mucho tiempo.

Tendría que proceder con cautela. Esta no era una de las Gatitas con las que solía lidiar.

Capítulo 7

El salón de la sede estaba colmado esa tarde, pues todos los integrantes del ejecutivo más los miembros de mayor confianza y asistencia de los Caballeros estaban presentes.

No podía ser de otro modo, ya que si él había decidido las líneas de acción a ejecutar, estas llevarían a una guerra probable.

Zoltán Horváth no daría un paso atrás. Se sentía seguro y poderoso hostigando a los suyos, a su colectividad y otras que tenían como rasgo común provenir del este de Europa.

Le habían dejado avanzar demasiado. Un error que arreglarían, aunque no sería sencillo, ni sin costos.

Por eso esta reunión era crucial para que cada uno aportase su punto de vista y sabiduría. Mason confiaba en sus hermanos, en su capacidad y valor, y en la experiencia que habían hecho en más de una década con el club.

Un mapa del barrio estaba extendido, con marcas rojas y verdes en distintos puntos. Viper tenía los brazos cruzados. Reaper apoyaba las manos en la mesa como si fuera a romperla. Zero tecleaba en su portátil sin levantar la vista.

—¿Y qué más te dijeron?—dijo Reaper, sus brazos cruzados y el ceño fruncido, expectante.

Mason sabía que estaba determinando la mejor estrategia en su cabeza.

—No mucho. Les presionan, y están asustados. Y que su hija es importante para el húngaro. La acosa.

—La quiere en su cama—dijo Crusher, y la imagen que se forjó en la mente de Mason le hizo apretar los dientes.

No pasaría. Ilona Lakatos no entibiaría las sábanas de ese mafioso de segunda categoría. Una mujer así, frágil como una mariposa, tan delicada, hermosa, debía ser defendida.

La inocencia debía protegerse, y estaba dispuesto a hacerlo con fiereza. Ella había despertado un instinto dormido en él, como si

hubiese esperado por un toque sutil para desenvolverse.

Sí, extraño de cojones, pero él confiaba en sus impulsos, que le habían salvado una y otra vez.

—Eso puede sernos útil—indicó Torque—. Podríamos usarla para atraerla, y entonces…

—No vamos a exponer a esa mujer, no estará en el medio de la guerra porque en la única idea que piensas es una carnada—se apuró a decir Mason, lívido ante la propuesta.

Las miradas sorprendidas y algunas cejas levantadas le hicieron consciente de que había hablado con mucho calor, y había roto su proverbial calma.

—No es lo que decía—argumentó Torque, levantando sus manos, evidenciando que lo había herido un poco—. Joder, presi, estás sensible, yo no sugiero que…

—Lo sé, hermano, me disculpo. Estoy… preocupado—dijo, bajando su tono.

Respetaba y quería a Torque, no pretendió ser duro con él. Mas la idea de poner a Ilona Lakatos en primera línea, como un blanco fácil, era impensable.

—Hay muchos civiles que pueden ser heridos si no nos movemos con sabiduría y con la fuerza justa—dijo Viper, y hubo asentimientos.

—No seremos los que declaremos la guerra, pero ponernos en camino de ese húngaro la hará inevitable—dijo Torque, sacudiendo su cabeza—. Y si la Bratva está detrás y nos tira encima su poderío, estaremos bien jodidos.

—No estoy tan seguro de que sea así—intervino Zero, girando en su silla ergonómica—. Lo que he encontrado son conexiones obvias, es decir, Zoltán Horváth trabaja para esa organización. Pero hay más… A la Bratva no le sirve esta expansión en la comunidad. La mayoría de las familias son de trabajo, sus negocios les permiten sobrevivir, pero no son de altos ingresos. Diferente es el caso con los cargamentos de armas o drogas que pueden pasar por aquí.

—No sería raro que ese bastardo estuviese buscando hacer su pequeño reino allí, exclusivo, mientras cumple sus tareas con los

rusos.

—Tenemos que establecer vigilancia permanente—dijo Mason, de pie, señalando el cuadrante este—. Aquí está el local de los Lakatos. Aquí, la casa. Cuidarles las espaldas es prioridad, porque esa gente nos contactó y serán el puente con la comunidad. Horváth querrá revancha, hacer de ellos un ejemplo.

—Y obtener a la chica en el proceso—agregó Crusher, y Mason ensombreció el rostro.

—Hay que cubrir los puntos vulnerables. Establecer guardias motorizadas, y otras fijas.

—Eso pondrá a cada uno de los nuestros en acción. Los negocios van a verse afectados—dijo Crusher—. Si esto se alarga, estaremos agotados en pocos días.

Era una preocupación legítima, y Mason ya la había considerado. Tenía una propuesta para eso.

—Nuestras empresas funcionan sobre rieles, y nuestros empleados son eficientes y no están metidos en esto. Pero es cierto. Creo que, como en otras oportunidades, es hora de pedir apoyo a los Reyes. De hecho, el pedido de ayuda de los Lakatos les tuvo como intermediarios.

—Mmm, otra vez ese payaso de Baldie metido en nuestras rondas —rezongó T Bone, y hubo risas.

El moreno secretario de los Reyes de Sacramento podía ser un grano en el culo. Justo como T Bone, a veces.

—Si están de acuerdo, hablo con Fury—dijo Mason.

El presidente de los Reyes era un bastardo algo parco, pero él y Mason se entendían bien. Al menos desde la guerra intestina de los Caballeros Oscuros, en la que él y Viper lideraron la depuración del club.

El grueso de los miembros originales había mantenido a los Caballeros en la ilegalidad, y metidos en cualquier mierda que diese dinero rápido. Eso cambió, y les convirtió en lo que hoy eran.

—Votemos—dijo Viper, y Mason asintió—. Los que crean que debemos intervenir y usar todo a disposición, incluso la alianza con

los Reyes… El mío es un sí.

—Ayé—dijo Crusher

—Sí.

—Jodamos a esos perros.

—Sí.

—Yeah.

Mason asintió mientras miraba a todos con satisfacción. Estos eran los hombres en los que confiaba con su vida, comprometidos, leales, fieros. No podía estar más orgulloso de ellos.

—Bien, está decidido. Hablaré con Fury, le pediré asistencia con la operación.

—Espero la respuesta, que descuento será un sí, y contacto a Hustle.

Reaper y Hustle ya tenían experiencia en estas lides, ambos Sargentos de Armas de sus respectivos clubes, ambos eficientes y letales.

—Bien. Olvidé agregar que el dueño del restaurante en el que comimos hace unas noches fue agredido, de ahí que su local esté cerrado—dijo Mason.

Tanto Viper como Zero maldijeron, furiosos.

—El hombre parecía decidido a defenderse, a no ceder. Eso fue para dar ejemplo, y tal vez porque nos vieron allí. Ese húngaro debe tener ojos y oídos en cada rincón.

—El tipo tiene profesionales en su nómina. No es un perro suelto.

—También lo somos, aunque no lo parezca—dijo Crusher.

Al grandulón lo mosqueaba que se dudara de la capacidad del club en temas de seguridad, que era su terreno.

—¿Plan? —dijo Viper.

—Guardias rotativos en cuatro turnos, para no agotarnos. Doble guardia en la noche.

—Prometí que hoy mismo enviaríamos gente. Yo tomaré la guardia frente a la casa de los Lakatos en la noche—dijo Mason, y sostuvo la mirada de Viper cuando este le miró con interés.

—¿Tú? ¿Eso es sensato? Te necesitamos lúcido y entero, y…

—Estaré bien—hizo una pausa breve—. Quiero estar en el campo de acción. No puedo pedirles que se expongan y estar a cubierto. No funciono así, lo sabes.

Reaper asintió.

—Madman y Freak tomarán la primera guardia en los accesos laterales. Torque y Bulldog en la cuadra del local. Crusher y T Bone patrullarán con los prospectos. Zero, tú aquí, cavando hondo para ver hasta dónde la Bratva considera confiable y protege a Horváth.

—Sean… sensibles con esas personas. Nos temen, a pesar de que nos llamaron—dijo Mason, y hubo resoplidos.

Sí, todos sabían que sus apariencias y estilo de vida les hacían sospechosos, y que les temían.

—Algunos prefieren al malo conocido—señaló Reaper, suspirando.

—Sí, jodidos, muestren su lado más civilizado. Y no hagan rugir sus motos o griten, ni beban.

—Eso está demás, Viper—gruñó Reaper—. Nadie lo hace en estas situaciones, a menos de que quiera que le atice la paliza de su vida. Un mal paso, una distracción, puede costarnos mucho.

—Tendré a los prospectos a raya—dijo Crusher, y hubo risas.

—Pobres bastardos—farfulló T Bone.

—Llamaré a algunos de los miembros menos activos para que nos ayuden—dijo Mason.

Había un grupo de estos que venían al club y colaboraban cuando podían, pero tenían a sus viejas e hijos, y la vida demandaba. Pero si les llamaban, estarían a disposición.

Zero movía el cursor sobre el mapa digital.

—Voy a cruzar los registros de llamadas, patrones de movimiento, y accederé a las cámaras de tránsito. Tendré un racconto de sus vehículos y la gente que se mueve, con identificaciones, tan pronto pueda.

—Eso nos permitirá saber cuán largos son los tentáculo del húngaro.

Mason se inclinó sobre el mapa. Viper sonrió de lado.

—Joder, cabrones. Esto se va a poner divertido.

Capítulo 8

Ilona sentía el aire de la tienda más espeso de lo habitual, como si los objetos mismos contuvieran la respiración. No era absurdo, no en su mente.

Estaba convencida de que los espíritus de los ancestros la rodeaban amorosamente y susurraban a través de los utensilios que habían usado y amado. En este local, la abrazaban y ella se sentía en paz.

El problema era cuando el afuera invadía el recinto. Y eso era lo que sentía tanto en el caso de Zoltán y sus mafiosos, pero también con ese motero. *Mason*. Hombres intensos que iban a por todo y arrollaban a quien estuviese en el paso.

No puedes generalizar. Donde Zoltán es amenaza, ruindad, mezquindad, este hombre… Es distinto. Lo había sentido sincero, determinado, y poderoso. En control de su entorno, acostumbrado a comandar, pero no dictatorial.

Se estremeció al recordar el impacto visual que experimentó al verlo entrar. Potencia pura en ese caminar de predador. Músculos por doquier, desbordando las telas que lo contenían. Cuero y jean, cadenas y tinta. Sus muslos y bíceps se marcaban, incontenibles, y líneas de tinta ascendían desde el pecho hacia el cuello.

El rostro atractivo, simétrico, con una mandíbula cubierta de barba espesa por la que se le antojó, de improviso, pasar su mano. Su reacción había sido instintiva, y la hizo parpadear. Ella no solía actuar o sentir así.

Tal vez había caído presa de su magnética energía, que sus ojos traslucían y su postura irradiaba. Mason era un líder nato, y presidía un club de recios, porque bastaba mirar afuera para ver cómo pasaban por la calle grandotes en sus motocicletas, lento, vigilantes.

No dudaba que era necesaria una voluntad de hierro y una capacidad de liderazgo brutal para controlar a esos moteros. El

desapego a las normas y la rebeldía eran característicos en hombres como él.

Ilona se removió inquieta, mientras procuraba concentrarse en la tarea. Como restauradora de objetos antiguos y experta en análisis de objetos esotéricos y religiosos, era habitual que trabajara en algún encargo de coleccionistas privados o personas interesadas en el misticismo y antigüedades con historias singulares.

Era el caso de la figura religiosa pintada a mano que tenía adelante, una hermosa y antigua figura de la Virgen Madre. Pasó uno de sus dedos enguantados con extremo cuidado por la figura, y luego, suspiró y se hizo atrás.

Su mente no estaba en el trabajo. Él la había impresionado demasiado. Tanto, que había soñado con él. No con él, con un caballo negro, pero…

No tenía duda alguna de que el corcel poderoso, veloz y brutal que corría por su subconsciente era Mason.

Había interpretado sueños, o escuchado sobre ellos desde que era una niña. Analizar los suyos era sencillo. Pasión desbordada o fuerza descontrolada: el caballo negro era sinónimo de potencia, de deseo, y peligro.

Fue hasta el recipiente con una vela aromática y la apagó, suspirando largo después. *No debes dar más entidad de la necesaria a ese hombre. Tienes reales preocupaciones a las que atender.*

Ella y los suyos estaban en riesgo como consecuencia de pedir ayuda. Su padre y Lázsló habían puesto un blanco sobre la familia al pedir ayuda al club.

Eso es injusto. No puedes culparles por ir a alguien fuerte para protegernos. Estuvimos en peligro desde que Zoltán llegó.

Pero esto… Zoltán no lo iba a dejar pasar. Era desafío directo a su imperio de terror, y respondería.

Tragó saliva. Zoltán buscaría hacer ejemplo y advertencia con quienes le desafiaban, y los Lakatos eran eso ahora. Lázsló debía estar hablando con la gente, como prometió. Diciendo que el club

les ayudaría, demandando que la comunidad se uniera para rebelarse. .

Mas vale que ese hombre cumpla con lo que prometió. Como nunca necesitaban ser resguardados, y ese motero sensual y grave que la había observado con pecado en los ojos se mostró convencido de que era apto para la tarea.

Sintió el rubor subirle de nuevo a las mejillas al recordar cómo la había mirado. Sopesándola, y no solo para advertir su humor o carácter. No, la había mirado con apreciación.

Apretó los labios y se movió nerviosa, tocando objetos de los estantes, negándose a analizar muy a fondo por qué esa mirada de obvio interés físico no la molestó, como pasaba con las de Zoltán, que la ofendían.

Porque Zoltán era un ser oscuro, y le repelía. Y Mason… Cada centímetro de él era sensual a rabiar, y contaba de peligros de otra clase.

—Por favor, Ilona… —murmuró—. No es momento para estupideces. Anda, muévete, que es tarde.

Ordenó el mostrador, contó el dinero, que guardó en la pequeña caja fuerte detrás de un cuadro en un extremo del local, y miró alrededor. Todo en orden. Tomó su bolsa y caminó hasta la puerta del local, dando vuelta el cartel.

Cerró rápido, dispuesta a hacer su mejor tiempo desde aquí a su casa para evitar cualquier encontronazo desagradable.

Se dio la vuelta y parpadeó al ver que había dos moteros apostados a unos metros, frente al restaurante de Ferenc. Uno estaba de pie, el otro recostado sobre la moto, hablando por radio.

No les había escuchado llegar, y eso era raro, porque sus motocicletas eran ruidosas. Frunció el ceño. Tal vez no siempre lo eran, solo cuando querían hacerse notar.

¿Qué importaba? Estaban aquí, tal y como Mason lo prometió. Antes de poder asimilarlo, la mujer de Ferenc cruzó la calle apresurada y se le acercó. Tenía el delantal aún puesto y las mejillas encendidas de emoción.

—¡Ilonka!—Ella, como su familia, eran de las que gustaban de usar su nombre original—. ¡Han dicho que nos van a ayudar! Que mantendrán vigilancia, y que van a asegurarse de que el restaurante no cierre. ¡Mi Ferenc está dentro, llorando como un niño!

Ilona la abrazó por instinto, palmeando su espalda, conmovida. Había sido cruel la manera en que su esposo había sido agredido, una muestra de la crueldad que les acechaba.

Pero lo que sacudía a la mujer en sus brazos era alivio. Esperanza. La convicción de que tenían una salida y una alternativa.

Su padre había hecho eso, al dar el paso de pedir ayuda. Mason, y estos que las miraban curiosos, casi aburridos sobre su Harley y Kawasaki. No tenían idea de lo que provocaban, pero era grande.

—Tranquila, Zoey. Estarás bien, y también Ferenc, y todos. Estos hombres están aquí para ayudarnos, sí.

—Bendición para ti y tu familia, mi querida. Sabemos que tu padre habló con ellos, y eso… Es valiente. ¡Gracias!—dijo, con fervor, y tocó su mejilla, asintiendo, y regresó a su local.

Ilona parpadeó, una sonrisa leve en su faz. Luego, bajó la cabeza, se colgó la bolsa del hombro y emprendió el camino a casa. Sintió las miradas sobre ella, y saludó con su cabeza.

—Buenas noches, señorita. Puede ir tranquila, está todo bajo control—le dijo uno de los dos, su voz agradable y mesurada.

Asintió, y siguió. A medida que se alejó, la aprensión la ganó. La noche caía rápido, la calle estaba solitaria, y sus pasos resonaban demasiado fuerte.

Entonces lo sintió. Esa punzada helada en la nuca que es instintiva. Alguien la seguía, estaba segura, a pesar de que no escuchaba ruido alguno.

Aceleró el paso, y llevó la mano al bolsillo. Rodeó los dedos alrededor del frasco de gas pimienta. No iba a dudar. Un paso más cerca. Otro, y tomó el gas, sacándolo, a punto de darse la vuelta.

—No hagas eso.

Voz grave. Calmada. Masculina. Conocida. Ilona se giró y lo vio a unos cinco metros. Mason. De pie en mitad de la acera. Ancho, alto.

Debía sacarle unos treinta centímetros, al menos. Con su mano en su barba, que acarició en un gesto probablemente rutinario.

Manos grandes y callosas, que no debían ser ajenas al uso de armas, a la violencia. Por eso es el protector ideal, ¿o no? Qué hipocresía la suya, consideró. Detestaba la violencia en todas sus formas, pero si era para salvarles… Bienvenida.

Sus ojos fueron al tatuaje que se asomaba sinuoso por la manga remangada, subiendo en una espiral. Él avanzó, y su fragancia la envolvió. Un Musk de cuero y madera, y también trazas de tabaco. Tan masculina que era… Agobiante en su potencia, y la enervó.

¿Por qué se sentía tan sacudida con él? Como si fuese capaz de desarmar cualquier barrera que Ilona hubiese antepuesto. Y sí, tenía algunas. Sus experiencias pasadas no eran maravillosas. Lejos de eso. Había elegido poco y mal, dejándola con gusto rancio.

Podría ser momento de probar otra vez. Se resistió al pensamiento que pareció brotar de la nada, pero la dejó insegura.

—Perdón… —balbuceó, sin saber muy bien por qué.

—No tienes por qué pedirlo. Si lo que tienes es algo para defenderte, bien por ti. Solo estoy asegurándome de que llegues bien —dijo él.

—Oh… No pensé…

No creyó que él se encargaría de protegerla en persona. Era una labor que parecía por debajo de su rango. Pero, ¿qué sabía ella de rangos y tareas entre moteros? Nada.

—Te dije que te cuidaríamos. Se lo prometí a tu padre.

Ella asintió. Le costaba mirarlo y no perderse. Era guapo. Guapo y peligroso. Como los que solo podían traer problemas. Y sin embargo…

—Gracias.

Mason asintió, sin una palabra más. Ella caminó hacia atrás, nerviosa, y luego se dio vuelta. La enredaba, este hombre. La hacía perder seguridad. Él era… Era muy atractivo. No era algo físico… Bueno, no solo físico. Ella podía ver su energía.

Su aura… Caliente, avasallante, impetuosa. No era algo que iba a compartir, porque la hacía ver como una pirada con visiones. No podía explicarlo, era una sensibilidad que tenía desde pequeña.

Algunos le llamaban sexto sentido, instinto, energía… Existía para ella, y no le fallaba, en general. No era que anduviese por la vida viendo halos en la gente, lejos de eso. Era visceral, y con aquellos que la impactaban.

Al acercarse a la casa, vio a su madre en la puerta, esperándola con una vianda envuelta en un pañuelo bordado.

—Te preparé gulyás. Llévatelo. Tienes que comer, mi querida. Y dormir. Vi tu luz hasta muy tarde.

—No sé si voy a poder…

—Las cosas están cambiando, Ilonka. Hay peligro, y lo siento, sé que tú también. Pero hay que confiar. Nos están cuidando, ¿ves?— señaló a Mason que avanzaba con paso firme hacia el otro motero que estaba a horcajadas de su Harley—. Todo va a salir bien.

Ilona apretó el paquete contra el pecho, asintió y se despidió con un beso. Llegó a su apartamento en el segundo piso, y se cambió, poniéndose cómoda, para luego obligarse a comer con calma.

Luego, se dio una ducha caliente, lavó sus dientes, se colocó su pijama, y trató de leer un rato. Le fue imposible, su mente iba y venía. Se incorporó y fue a la ventana. Subió la persiana despacio.

Desde su lugar, en lo alto, lo vio. Recostado contra su motocicleta, fumando. La brasa del cigarro parpadeaba como una estrella en medio de la sombra. Su postura era relajada, pero su mirada no demoró en encontrarla. Sus ojos parecieron conectar y hacer clic de manera irremediable. Un instante. Un latido.

Un presentimiento. No saldría indemne de este hombre. Un temblor suave la recorrió. Luego, retrocedió y cerró la persiana, apremiada. Su corazón palpitaba fuerte otra vez, pero no era el miedo el que lo provocaba.

Fue hasta el armario y se empinó sobre sus dedos para sacar la caja donde guardaba su Tarot. Le trajo hasta el lecho y barajó las cartas, lento.

Solo una tirada. Para sí misma. No era lo más sabio, pero… *Solo tres cartas*, se prometió.

—La Rueda de la Fortuna… Invertida —murmuró al girar la primera carta.

La ilustración brilló bajo la luz moderada de la lámpara de su mesita de noche. Una rueda dividida en segmentos, rodeada de símbolos antiguos. Ilona la contempló en silencio, sintiendo un leve cosquilleo en los dedos.

Destino. Movimiento. Lo que sube, cae. Lo que cae, se alza. Nada permanece igual. También la necesidad de tomar el control de la situación y no dejar que la rueda de la fortuna nos controle.

El aroma del incienso de salvia blanca flotaba liviano en la habitación, calmando, protegiendo. Ilona suspiró, giró la segunda carta con la yema del índice.

—El Diablo…

Su garganta se cerró por un instante. La imagen era tan conocida como incómoda: una figura masculina de sonrisa cruel, con cadenas atadas a los cuellos de dos amantes que no intentaban huir.

Obsesión. Placer que somete. Vínculos que arden pero atan. La búsqueda de placeres fáciles y efímeros, a menudo a costa de la propia integridad.

La obsesión por el dinero, la pérdida de valores morales y la falta de ética en las acciones.

Cerró los ojos apenas un segundo. Ya había sentido esa energía cerca, y era todo lo que Zoltán traía a su vida, a la de los suyos. No quería nada de eso cerca.

La tercera carta completó la tirada. Suspiró al verla.

—El Caballero de Bastos—susurró. .

Un arcano menor. Un jinete en movimiento, con los cabellos al viento y el bastón en alto como si fuera una espada. El fondo ardía en tonos de fuego y arena. *No traía promesas. Traía impulso. Deseo. Él no llega. Irrumpe.*

Había alguien allá afuera ahora mismo que representaba esto, y la sensación en el pecho se le extendió como un calor tibio que la

ponía ansiosa, expectante.

Ilona acarició lentamente las cartas que formaban la tríada. *Cambio. Tentación negativa. Fuego.*

El humo del incienso pareció curvarse sobre ellas, como si también leyera. Pasó una mano por la superficie, sin tocarlas del todo. El aire estaba denso. Las palabras, a punto de salir, se atragantaban.

—Ya veremos, caballero—susurró, con una media sonrisa, cerrando los ojos—. Ya veremos.

Capítulo 9

El golpe seco del vaso contra el escritorio resonó en la oficina, y fue seguido por el puño contra la madera. Zoltán apartó los papeles de un manotazo, y un par de carpetas cayó al suelo.

Airado, al borde de la explosión, así se sentía. Los informes hablaban por sí solos: los Caballeros Oscuros estaban ganándole terreno. Se habían desplegado como una sombra uniforme en los puntos claves de la comunidad.

El desafío a su autoridad era flagrante, y venía de un grupo de mugrosos en dos ruedas. Un club de moteros creía que podía pararse a su frente, detenerlo. Resopló. *Idiotas, pobres bastardos.* Él era la Bratva en estas calles.

Un hombre además hecho a sí mismo, que había ascendido la escalera pisando y violentando enemigos brutales.

—Dime que tienes la información que te pedí.

—Sí.

—¿Cuántos están apostados? —preguntó, sin mirar a su segundo que, como era habitual, parecía un poste en el vano de la puerta.

Nadie salvo él podía entrar a esta oficina. Este era su espacio, su reino. Zoltán se veía como un Pakhan de su territorio, en su mente.

Nunca escalaría más entre los rusos, porque su origen lo impedía, pero eso no significaba que no podría ser lo que deseaba. Para eso trabajaba. Y estos pobres bastardos no lo impedirían.

—Nueve, en turnos rotativos—dijo Andras—. En sus motocicletas, pero también hay vehículos circulando. Y están armados.

—¿Qué tipo de armas?

—Automáticas. Se rumora que tienen rifles de asalto, entre otras. Han tenido confrontaciones con grupos rivales, y no dudan en usarlas.

Resopló. Basura motera. Apoyó las manos sobre el escritorio, clavando la mirada en el mapa del barrio.

—Este es mi territorio. Está bajo mis reglas. Nadie puede venir aquí y pretender quitármelo o confrontarme. Deben pagar el precio.

Andras se aclaró la garganta, como cuando tenía información que sabía que a Zoltán le caía mal, muy mal.

—Escupe, ¿qué pasa?

—Los vecinos… Hay murmullos. Se han reunido. Hay una corriente de oposición armándose, algunos incluso colaboran con las guardias moteras. Les acercan comida, bebida—tragó saliva—. Se dice que los Lakatos fueron quienes les llamaron.

Zoltán giró la cabeza hacia él, su furia acrecentándose por segundos. *Esos malditos*. Los Lakatos. De no ser por Ilona, ya les habría castigado. Ella se había vuelto una compulsión, y eso le cegó.

Pero tal parecía que no podría dejar pasar esto. Tal vez castigar un poco a esos hermanos suyos sentaría ejemplo a todos por aquí, y traería humildad y razón a esa mujercita.

—¿Has hecho algo al respecto? Porque desde mi perspectiva, es tu tarea.

—Yo… Zoltán, hay que proceder con cuidado. Los jefes…

Se levantó con ruido, apartando la silla de un empujón, y fue hasta Andras, al que tomó de la camisa y sacudió.

—¡Yo soy tu jefe!—rugió—. Estoy en este puesto porque me lo he ganado. Yo decido qué hacer. Tú… Tu tarea es clara. Obedeces. Coordinas a mis hombres. No te comportas como un sumiso lacayo que recaba y trae información. Andras, Andras…—chasqueó su lengua—. Espero mucho más de ti. Quiero que Lázsló y Domi Lakatos sufran un poco. Encárgate. Demuéstrame que no me equivoqué contigo.

El hombre asintió, frenético, y Zoltán lo soltó, dejando que retrocediera. Luego, inspiró profundo, buscando calmarse. Necesitaba controlar la ira. Tenía negociaciones delicadas en curso, además de esta situación.

El trato con el cártel de la frontera no podía salir mal. Se jugaba su reputación con los altos jefes, y una parte del beneficio de este negocio, como otros antes, iría a parar a sus bolsillos.

Había pago las armas más baratas de lo que hizo saber, y los mexicanos accedieron. Eso implicaba que tendría efectivo fluyendo en sus cuentas. Zoltán se vanagloriaba de sacar tajada en cada negocio.

Pero tenía que limpiar su patio de juegos. No podía permitirse complicaciones.

—Quiero el doble de vigilancia—dijo, con voz más contenida—. Quiero coches en cada bocacalle. Rondas a todas horas. Es imperioso que la comunidad entienda que esos moteros no son sus salvadores. Y si es necesario usar fuerza letal, háganlo.

—La policía…

Rio, sarcástico.

—Vamos, Andras, sabes que este, como los que nos rodean, son vecindarios de ciudadanos de segunda. No malgastarán recursos que les son útiles en lugares más selectos.

—¿Quiere que demos una golpiza a los Lakatos, entonces? ¿Qué pasará con Ilona?

Zoltán sonrió. Se encargaría en persona de hacer una última advertencia.

—De eso me encargo yo.

No sabía por qué se empeñaba en rondar a esa húngara de segunda clase. Eso era lo que era, ni siquiera de pura sangre. De origen gitano, además.

El tipo de mujer que uno encuentra en las ferias, leyendo cartas a viejas solitarias, creyéndose especial por hablar con los muertos.

Esta había estudiado, era una mujer respetada entre coleccionistas y pequeños museos, pero… No modificaba que él era superior.

Oh, sí, ella le removía el cuerpo. Esa boca, esos ojos llenos de fuego. Ese cuerpo pequeño que se movía con orgullo. Como si pudiera desafiarlo.

Zoltán tensó la mandíbula. No era deseo, se dijo. Era principio. Dominio. Derecho. Ilona Lakatos era una pieza fuera de lugar en su tablero, una distracción que se negaba a arrodillarse.

Y eso lo volvía loco. Tenía que ser cuidadoso. Su prometida era Eva, la hija de un alto jefe de la Bratva, y este era celoso de su bienestar. Zoltán necesitaba este vínculo, que era su carta ganadora.

Eva era fría. Y él necesitaba calor. Carne que respondiera. Miradas que suplicaran o temblaran. No ojos que lo desafiaran.

Ilona era un error, pero no él no dejaba tareas sin completar, máxime cuando prometían placer extremo. La tomaría y la usaría cuantas veces desease, y la marcaría, para luego desecharla.

Nadie en la jerarquía debía saberlo. Zoltán sonrió, lento, mientras servía un trago.

—Una última advertencia —repitió en voz baja—. Después de eso, si no entiende, será parte del daño colateral.

++++

La puerta del local se abrió con fuerza, y el cascabel tintineó con un tono metálico, cortante. Ilona levantó la vista desde el estante en el que arreglaba objeto, sobresaltada. Lázsló, que hablaba con ella, se tensó al instante.

Zoltán entró como si la tienda le perteneciera, y ella solo atinó a dar dos pasos para alcanzar el mostrador, e instó a su hermano con sus ojos para acompañarla allí, como si la madera pudiese ser barrera contra el despreciable mafioso.

¿Cómo era que osaba venir cuando la guardia motera era ostensible? Los grandulones que estaban al frente debieron verlo, pensó, ansiosa, mirando por el escaparate. La sombra de Zoltán, el llamado Andras, estaba en la puerta, bloqueando el acceso.

Su respiración se aceleró, y la presencia de su hermano al lado no hizo nada por moderar sus nervios. Por el contrario. Zoltán le miraba con tal frialdad que Ilona no dudó estaba pensando cosas horribles para él.

—Bueno, ¿así me recibes? Tsk, tsk, tsk. Nada de *Hola, Zoltán, te eché de menos*—dijo, sardónico, su mirada yendo de ella a Lázsló con una sonrisa que era todo menos amistosa—. Veo que tu hermanito ha decidido trabajar, para variar. Me alegra ver que no

han cerrado. Estaba preocupado, con tanto movimiento por acá. Hay gente mala rondando. ¿Les ven? Allí afuera.

Se acercó y señaló por el escaparate.

Lázsló tomó su brazo y la puso detrás suyo, bloqueando el paso de Zoltán hacia ella, y esto la puso más nerviosa. Su hermano no tenía del peligro en el que estaban ahora mismo. Era sabido el mal genio del hampón y su predilección por la violencia.

Sus ojos lo denunciaban, y su aura fría fluctuaba y se removía, desagradable. El corazón le vino a la garganta.

—Deja a mi hermana en paz. De hecho, déjanos a todos tranquilos, Zoltán. La única gente mala es la que tu comandas.

Zoltán perdió su sonrisa apenas por un instante, y dio un paso más hasta que estuvo a centímetros de Lázsló, y sonrió, maníaco.

—Oh, alguien ha logrado que le crezcan un par de cojones. Dime, Lázsló, ¿crees que puedes defender a tu hermanita de mí? ¿De verdad?—se puso muy serio, y su mirada era hielo—. No te equivoques, no me subestimes. Si piensas que esa mugre sobre dos ruedas puede librarles de mí, estás errando.

—No lo creo. Lo sé. Ellos están aquí, y son fuertes. Pero también nosotros, unidos. No permitiremos…

Ilona no vio venir el cabezazo, y este fue brutal sobre la faz de su hermano. El ruido de huesos crujiendo y la sangre abundante la hizo gritar, aterrada, y abrazó a Lázsló, tirándolo hacia ella, alejándolo del monstruo.

Capítulo 10

Su hermano gritaba, se tomaba el rostro con las dos manos, mientras el odioso Zoltán retrocedía y, casual, se limpiaba el rostro con un pañuelo blanco que Andras le acercó, servil que era.

—¡Tú…! ¡Maldito, eres un maldito! ¡Vete de mi local, ahora!— gritó, histérica, su mirada alocada yendo desde su hermano al mafioso, que sonreía cruel.

Entonces, la puerta se abrió con fuerza brutal, golpeando la pared, y dos moteros ingresaron como vientos de venganza. Uno de ellos era Mason, se percató Ilona, que lloraba y trataba de evitar que Lázsló fuera contra Zoltán, enloquecido de dolor e ira.

—¿Qué mierda pasó aquí?—dijo el motero que había hecho la costumbre de saludarla y sonreír, vestido de negro de pies a cabeza, con el cabello rubio hecho un moño.

Andras se puso delante de ambos, pero Mason le empujó como si no pesara nada, enviándole contra un estante, que tembló e hizo que varias campanillas resonaran y algunos objetos cayeran y se hicieran añicos.

Alelada y aliviada, Ilona vio al presidente del club venir como un tanque hacia ellos, y Zoltán, dio medio paso atrás, dejando entrever su sorpresa en una expresión fugaz.

Mason se colocó entre el mafioso y los dos hermanos, luego de dar un rápido vistazo al cuadro.

—Tranquila—masculló, mirándola a los ojos, su expresión tormentosa, pero eso la serenó. Luego, se volvió y se convirtió en pared que impidió a Ilona ver nada más. No obstante, su voz y palabras fueron suficientes para que se sintiera segura y protegida.

—Tú debes ser ese que llaman Zoltán. Escucha bien, hijo de perra, porque lo diré una vez. Este sitio, todo el vecindario, es territorio de los Caballeros. Tú y tu gente, muévanse, o les correremos por la fuerza. Toma esta advertencia con cuidado, porque no bromeo.

Lázsló aspiró con dolor a su lado, pero sonrió, extasiado con el despliegue poderoso de este paladín en cuero que Ilona no podía dejar de mirar. Había tal seguridad en su voz, y sus frases resonaron en el local.

Zoltán rio, y a Ilona le sonó hueco. Cerró sus ojos, fuerte, tratando de controlar su temor. Mason se exponía, no sabía lo cruel que el húngaro era, y estaba acá por ellos. La culpa se mezcló con el alivio.

Era egoísta. Interesada. Pero no podía pensar en alguien más que pudiese defenderlos, que llegara para salvarles. Sin embargo, no quería que lo hirieran por ellos… Por ella.

—¿Crees que puedes decirme qué hacer, motero? No eres más que mierda en mis zapatos.

—Ah, lo quieres hacer difícil—Mason rio, y abrió sus piernas—. ¿Ves, T Bone? No falla. Cada mafioso que llega cree que es un gran líder y puede con todo.

—Idiotas todos, y este parece excepcionalmente dotado—contestó el rubio, riendo y chasqueando su lengua.

Ilona pensó que estaban locos. Lázsló les miraba como si colgaran la luna, mientras la sangre le corría por el rostro.

—Va a ser divertido demostrarles que no jugamos—dijo un nuevo motero, ingresando al local.

Era gigante. András gruñó y miró a su jefe, y Zoltán pareció perder un poco de prestancia.

—Ey, Crusher, bienvenido—dijo el rubio—. ¿Te encargas?

El mencionado miró a su costado y tomó a Andras por la camisa, le levantó como si no pesase nada, y le arrastró afuera, tirándolo sin contemplaciones. Ilona abrió y cerró su boca, azorada.

—Joder—susurró Lázsló—. Necesitamos lo que sea que ese gigante toma.

Zoltán se movió, pretendiendo frialdad, pero buscaba la salida mientras medía a sus oponentes.

Ilona intuyó que estaba furioso y en obvia inferioridad de condiciones, y le gustó, aunque su alivio duró poco, porque Lázsló

estaba dolorido, y no dudó que también humillado.

—Moteros jugando a ser el sheriff del pueblo. ¿Cuánto puede eso durar?—dijo Zoltán, con una sonrisa afilada.

—Un mafioso que cree que puede adueñarse de calles que no le pertenecen. ¿Cuánto puedo durar?—dijo Mason, calmo.

—No tienen idea en lo que se meten. ¿Creen que estoy solo?—rio Zoltán, pero había pretensión en su postura, intuyó Ilona—. Pero están invitados a probar suerte. Voy a barrer con ustedes si se me ponen en el camino—amenazó—. Estos idiotas que parecen verlos como superhéroes serán los más afectados.

—Tocas a uno, y tu tinglado vuela por los aires. Te daré la gracia de no juzgarte por este error—replicó Mason, señalando a Lázsló—, porque en tu cabecita creías que no tenías rival. No te acerques a los Lakatos, o a nadie en la comunidad. No nos verás venir.

El silencio que se instaló no fue incómodo. Fue peligroso. Como un hilo de pólvora esperando chispa.

Zoltán no bajó la vista, pero escupió a un costado. Luego, avanzó hacia la puerta. Antes de salir, la miró largo, e Ilona se estremeció.

—Hasta pronto, querida. Mantendré el lado de mi cama caliente, para ti. Lázsló, hazte ver esa nariz, podría estar quebrada.

Sin más, salió, e Ilona se apresuró a ir por el botiquín de emergencia, mientras el rubio y el grandote ayudaban a su hermano. Lo colocaron en una silla, y ella limpió como pudo.

—Tendrás suerte si no está quebrado—dijo el rubio—. Ven, te llevaré al hospital. Esto necesita placas, desinfección y vaya a saber qué más.

—¡Ese hijo de perra, me sorprendió! Debí…

—Nada—dijo Mason, serio—. Ese hombre es peligroso, y podría descerrajarte un tiro en la cabeza sin dejar de sonreír. No te pongas en su camino, para eso vinimos nosotros—Giró la mirada hacia Ilona, y ella tragó saliva. La miraba como si radiografiara su cuerpo, buscando heridas, o vaya a saber qué—. Tú, ¿te hizo algo?

Negó.

—Nada, pero… Es una víbora, un maldito lunático.

—Y está obsesionado contigo—concluyó Mason—. No debes salir sin protección. Esto que pasó… Fue una declaración de guerra tácita.

Ilona parpadeó, azorada, pero a la vez, calmada por la presencia de Mason. Había prometido protección, y la tenían. Él era el caballero, no había dudas. Su altura, su porte, la manera en que no necesitó levantar la voz para confrontar a Zoltán.

Había algo salvaje y contenido en su calma. Como un lobo en silencio que no necesita mostrar los dientes para que todos entiendan el peligro. Y frente a Zoltán… creció.

Ilona tragó saliva. Aún podía sentir la tensión entre ellos, la forma en que ninguno bajó la mirada. Pero lo que más le quedó grabado fue la forma en que Zoltán la miró antes de irse. No era deseo. No era dolor. Era rencor.

—Lo conocemos—decía Lázsló—. No se va a quedar tranquilo.

—Lo sabemos —respondió Mason—. No vamos a ser los que empiecen a incendiar el vecindario. Estamos moviéndonos con estrategia.

—¿Y cuál es?

—Afectarlo donde duele. En el bolsillo. Estamos mapeando sus puntos de ingreso, los locales pantalla, los camiones que entran por rutas que no figuran. Si logramos presionar desde ahí, sus jefes se pondrán nerviosos. Y si hay que llevar el conflicto a otra escala… Podemos ser tan peligrosos como él. O más. Y no nos tiembla el pulso.

Ilona sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Su mundo estaba cambiando. Y rápido.

La puerta volvió a abrirse. Dos moteros más entraron. Uno saludó con una inclinación de cabeza, el otro fue directo hacia Mason. Pero no fueron ellos los que captaron su atención, sino la mujer que entró detrás, mirando a todos lados en el local, su curiosidad obvia.

Pelo suelto, sonrisa cálida, botas y ropa negra.

—Mason, no contestas tu jodido móvil—le decía el que tenía una cicatriz, mientras lo empujaba hacia la puerta—. Debo llevar a

Beatrix al concierto, pero quería ver cómo está todo—miró alrededor—. Veo que han estado ocupados. ¿Las cosas se complicaron?

—Algo así.

—Zero dice que detectó mensajes. Algo grande se está gestando.

—¿Qué?

—Las comunicaciones están cifradas. Demasiada molestia como para ser simple logística. Algo que no quieren que se sepa va a pasar. Zero va a averiguarlo pronto.

Mason asintió, y sus voces bajaron. Crusher se les unió y el rubio se les unieron. La mujer se separó del llamado Viper y miró alrededor, interesada. Luego, se acercó a Ilona con pasos suaves.

—Hola. Soy Beatrix, la mujer de Viper—señaló al que conversaba con Mason—. ¿Estás bien?

—Ilona—respondió ella, sorprendida por la amabilidad—. Y sí, sí, estoy bien. Mi hermano… Es otra historia.

—Le ayudarán, descuida. Escucha, sé que estás pasando por algo feo. Solo quería decirte que, aunque este mundo se vea rudo, los hombres que lo sostienen son rectos. Pueden tener cicatrices, tatuajes, mal lenguaje, pero no les falta honor.

Ilona la miró. Beatrix tenía algo diferente. Una paz que no nacía de la tranquilidad, sino de haber resistido el caos, se notaba en la manera en que se movía, cómo hablaba. Le sonrió, agradecida por sus palabras, destinadas a distender su confusión y alteración.

—Gracias. Eso… significa mucho.

—Confía. No estás sola.

Ilona asintió, tímida, y fue tras Lázsló. La voz de Mason la detuvo.

—Espera. Tú irás conmigo.

Ilona suspiró, aliviada. Necesitaba alguien en quien confiar a su lado, ayudándola mientras los suyos les alcanzaban en el hospital.

Capítulo 11

La cocina olía a té de manzanilla y a la madera vieja que crujía bajo cada paso. Ilona se sentó en la silla junto a la estufa, frotándose las manos aún frías. Rebeka le sirvió una taza sin hablar. Pasaron varios minutos así.

Luego su madre dio un largo suspiro, y habló.

—Tu hermano está mejor. Menos dolorido. Esos calmantes han hecho efecto rápido, pero desde mañana, le daré mi té especial. Eso le hará bien, le ayudará—dijo, asintiendo, procurando insuflar de convicción a su expresión. Pero luego, cerró sus ojos—. ¡Ese maldito hombre!

Ilona no respondió enseguida. Jugó con la cucharita dentro de la taza, exhausta de pronto. Finalmente asintió.

—Fue horrible. Lázsló no debió confrontarlo, pero… Es tan difícil no reaccionar cuando…

—Se los he dicho, no tienen forma de ganar con esos rufianes. Viven y disfrutan la violencia que generan. Por fortuna esos hombres estaban allí y evitaron que fuese peor. Debieron haberlo detenido antes de que ingresara—murmuró.

—Mason llegó apenas escuchó el grito, y te aseguro que puso a Zoltán en su sitio—se apuró a contestar—. Vi su rostro, madre, y ese maldito no pudo disimular su preocupación.

—Tu hermano tiene nuevos héroes, sí.

—La única razón por la que Mason no ha dado la orden para que se enfrenten a los hombres de Zoltán es para evitar que la escalada de la violencia nos afecte a todos. Pero fue muy, muy claro.

Rebeka la miró con curiosidad, sabedora, e Ilona escondió su rostro detrás de la taza de té.

—Mason. Suenas muy convencida de que hará lo correcto. ¿Qué ves en él, mi niña?

Ilona bajó su taza y se encogió de hombros, pero no pudo evitar un ligero rubor.

—Es… imponente. Tiene esa forma de estar parado como si nada pudiera moverlo. Y cuando habló, Zoltán… se contuvo. Por primera vez. Es imponente, cuidadoso. Piensa antes de actuar, evalúa todo.

Rebeka sonrió, breve, sin ironía.

—Entonces no solo viene con músculos, sino que trae también sesos. Eso es bueno.

Ilona bajó la mirada. No sabía cómo explicar lo que sentía en presencia de ese hombre.

—Es que… no sé qué pensar. No estoy acostumbrada a hombres así. Él… me genera pensamientos desconocidos… Me… atrae, y me desconcierta.

—¿Y eso te asusta?

—Un poco, sí.

Su madre levantó su mano y la llevó al cabello de Ilona, que acarició con suavidad en gesto de confort.

—No temas a lo que sientes. Eres una mujer, mi Ilonka. Tienes derecho a mirar, a sentir curiosidad, incluso a equivocarte. Has estado evitando enamorarte por años.

Ilona alzó los ojos, entibiada por la ternura de su tono.

—Ya sabes lo que pasó con Viktor. Y desde entonces…

—Desde entonces has estado escondida. En tu lugar, sin mostrar tu plenitud—dijo Rebeka—. Eso no es malo. Algunas flores tardan en abrir, pero cuando lo hacen, llenan de perfume toda la estación. Bendecido será el que pueda verte y disfrutar de tu aroma.

Ilona sonrió. Su madre era sabia, y le gustaba hablar con ella, confesarle sus pensamientos. Eso aclaraba los suyos, de habitual. Hoy, no tanto. Mason la confundía, mucho.

Rebeka se alejó unos pasos, abrió un cajón y sacó un pequeño saquito de terciopelo bordado. Lo dejó sobre la mesa.

—Es de tu abuela. Lo llevaba con ella cuando los tiempos se volvían revueltos, y el cambio aparecía. A veces no podemos distinguir si este es bueno o malo, no estamos claros. Esta es una piedra lunar. Dice la tradición que ayuda a ver lo que el corazón calla.

Ilona acarició la tela con los dedos, y abrió el cordel, extrayendo la piedra. Irregular, pero lisa, tal vez por el uso a lo largo de generaciones.

—¿Estás diciendo que algo va a cambiar?

Su madre asintió.

—Lo sentí —dijo Rebeka, firme—. Le invité a un té ayer, en la noche. Estaba fresco, y él parecía una estatua sobre su motocicleta. Apenas entró aquí, el aire cambió. No sé qué va a pasar, pero nada va a seguir igual.

La joven tragó saliva.

—¿Y si esto nos hace daño?

—El fuego no pregunta si quema. Solo arde. Pero también da luz. Lo importante es confiar en ti misma, en sus deseos y sentimientos. No rechaces el cambio por miedo. Escucha a tu sangre.

Ilona bajó la vista. Luego, en voz baja:

—No es como si estoy enamorada, anya. Lo he visto contadas veces.

—No, tal vez todavía no. Pero puede ser el comienzo. O el espejo de lo que necesitas descubrir. A veces, la fortuna no se lee, se siente en el estómago.

Ilona se llevó la piedra al pecho y la sostuvo un segundo. No podía negar que se sentía fuera de su eje, curiosa, expectante, y eso era inoportuno, porque la situación con Zoltán apremiaba.

No iba a enamorarse. No tan rápido. Mason era… intrigante. Llamativo, deseable. ¿Ves? Puedes hacerlo. Puedes reconocer que te gusta, y no te molestaría una noche de pasión arrolladora en sus brazos.

Su cuerpo… Lo cuidaba y alimentaba bien, pero le retaceaba placer. Lo controlaba, asustada de sentir. Tal vez por eso reaccionaba rebelde cuando un estímulo tan potente asomaba y llamaba a sus instintos más básicos.

Algo se había movido. Y el aire, como decía su madre… ya no era el mismo.

Rebeka se levantó sin decir nada más. Tomó la taza vacía de Ilona con cuidado, la giró tres veces entre sus manos y la volcó sobre el platito.

Esperó unos segundos y la levantó. Sus ojos escanearon el interior en silencio.

—¿Qué ves? —preguntó Ilona, conteniendo el aliento.

Su madre ladeó la cabeza, pensativa.

—Un caballo. De fuego. Parece avanzar rápido, pero no se sabe hacia dónde. Y junto a él, una figura de mujer, como de pie ante una corriente que la envuelve.

Ilona parpadeó.

—¿Eso es bueno?

—No es malo. Es movimiento. Es impulso. El fuego puede llevarte lejos… o consumirte si no sabes cuándo detenerte. Pero hay algo más...

Se inclinó un poco más, entrecerrando los ojos.

—Una figura masculina detrás. No está montando al caballo. Lo observa. Espera. Como si aún no supiera si quiere alcanzarlo o dejarlo partir.

Ilona sintió un nudo en el estómago.

—¿Y eso qué significa?

—Que no es solo tuyo el desconcierto, hija. Hay otra alma que también tiembla.

El sonido fue seco, firme, y la hizo saltar. Tres golpes sobre la puerta trasera de la cocina. Rebeka no se inmutó, y sonrió con calma. Como si la imagen del caballo en la taza hubiera anunciado no solo el fuego, sino también a quien lo seguía de cerca.

—Parece que el hombre de fuego tiene pies—murmuró su madre, de pie junto al fregadero.

Ilona se sonrojó al instante. El tono suave y sabio de Rebeka la desarmó más que mil preguntas.

—Voy yo—dijo, apresurada, el calor subiendo por el cuello.

Abrió la puerta y parpadeó, llenándose de la silueta alta y ancha vestida con la chaqueta del club abierta y el casco bajo el brazo. Sus

ojos se suavizaron al verla, un gesto mínimo, casi imperceptible que, sin embargo, le desacomodó el pulso.

—No quería molestar—dijo él, con su voz de barítono, esa que le acariciaba la oreja—. Pero necesitaba saber si mañana tienen previsto salir. Se están organizando los turnos para reforzar la vigilancia. Vamos a cubrir cada calle. Quiero asegurarme de que estén protegidos. Que no vuelva a ocurrir algo como lo de hoy.

Rebeka se acercó con dignidad serena. No necesitaba presentaciones.

—Hola, Mason. Gracias por lo de hoy. Ese demonio con rostro de hombre sabe que usted nos defiende, y eso es un alivio.

Él bajó ligeramente la cabeza, en señal de respeto.

—Sí, señora. Y le aseguro que no permitiré que toque a su familia otra vez.

—Más que palabras, se notó en su actitud. Gracias por venir —dijo Rebeka—. Pase, si quiere. El té está caliente.

Mason sonrió de lado.

—Muchas gracias, pero solo quería confirmar sus movimientos. Ilona… ¿vas a salir mañana?

Ella lo miró un segundo, sin saber cómo responder. Aún sentía la presión de la piedra lunar contra el pecho, dentro del bolsillo de su vestido.

—Tengo una sesión agendada, en un barrio privado.

—Te llevaré—dijo—. No es momento de que andes sola.

—No me gusta ser tratada como si fuese de cristal, Mason.

Los ojos ónix parecieron arder, y le sostuvo su mirada.

—Oh, no pienso eso. No te preocupes. Este soy yo siendo precavido. Sabrás cuando te trate como a una pieza de fina porcelana.

Ilona sintió que todo a su alrededor se detenía por un instante. Cuando… ¿Es que él lo decía con intención? Lava ardió en su rostro y orejas, y tal vez en su centro mismo.

Rebeka, desde la mesa, fingía ordenar los platos. Pero su sonrisa callada seguía ahí.

—Buenas noches, señora—dijo Mason, con un leve gesto de cabeza—. Gracias por su hospitalidad.

—Cuando el corazón es sincero, siempre hay una puerta abierta —respondió ella.

Ilona lo acompañó hasta la puerta, y cuando él se despidió con un gesto de su cabeza, le miró irse. No se despegó hasta que le vio charlar con los otros, al frente.

¿Cómo sería que este hombre la envolviese con sus brazos y la besara? Ah, Santa Virgen, estaba demasiado subyugada por él. No era saludable, no le haría bien a su corazón.

Capítulo 12

La Harley Davidson rugía como una bestia bajo ellos, comiendo el asfalto de la avenida adornada de árboles y coquetos faroles.

<<Esta es más que una motocicleta para mi>>, le dijo cuando la fue a buscar y ella se quedó con la boca abierta. *<<Es un retazo del pasado, un clásico, restaurada para que responda en el presente. Mi orgullo.>>*

<<Pensé que ustedes eran raros sobre a quién subían a su motocicleta>>, le dijo, subiendo con cuidado, torpe, y aceptando el casco, que él ayudó a asegurar.

<<Lo somos>> fue su respuesta, y la dejó en duda, porque su próxima frase fue para demandar que le rodeara la cintura para mantenerse estable. Ilona se aferró duro, rodeando su cuerpo, pegándose a él.

El casco le cubría la cara, pero no impidió que su fragancia única y masculina, que ya sería capaz de identificar entre varias, se colara y la enervara como un afrodisíaco.

A través de su chaqueta de cuero podía percibir el calor de su espalda, el juego tenso de los músculos que se activaban cada vez que cambiaba de marcha.

¿Cómo se sentiría acariciar estos planos duros y marcados en la intimidad? ¿Que la abrazara y la atrajera a su pecho ancho y entre sus pectorales? ¿Jugar con su barba mientras lo besaba?

Estás fuera de ti, en terreno peligroso. Focaliza, focaliza, Ilonka.

No le ayudaba nada que la vibración del motor le atravesara los muslos y se concentrara en su vagina, que parecía pulsar. Estaba cachonda, por Dios. Se reprochó en silencio. No era el momento. No con él. Y sin embargo, ahí estaban, invadida por sensaciones que no eran sencillas de ignorar.

Horas antes había discutido con su padre. Había pensado ignorar el comando que Mason había establecido el día anterior, solo para mantener su serenidad y equilibrio.

<<Papá, mira, no te inquietes. Es una clienta de las importantes, en un barrio exclusivo con seguridad de primera. Ya he estado en su casa.>>

<<No me importa que sea una urbanización privada, no puedes ir sin protección. No con todo lo que está pasando. El presidente fue claro, tu madre me lo dijo.>>

Había cedido al ver la preocupación en los ojos de sus dos padres. No era que quisiera ir sola, para nada. No se había equivocado al pensar que sería traicionada por sus emociones y sensaciones. Justamente, esto que sentía ahora era lo que quiso evitar: los deseos físicos que él creaba.

Había estado en ascuas desde que le vio esperándola, apoyado contra su moto, como si nada pudiera perturbarlo. Le había hecho una recorrida visual que no disimuló, los ojos sobre su cuerpo, sin apuro. Llevando fuego a su piel.

El recorrido no contribuyó a calmarla. Nunca había sentido tanto alivio al ver la urbanización adelante. Grandes portones eléctricos, árboles cuidados con precisión, casas con columnas y jardines diseñados para impresionar.

Mason bajó de la moto primero y la ayudó a desmontar, adueñándose de su cintura, sin apuro, sus dedos marcándose en sus caderas, imprimiéndose. Ilona acomodó su falda larga, ajustó su blusa blanca de lino, y trajo su morral desde la espalda a la delantera. La caja de cartas estaba en ella.

—No es prudente que entres conmigo—le dijo, mirándole, y le sonrió—. Debe haber varias damas, con bebida y exaltadas pensando que les diré cada aspecto de su futuro.

Él entrecerró sus ojos, pero no demostró nada. Ilona pensó que tal vez Mason creía que ella era una adivina de circo o tienda, y sintió necesidad de desmentirlo.

—El Tarot es algo serio, y no lo manipulo para conseguir más dinero.

—No tengo idea de que es, pero no imagino que harías algo así. Tu honestidad brilla como una hoguera en esos ojos bellos.

Se atragantó. Oh, Virgen Santa, ¡esa mirada sobre ella! Sería un milagro… Si salía inerme de Mason sería de puro milagro. Bastaban unas palabras, su cercanía, su olor, su protección, y se deshacía.

—No voy a entrar en la sesión, te dejaré trabajar. Solo aseguraré el perímetro. Quiero ver quién te abre la puerta. Asegurarme de que está todo bien, que no es una trampa.

Ella no dijo más. No tenía sentido, él estaba decidido. Y la preocupación detrás de la determinación era agradable. Sentirse protegida era algo nuevo, con franqueza.

Su familia lo hacía, pero nadie más. Ella había sido bastante solitaria, sus amigas del colegio y la especialización alejadas por la vida y las urgencias. Y su falta de interés en salir o socializar.

Se cuidaba de los desconocidos, en particular de los hombres, que pensaban que podían tomar lo que quisieran de ella. Había ejemplos concretos que avalaban esto.

*S*u relación con Viktor había sido tan mala que bastó para que se encerrase en una caparazón y temiese volver a confiar. Luego, llegó Zoltán.

Era extraordinario que Mason no hiciese sonar sus alarmas. Bueno, sí lo hacía, pero no las de peligro. Por el contrario. Las compuertas de acceso a su intimidad parecían elevarse en presencia del sexi motero.

Se acercó a la casa con calma, sabedora de que la esperaban con ansias. La anfitriona era una mujer de mediana edad, bronceada y enjoyada como una celebridad a la que le encantaba que Ilona le tirase las cartas.

Esta vez la acompañaban tres amigas vestidas con elegancia, perfumadas con profusión y maquilladas por profesionales. Las cuatro llevaban copas de vino en la mano. Ilona suponía que esta sesión era una más, entre la de masaje, pedicura, tragos. Las mujeres trofeo como estas solían aburrirse como hongos, y tiraban dinero al problema.

Ya le gustaría a ella tener problemas tan menores. Aunque su envidia era insustancial, momentánea. Adoraba quién y cómo era.

Sus circunstancias eran malas por Zoltán, nada más.

—¡Ilona, por fin!—dijo la mujer, tomándola del brazo—. Chicas, esta es mi tarotista favorita. ¡La única que no me ha mentido jamás!

—Buenas tardes, Ivanka. Gracias por la invitación. Y sí, no miento —dijo Ilona, seria pero cortés, anticipándose a los pedidos usuales —. No leo el futuro. Solo trasmito lo que las cartas muestran. Lo que resuena. Lo que está listo para salir.

Las mujeres la miraron con mezcla de admiración y escepticismo, mientras Mason, desde el recibidor, se apoyaba en una columna, callado.

—¿Y él quién es?—preguntó una de las señoras, coqueta, mirando al hombre con interés que molestó a Ilona.

Lo devoraba con la mirada, la descarada.

—Es el encargado de seguridad de mi comunidad—dijo Ilona sin inmutarse.

—Mmm, ¿algo de qué preocuparme?

La dueña de casa parpadeó, e Ilona sonrió, y negó.

—Ya quisiera yo que mi esposo contratara ese tipo de seguridad —susurró una de las amigas, cruzando las piernas con elegancia medida, y gritó, sobresaltando a Ilona—. ¿No quisiera una copa?

Mason ni pestañeó.

—No bebo en servicio.

Las risitas se mezclaron con cuchicheos.

—¿Es tu novio?

Ilona fingió no escuchar. La anfitriona las condujo hasta el salón. El lugar estaba decorado con buen gusto, aunque con un toque recargado: cojines color marfil, velas aromáticas, una mesa baja de cristal y fragancias florales flotando en el ambiente.

Ilona desplegó con cuidado un paño claro sobre la mesa. Colocó su baraja en el centro y alzó la vista con serenidad.

—Como dije, no predigo el futuro. Las cartas no deciden por ustedes. Solo muestran caminos posibles y ayudan a ver lo que ya está presente. Correr el velo, a veces, de lo que no queremos aceptar.

La primera mujer, elegante y de labios muy marcados, se sentó con una sonrisa vivaz.

—Veamos si me das buenas noticias. Estoy pensando en dejar a un hombre y necesito un empujón. No es fácil, ¿sabes?—suspiró—. Estar sola. Mis dos primeros esposos eran terribles, y George… Es aburrido, predecible, y ya no me cuida como antes.

Ilona le sonrió y asintió. Podía empatizar con la idea de que la soledad era difícil, aunque por lo que creía, el problema de esta señora era que no podía parar de saltar de esposo en esposo. Le ofreció el mazo.

—Mezcla tranquila, y cuando lo sientas, lo cortas.

La mujer lo hizo. Ilona eligió tres cartas y las colocó con suavidad sobre el paño. Se tomó unos segundos en silencio.

—Lo que veo es agotamiento. No necesariamente por él, sino por todo lo que has tenido que cargar para mantener algo que no te llena. No parece ser algo de ahora, sino…

—De toda mi vida—musitó ella—. Siempre he sido una cobarde.

—Animarse a saltar sin red no es fácil. Hay una decisión latente… Creo que casi hecha, pero que debes abrazar y visibilizar.

La sonrisa de la mujer se hizo más contenida. Asintió, pensativa.

—¿Y si luego me arrepiento?

—Tomar distancia no siempre es terminar. A veces es la forma de volver a elegir desde un lugar más claro.

La segunda mujer, más joven, preguntó con timidez por su hijo adolescente.

—Últimamente se aleja. No sé si lo estoy haciendo bien…

Ilona le dedicó una mirada comprensiva. Le pidió que mezclara el mazo y sacó cuatro cartas.

—Él necesita sentirse escuchado sin juicio. Y tú… necesitas perdonarte. Estás haciendo lo mejor que sabes, aunque a veces no lo veas así.

La mujer desvió la mirada, visiblemente conmovida.

La tercera, con un estilo más ejecutivo, preguntó por una socia en la que empezaba a desconfiar.

Ilona mezcló, observó las cartas y preguntó:

—¿La admiras?

—¿Perdón?

—Hay admiración, mezclada con desconfianza. Y eso puede generar tensiones. Si eres clara con lo que sientes, podría convertirse en una aliada. Pero si te callas, lo que crece es la duda.

La mujer se quedó en silencio. La última no hizo ninguna pregunta. Solo barajó y la observó.

Ilona eligió tres cartas y las dispuso en abanico.

—Llevas mucho a cuestas. Y lo haces bien. Tan bien, que nadie se da cuenta de cuánto te agota. No te hace débil pedir ayuda. Al contrario.

La mujer no respondió. Solo asintió con suavidad.

Cuando la sesión terminó, las cuatro mujeres estaban más tranquilas, más calladas. La anfitriona, al despedirse, le tomó las manos a Ilona.

—Tienes un don. No adornas, no asustas. Pero lo que dices queda resonando.

—Solo pongo en palabras lo que ya está dentro. A veces es suficiente —respondió Ilona, sonriendo con respeto.

Capítulo 13

Mason la observó salir de la casa con pasos tranquilos, el morral ya atravesado a su espalda, su expresión pensativa. El cabello suelto caía sobre sus hombros, torso y espaldas. Era tan bonita como inteligente.

¿Qué hacía entre estas mediocres amas de casa desesperadas, semi borrachas a mitad de la tarde? Practicar un arte que Mason no entendía, pero no iba a desmerecer. Ella había sido una profesional, y había logrado la atención de cada una, instándolas a reflexionar, a escarbar en su realidad. Ilona dejaba atrás emociones revueltas.

Mason había estado atento a cada gesto, a cada mirada, desde su posición. No escuchó la mitad de lo que decía, pero sí vio cómo la miraban. Las mismas mujeres que habían hecho bromas cuando llegó, la despidieron como si acabara de dejarles algo valioso. Algo que las tocó.

Eso… lo impresionó más de lo que esperaba. Y le dio la vuelta a su intención inicial. Pensaba dejarla en su casa, darle las buenas noches y continuar con su ronda habitual. Pero ahora sentía algo más.

Una necesidad inexplicable de que ella lo viera desde otro ángulo. De que supiera que no era solo un tipo grande con un chaleco negro y una moto ruidosa.

De que lo viera bajo otra luz, porque la tenía, y su decisión de traerla en su moto, de sentarla en su asiento trasero le hacía ruido, había sido instintiva, y le carcomía. No entendía bien qué le pasaba.

—¿Tienes tiempo?—le preguntó, ya junto a la Harley.

Ilona lo miró, sorprendida.

—¿Para qué?

—Quiero mostrarte el club. Para que compruebes con tus ojos que no somos la mitad de terribles de lo que se dice por ahí.

—No hago caso a lo que dicen. Me hago mi propia impresión sobre las personas y las cosas.

—Para ello necesitas datos, y el club es uno grande.

Ella dudó un instante, pero finalmente asintió. Así que allí fueron, y él se deleitó, otra vez, de esos brazos finos torneados envolviéndolo. Se sentía bien, joder que sí.

La sede no estaba llena, como imaginó. Esto solo ocurría los viernes y sábado, y podía ser ruidosa. La ayudó a bajar, y vio sus ojos imposibles saltar de detalle en detalle. El cartel tallado por Bulldog, las motos en exhibición que eran históricas, una de ellas suyas.

Le mostró la cocina, sitio por el que entraron, y ella sonrió al ver la nevera y cocinas industriales.

—No imaginé que necesitaran cocinar.

—Freak se encarga, uno de los muchachos. Nos turnamos para ayudar, si hay reunión de la directiva, o asamblea. Alguna de las viejas viene y cocina de tanto en tanto, y deja en el frízer.

—Viejas… He escuchado sobre ellas. Es… raro.

—Nah—se encogió de hombros—. Es normal que haya nombres específicos en cualquier ámbito. Una vieja es una mujer especial, única, una esposa a nuestros ojos.

—Suena… romántico.

Él hizo un sonido gutural, y no se comprometió. Probablemente lo era, sí. Abrió la puerta que conducía al gran salón. El ruido les inundó.

—Allí es la sala de reuniones. La escalera lleva a habitaciones que los miembros usamos cuando se hace tarde o estamos de guardia. El bar…

—Okay. Es mucho más grande de lo que hubiese creído.

La observó mirar a todos lados con atención, sus ojos grandes. Trató de mirar su entorno con los ojos nuevos de alguien tan alejado de su mundo. Debía ser un shock.

Algunos miembros hablaban junto a jarras de cerveza, otros jugaban dardos y al pool. Había rock de fondo, y el aire olía a madera, cuero y bebida.

Mason caminó un poco delante de ella, abriendo paso, y le hizo señas. Ilona lo siguió con paso tranquilo, sin disimular su curiosidad. Eso le gustó.

No había censura en sus ojos, ni desprecio. Le alivió, porque este lugar hablaba también de él.

Era su sitio seguro, su entorno, el club por el que había entregado sangre, sudor, y también algunas lágrimas en el pasado más infame. Hoy, era un presente de prosperidad, y sus hermanos eran sus amigos.

Hubo algunos gritos de saludo, y las miradas curiosas les persiguieron. Sí, era consciente de que traer una mujer aquí sería visto como un hito, y que se comentaría mucho sobre la hermosa mujercita con raíces gitanas que le seguía. Varios la conocían, ya habían hecho guardia frente a su local o casa.

Le alegró ver a Viper y Beatrix, y se acercaban a ellos cuando la chicharra de la puerta delantera del club sonó. Por inercia miró, y cuando vio a Desirée aparecer, el humor de Mason viró. Apretó sus labios y su faz mostró su molestia.

Esa mujer no entendía, y no acataba. Su paciencia estaba colmada. Hubo murmullos, y de soslayo vio que Torque se movía hacia ella, con evidentes intenciones de cortarle el paso, pero ella esquivó al Capitán de Ruta.

El ambiente cambió de golpe. Todos se prepararon para el espectáculo que estaba gestándose.

Tacones, atuendo breve, mirada segura, perfume fuerte. Desirée no era sino el prototipo de la Gatita promedio: mujeres excitantes de grandes senos y escotes bajos, y minifalda de vértigo.

Caminó directo hacia él, ignorando por completo la presencia de Ilona, y se plantó a su lado, colgándose de su brazo y restregándose sin cortedad contra su cadera. Mason apretó su mandíbula en un gesto de contrariedad. No quería dar una impresión equivocada a Ilona.

—No sabía que teníamos visitas, Mason, darling—dijo la Gatita en tono dulce que le repelió, y le besó la mejilla. .

Mason se apartó, furioso, y no se molestó en esconder su malestar. Con su gesto más hosco en su faz, fue cáustico:

—Fui claro sobre tu presencia no bienvenida y aceptable aquí.

Desirée fingió no notar el tono.

—¿Quieres algo de beber, love? Puedo prepararte…

—No, no puedes—dijo Viper, elevando su voz e incorporándose para venir a ellos, su rostro una muestra del poco placer que le daba verla—. Es regla establecida que tú y las demás no pueden estar aquí, salvo invitación específica.

Lo tenía merecido, había sido una perra con Beatrix, y Viper adoraba el suelo que su *vieja* pisaba. Como debía ser.

—Ay, Viper, seguro que los demás no piensan eso. Muchachos, ¿no están felices de verme?—dijo, coqueta, quebrando su cadera y batiendo sus pestañas, buscando apreciación.

Como si alguno aquí fuese a desairar las directivas del club. ¿En serio esta mujer se creía por encima del club, de sus directivos? Mason observó a todos, y nadie alzó la voz, y no era por temor.

Lejos de eso. Los miembros sabían bien a qué atenerse, y las reglas que afectaban a todos las votaban todos.

Desirée carraspeó, y su mirada pasó finalmente por Ilona. Fue una mirada de evaluación. Una que Mason conocía demasiado bien, y que era la razón de peleas femeninas. Celos. Pretensiones posesivas sobre los moteros. Sobre él, en este caso.

—Te veré en casa, darling—dijo, sin perder la sonrisa, asumiendo la orden de irse, pero dejando veneno detrás.

—No, no lo harás—gruñó Mason, dándose la vuelta, pero ya el daño estaba hecho.

El cuerpo tenso y la mirada de disgusto de Ilona eran muestras de ello. Notó el cambio en su postura, en su sonrisa, en sus ojos.

—¿Quieres quedarte un rato? Beatrix es encantadora, pueden conocerse—Su ansiedad volvió su tono inseguro, y se maldijo.

—No, está bien. Ya he visto lo suficiente. Tengo que volver.

—Por supuesto.

Miró alrededor, y vio ojos curiosos entre los suyos, cotillas como el que más. Pero también otros más evaluadores, como los de Reaper o Viper.

No insistió para que ella se quedara. Su incomodidad era evidente. Maldita sea, había querido mostrarle su mundo, y parte de este le estampaba una bofetada.

La moto rugió mientras salían a la noche. Ilona no dijo nada. Él tampoco. Pero Mason ya había tomado una decisión. Desirée no volvería al club. No por Ilona… O no solo por ella. Era también por él, y por el club. No podía permitir que alguien que era un satélite a los Caballeros se sintiese con derecho a pisar sus reglas y a entrar y salir de sus espacios.

Capítulo 14

El Inferno olía a cerveza, cuero y profusión de fragancias variadas. La música vibraba más que sonar, haciendo que el suelo temblara en cada compás.

Mason entró con paso firme, esquivando miradas, saludos, palmaditas en la espalda. No estaba de humor, y venía con un objetivo claro.

La encontró rápido. Estaba en la barra, empinada sobre uno de los bancos altos, dejando ver la porción final de sus glúteos, mientras coqueteaba con uno de los prospectos.

La risa fácil y una mano sobre su antebrazo, toda su puesta en escena destinada a seducir. No le provocó más que rabia.

Había ido todo bien en la sede, había sentido a Ilona interesada, dispuesta a quedarse. Había querido hablar con ella, acercarse más, fuera del ámbito corto de los saludos breves y las miradas que se cruzaban en la vigilancia.

La quería conocer, interesarla. Y eso hablaba de cuánto lo atraía.

Esta mujer lo había arruinado. Aunque la culpa era suya por no imponerse. Ya estaba bien de sutilezas, había aprendido la lección.

—Desirée—demandó, llegando a ella.

Ella se giró al instante, aún con la sonrisa puesta, pero su expresión de alegría se atemperó en cuanto le observó. No obstante, rehízo su mohín sensual y vino a él.

—¡Mason, darling! ¡Qué bueno que viniste a buscarme!—se pegó a él, y ronroneó sobre su cuello, pero él la apartó, serio.

—Tenemos que hablar.

Ella dejó el vaso con un gesto teatral y se pegó a él, restregándose.

La sintió sobre su polla, su mano buscando colarse en su cremallera, y le tomó la muñeca.

—Ey, tranquilo.

—Sígueme—dijo él, y sin esperar respuesta, se alejó hacia un rincón del club, menos concurrido. Ella lo siguió, sabiendo que no tenía opción.

Mason se apoyó contra la pared, los brazos cruzados. Su tono fue tranquilo. Pero sin margen.

—No vas a volver. Ni a la sede ni a mi casa. Y tu presencia en el Inferno corre peligro.

Desirée lo miró como si no hubiera entendido.

—¿Cómo dices?

—Me escuchaste.

—¿Estás cortando conmigo? ¿Me estás echando? ¿Así nada más?

Su tono de incredulidad reflejaba su expresión indignada.

—Estoy poniendo un límite. Uno que ya has cruzado demasiadas veces. Yo te aprecié, Desirée. No me olvido de que ayudaste cuando estuve mal. Pero eso no te da derecho a querer marcar territorio, ni a tratar mal a otras mujeres, ni a armar escándalos. No en mi casa. No en mi club.

Desirée se cruzó de brazos, pero el gesto fue más para sostenerse que por desafío.

—¿Es por esa mujer? ¿La que estaba contigo en la sede?

—No—dijo Mason—. Es por respeto. Al club. A mí. A ti también. Las cosas… Las relaciones tienen que estar claras. Las reglas existen, deben cumplirse. Y tú las saltas de continuo.

—¿Respeto? ¿Eso es lo que me das? ¿Después de todo? ¿Después de lo que pasó entre nosotros?

Mason bajó la mirada por un segundo. La levantó despacio. La voz seguía firme, y lo mismo su expresión. No quería herirla, pero Desirée era manipuladora, argumentativa, y si se le daba espacio, controladora.

—Nunca te mentí. Desde el principio fui claro. No eres ni serás mi vieja. No busqué eso. Te ofrecí sinceridad. Y tú dijiste que lo aceptabas. No pretendas pasarme factura por una situación que elegiste.

—¡Tú me necesitabas!—estalló ella, los ojos enrojecidos—. Yo estuve cuando nadie más se quedó.

—Mis hermanos del club, mi hermana Ava, su esposo, estuvieron. No fuiste la única, lejos de eso.

—Me acosté a tu lado cuando ni podías hablar. Te cuidé. Te cubrí. ¿Eso no vale nada?—batía sus brazos y su voz era alta, llamando la atención del resto.

No era como si a Mason le importase un carajo. Su intención de no hacer esto más público por el bien de la Gatita. Si elegía gritar y hacer vox populi lo que quería decirle, la prohibición expresa, su falta de interés en ella, era su problema.

—Sí, vale. Pero eso no te convirtió en alguien especial para mí. No en lo que tú querías ser.

Ella lo miraba como si acabara de golpearla. Una lágrima se deslizó por su mejilla, y se la limpió con furia.

—Entonces todo lo que vivimos, ¿fue solo un juego para ti? ¿Un calentón más?

Mason negó con la cabeza, despacio.

—No. Fuiste compañía en un momento jodido. Me ayudaste a sanar. Pero nunca fue amor, Desirée. Nunca te hice creer eso.

—¡No lo dijiste, pero lo mostraste!—gritó ella, la voz rota—. Te acostumbraste a mí. Me dejaste hacer. Me dejaste quedarme. Y ahora… ¿ahora me tiras como si fuera basura?

—No estoy tirando nada. Estoy poniendo orden. Porque lo que pasó hoy, no lo voy a tolerar. No puedes tratar a otras mujeres, mis invitadas, como intrusas, ni usar la sede del club como un escenario. No más.

—¡Por ella!—escupió con rabia—. ¡Es por ella! Lo vi en tus ojos… ¡Dios, no tienes idea! Ni gusto, ni sentido de la preservación. Esa gitana barata que no sabe ni dónde está parada. ¡No te conoce! ¡No sabe lo que tú eres!

Mason dio un paso al frente. No alzó la voz. Pero sus ojos se volvieron acero.

—Tú tampoco.

Ella respiró hondo, temblando. El silencio entre ellos era más ruidoso que la música que se colaba desde el salón. Por un segundo, pareció que iba a suplicar. Pero se giró, sin mirarlo más.

—No he terminado—murmuró—. Ni siquiera hemos empezado.

Antes de que él respondiera, otra Gatita, Cora, pasó por detrás y soltó en voz alta:

—Parece que el espectáculo terminó, ¿eh? Te lo tenías merecido, te creías mucho. Seguro que vino otra y te ganó sin mover un dedo.

Desirée se giró como un látigo.

—¿Qué dijiste?

—Nada que no piense cada Gatita—replicó Cora, riendo—. Te has inventado ser la vieja de Mason, has sido cruel, todo porque el presi quería una vagina estable cuando no podía moverse.

La pelea estalló en segundos. Gritos, uñas, botellas y vasos empujados del mostrador. El prospecto que atendía el bar intentó separarlas. Freak y Bulldog se sumaron para contener el desastre.

Mason se abrió paso a empujones y soltó un rugido:

—¡BASTA!

Todas se congelaron. Los moteros se apartaron, expectantes.

—¡Esto no es un circo! No es un club de barrio. Si no saben comportarse, se van. Ninguna está por encima del club. Los Caballeros somos los dueños de este club. No ustedes. ¡Cumplen las reglas, o se van a tomar por culo de manera definitiva!

Se hizo un silencio espeso. Desirée temblaba, pero no dijo nada. Mason la miró una vez más. Luego se giró y se marchó.

++++

El espejo del baño reflejaba una cara que ya no reconocía. Desirée se repasó el cabello con dedos temblorosos, y se pasó una toalla húmeda por el rostro, eliminando los trazos de labial y el negro del rímel corriendo por su faz.

Retocó el labial, e intentó calmar el temblor de su barbilla. Había sido para nada. Su esfuerzo de meses, sus acciones, su presencia.

Había creído tenerlo. Había estado a su lado cuando estuvo en coma. Le habló. Lo cuidó. Fingió calma. Fingió paciencia.

Había logrado plantarse frente a las otras, distinguirse. Había arañado la posibilidad de ser una mujer respetada. Una *vieja*. Estaba segura de que lo habría logrado con más tiempo.

Había sido todo un logro el suyo, después del terror que vivió cuando los Ravens tenían el club bajo ataque. Luego de que tembló ante la posibilidad de que la expulsaran o castigaran como a Whiskey y aquella estúpida amante suya.

Sí, Desirée había sabido lo que aquellos dos tramaron contra la vieja de Viper, Beatrix. Sabía que la iban a secuestrar. No dijo nada entonces. ¿Por qué lo haría? Odiaba a Viper, que siempre la miró como si no fuera suficiente.

Cuando Mason fue atacado, y luego de vivir con terror hasta que los Ravens fueron derrotados, se acercó al entorno más cercano del presidente, Se dedicó a atenderlo, a hacerse útil, vital, de confianza.

Se volvió la confiable. La que consolaba al presidente. La que le follaba en exclusiva. Había creído tenerlo en su puño. Hasta hoy, que lo vio con otra.

Su rostro cuando la miró entrar a la sede fue de tal decepción que la enfureció. Él había tenido ojos solo para ese puñado de lástima en colores ridículos. Como si le rogara perdón con la mirada.

—¿Quién es? —murmuró con rabia, golpeando el lavabo—. ¿Qué tiene ella que yo no?

Desirée alzó la barbilla. No. Ella no iba a permitirlo. Mason era suyo. O de nadie. Se le pasaría el calentón apenas la follara. Se notaba lo insípida que era. Hizo un gesto de desprecio, y luego sonrió de lado.

Nadie podía darle lo que ella. La pasión, el juego sensual y sexual, sucio, divertido, completo. Ella sabía cómo succionar su polla sin descanso, recibir sus empujes en la garganta y hacerlo correr.

Esa pacata no entregaría más que su coño, y en la oscuridad. No sabía de lo maravilloso de ser mirada y deseada, de ser la que gobernaba a hombre del doble de tamaño con sus labios y su coño.

Nunca entendería que a un hombre como Mason había que entregarle todo, como el toro potente que era. *No tanto en los*

meses pasados, se dijo. Bah, eran etapas. Los hombres las tenían.

¿Y qué más daba que no reaccionara con sentido propietario al verla en un trío donde él no estaba? Había sido apenas cinco días atrás. Una mala movida suya. La tensión en el club era palpable, y ella tuvo la idea tonta de darle celos.

Él era parco, se guardaba sus emociones. Se equivocó, la venció el deseo y la necesidad de ganar protagonismo a las otras. Hoy había sido una muestra de que esa perra, Cora, y Brittany, habían esperado su resbalón. Se vengaría.

Tenía que ser astuta, conseguir información, esperar. Fingir que aceptaba lo que le había gritado hoy Mason. Se mordió el labio con saña.

La humilló, y nadie la tocaría ni con un palo por estos días, pero ella era un fénix. Renacería.

Tenía que usar al prospecto del bar. Era joven, influenciable, crédulo. Y la miraba con deseo abierto. Bastaría con unas palabras, una sonrisa coqueta, alguna fellatio y estaría en sus manos.

Tenía que saberlo todo. Quién era esa mujer. Qué había hecho para que Mason la atendiera en exclusiva. *No va a quedarse con lo que es mío. Va a lamentar ponerse en mi camino.*

Porque si había algo que Desirée sabía hacer era defender lo suyo. Ya verían, Cora y las demás.

En unos meses sería la que ponía los puntos aquí, y le complacería expulsar a esa víbora que se atrevió a ponerle un dedo encima, y a reírse de ella.

Capítulo 15

El día había empezado con el silencio extraño de las calles del barrio. Ilona ya no escuchaba el sonido habitual de los negocios abriendo, ni los saludos desde las veredas, ni las radios encendidas a media mañana.

Todo estaba más quieto. Más contenido. Como si la vida misma se estuviera agazapando. Había atendido a un par de clientas, ambas huidizas. La expectativa que sobrevino a las guardias de los moteros, la confianza, se desvanecía, o eso creía.

Zoltán manipulaba el miedo, lo usaba a su favor. Apenas terminó de acomodar unas cajas cerca del mostrador, la puerta se abrió de golpe.

Una niña de unos siete años entró corriendo, con trenzas desordenadas, los zapatos mal abrochados y las mejillas rojas por la carrera.

—¡Ilona! ¡Ilona!—jadeó—. ¿Puedo estar aquí? Estoy muy aburrida —hizo un mohín adorable, e Ilona le tendió un frasco con caramelos.

Ella observó con cuidado, y eligió el rojo.

—No es buena idea que estés aquí. Tu mamá se va a preocupar.

Hizo un suspiro dramático mientras luchaba con el empaque del dulce.

—Mis papás no me dejan salir. Dicen que es peligroso.

Ilona se agachó, poniéndose a su altura.

—Es así, cariño. Debes hacer caso a tus papis, es por tu bien.

—Ya no me dejan jugar afuera. Y yo quería ir al parque con mi prima. Les dije que los señores de las motos están aquí y que nos cuidan…—Su carita se iluminó—. ¿Tú crees que le pueda pedir a uno que nos lleve allí y nos cuide? Para que mi mamá no tenga miedo.

La pequeña hablaba con una sinceridad que desarmaba. Como si la solución estuviera a una palabra de distancia. Como si la presencia de esos hombres con cuero, tatuajes y miradas duras fuera una garantía contra la oscuridad que crecía en las calles.

Ilona tragó saliva, le acarició el cabello y le sonrió con dulzura.

—No puedo pedirles eso, mi vida. Pero están aquí, sí. Y están vigilando. Todo va a estar bien.

—¿De verdad? —preguntó la niña, con los ojos grandes fijos en los suyos.

Ilona no respondió. Solo la abrazó un momento y le dio una piedra de colores para la suerte. La niña se fue sonriendo, contenta. Cuando cerró la puerta, Ilona se quedó un largo rato mirando a través del cristal.

La imagen era casi absurda. Un grupo de hombres enormes, cubiertos de flores, palabras, calaveras o cuchillos de tinta, con rostros serios y botas pesadas, montando guardia en la vereda como si fueran paladines de un cuento moderno.

Y sin embargo, esa niña los había visto como esperanza. El corazón le dolía. Porque quería creer lo mismo. Quería convencerse de que eso bastaría.

Pero en el fondo… no estaba segura. Zoltán no jugaba con las mismas reglas. Él no atacaba con violencia a plena luz.

Él sembraba el miedo en lo invisible: en las decisiones que se tomaban entre susurros, en los negocios que cerraban sin aviso, en los vecinos que dejaban de saludarla.

La agresión de Zoltán a Lázsló había trascendido, y algunos creían que someterse era lo mejor. Tomó aire, y se dijo que tenía que hacer caso a su instinto. Este le gritaba que Mason era la respuesta.

O tal vez era su deseo, la atracción porfiada que sentía las que le querían hacer pensar así. Habían tenido un rato de comunión el otro día. Él había querido mostrarle la sede, presentarle a sus amigos. Había sido interesante, hasta que esa mujer apareció.

El aire de propiedad que ostentaba, sus expresiones con él, la manera en que se había colgado a su brazo y frotado contra él, sin ningún prurito, la había azorado. Había sido una invasión a sus sentidos, y eso que ella provenía de una comunidad que adoraba los colores, el exceso decorativo y la música, el baile.

Pero esa mujer, Desirée… Era un exceso en otro sentido. De piel desnuda. De maquillaje y perfume. De confianza en que el presidente estaba feliz de verla, y sus palabras hablaron de conocimiento íntimo, y no solo sexual. Habló de una casa, que tal vez compartían.

Su reacción, no obstante, había sido lo más sorprendente. Un calor agudo, molesto, como una daga filosa, se le atravesó en la garganta, y le oprimió el pecho. La comodidad se desvaneció, y quiso estar en su casa, rodeada de sus cosas, alejada de dramas.

Es obvio que un hombre como él necesita a alguien que sea igual de intenso. Que pueda seguirle el ritmo en la cama. Y esa no era ella. No es como si quisiera el papel, y…

Mm. ¿A quién engañaba? Claro que quería verle desnudo, acariciarle, besarlo. Su cuerpo la llamaba, como el de nadie antes. Y el suyo respondía en su presencia.

Él había estado muy silencioso a la vuelta, y ella también, ofendida, molesta, enrabietada. Hoy, no tanto.

Los detalles que él había traído cada día como una ofrenda silenciosa habían diluido su malestar, y hablaban de un interés persistente.

Él había sido claro con la mujer, eso también lo recordó al pasar las horas y desvanecerse el disgusto celoso. Porque sí, le había arruinado el ánimo un pelín.

El mensaje que recibió de Beatrix fue un mimo, y colaboró. La mujer había conseguido su número y le escribió.

Hola, soy Beatrix, espero que me recuerdes. Nos conocimos el día en que agredieron a tu hermano.

La agendó al instante.

BeatrixMoteros: *Lamento lo que pasó anoche en la sede. Pero quiero que sepas que eso fue inusitado, y una ruptura de normas.*

BeatrixMoteros: *Esa mujer es una atrevida y está fuera de sí. Cree que es dueña del tiempo de Mason. Quiere ser su vieja, como muchas de esas zorras que van al club a dejarse follar por moteros.*

BeatrixMoteros: *No quiero parecer corta de mente, pero algunas son espíritus libres, otras… Un dolor de cabeza. No juzgues a Mason por ella.*

Ilona*: Hola, Beatrix. Gracias por escribirme. Fue desagradable sí, pero no soy nadie para cuestionar a Mason, ni sus elecciones. Suficiente con la ayuda que nos ha dado.*

BeatrixMoteros: *Desirée no es su elección. Por lo que se está viendo, su preferencia es otra.*

No había respondido a eso, aunque le gustó la insinuación. Habían seguido conversando día sí y otro también. Tenían un encuentro planeado, café y bollos, para la siguiente semana.

Beatrix se había mostrado muy curiosa por su línea de trabajo, e Ilona estaba encantada con la posibilidad de escucharla tocar el violoncello.

Tenía que bajar sus expectativas con Mason y dejar la situación fluir. Esto se parecía mucho a la calma que precedía a la tormenta, y podía aplicarse a Zoltán y su reacción, o a su actitud con lo que Mason le provocaba.

++++

Mason se giró desde la mesa de reuniones, el vaso de bourbon intacto frente a él, mientras Zero hablaba.

—Intercepté tres mensajes esta mañana. Usan terminología ambigua, pero el patrón es el mismo que vi en Fremont, antes de que explotara todo allá. También hay mensajes con su prometida.

Otro aspecto más que le enfurecía de ese bastardo. Pretendía a Ilona pero tenía una prometida.

Mason entrecerró sus ojos, su ira removiéndose más. Quería usarla, disfrutar de su cuerpo, de su calor, y tenerla como la pieza secundaria.

¡Qué imbécil! A una mujer así se le daba todo. Una joya hermosa, honesta, pura como era ella no tenía igual. ¿Qué podía saber un bastardo así de esas cualidades?

Pero tú sí, ¿eh? ¿Y crees que puedes atesorarlas sin corromperlas? Claro que podía. Su único deseo era adorar ese

cuerpo, una y otra vez. Desarmarlo de placer con manos y labios, hacerla suya, para reconstruirla luego.

Parecía un púber explotado de hormonas, siguiendo su figura por la calle, llevándole chucherías o delicias que encontraba en la zona. Quería la oportunidad que la presencia de Desirée le arrebató.

Volver a avanzar casillas en el tablero que llevaba a esa mujer a su cama.

—¿Qué diría ese jefe suyo si le hacemos saber que Zoltán está usando las influencias de la organización a su favor? ¿Y que acosa a una mujer con intenciones nada santas?—dijo Viper.

—No lo haremos. Sería exponer a Ilona—intervino Mason, decidido—. Esos bastardos no son de fiar, ni priorizan la fidelidad. Les importa más que jodan con su dinero que otra cosa.

—Eso puede usarse en contra de Zoltán. Nos contactamos con los altos mandos, y…—dijo Torque, con el ceño fruncido.

—No es tan sencillo. No es como si podemos agendar una reunión con el jefazo cuando queramos—dijo Reaper, y hubo risitas.

—Joder, Enforcer, ¡qué cultos estás!—dijo T Bone, y Reaper rodó los ojos.

—Ese cabrón se cree intocable, y está cruzando líneas. La Bratva no perdona a los que se desvían de sus reglas. Y está moviendo cuerdas por lo bajo, en el vecindario.

Mason asintió y se levantó para caminar hacia el mapa del barrio pegado en la pared y marcó tres puntos con una tiza roja.

—Aquí están los locales que bajaron persianas esta semana, a pesar de que les visitamos y comprometimos nuestro apoyo. Aquí, la casa de un músico que ayer amaneció con la cerradura forzada. Y aquí, el supermercado de los Farkas. Rompieron tanto como fue posible, y encontraron una bala apoyada sobre el mostrador.

Reaper maldijo en voz baja.

—Es intimidación pura—dijo Mason—. Y la están haciendo bajo nuestras narices. Los mensajes son obvios.

—Sabemos quiénes son, dónde viven, y a quién quieren—completó Crusher.

Mason se giró hacia los demás, su mirada dura como piedra.

—Y eso también nos incluye a nosotros. Debemos esperar ataques a nuestros negocios. Redobla la guardia, Reaper.

—Creo que debemos acudir a contratar seguridad extra, Mason. No podemos seguir acudiendo a la generosidad de los Reyes. Tienen un gran evento esta semana que sigue—dijo T Bone—. Tenemos los fondos, y eso nos permitiría concentrar nuestros esfuerzos.

—Eso suena práctico, aunque me pega en las pelotas—dijo Viper, y Mason asintió.

—Nuestra reputación se juega en esos barrios, hermanos. Dimos nuestra palabra, y ella recién está empezando a valer algo en Sacramento. No podemos echarnos atrás, ni permitir que ese húngaro nos venza.

—No lo hará. Comenzaré a recolectar pruebas de cada infracción, acción, persona, cuenta—dijo Zero—. Cuando sepamos a quién acudir, tendremos todas esas pruebas como munición.

Capítulo 16

Ilona suspiró, otra vez mirando a Mason por la ventana en vez de adelantar con sus tareas. Apoyado contra su moto, inmóvil, parecía parte de la acera misma. Llevaba casi media hora allí, en silencio, los brazos cruzados sobre el pecho, los ojos recorriendo el frente de su tienda como un guardián silencioso.

Ilona se decidió y se quitó el delantal, para luego salir y avanzar hacia él.

—¿Qué haces acá otra vez?—dijo—. Estuviste anoche también. Tienes que dormir en algún momento.

Mason la miró, tranquilo. El sol de la tarde le dibujaba sombras en la mandíbula y le brillaba el anillo del club.

—Patrullando.

—Eres el presidente. Seguro que hay otros que pueden hacerlo. ¿Por qué tú?

Él no respondió enseguida, pero luego se enderezó, y la distancia entre ambos disminuyó.

—¿No te gusta sentirte protegida?

—No me gusta sentir que mientras tú estás acá afuera como una estatua, mi padre, mi madre, mis hermanos, los nenes del barrio, la señora que me vende las flores, todos están expuestos.

—Hay guardias por todos lados. Sí, sé que de todos modos el miedo se expande, pero estamos trabajando en contener a Zoltán por otras vías. Y lo haremos, estoy convencido.

—Tengo miedo. Mucho miedo—musitó—. Y no te confundas, te agradezco… Les agradezco lo que hacen. Pero no quiero que me trates como si yo fuera la única que importa.

Mason bajó la mirada un segundo, y cuando volvió a colocar sus ojos en ella, ardían, parecían enviar un mensaje clarísimo. Ilona tragó saliva, y se acercó, más de lo prudente.

—No me mires así.

—¿Cómo te miro?

—Con… Como sí…

—¿De verdad creyera que eres lo que más importa por aquí? ¿Te molestaría si así fuese?

Ella tragó saliva. Sus palabras daban cuenta de algo con lo que soñaba desde que lo conoció.

—Quiero que los que amo y aprecio estén bien.

—Para ello, tú debes estarlo. Zoltán está empecinado en tenerte. Y yo en impedir que eso pase.

—¿Por qué?—preguntó, de pronto desesperada por saber la respuesta.

No quería estar sola en este sentir, en este… Desear. Porque las ganas de avanzar, de acercarse más de lo prudente a este hombre la agobiaban. Las noches se le estaba haciendo largas, porque soñaba despierta con él. Con su voz, su boca, sus ojos, su cuerpo.

—Porque mi palabra es mi honor. Este es nuestro territorio, y lo defenderemos. Porque tú y los tuyos merecen vivir en paz. Porque quiero que tú estés bien, protegida, libre.

Se hizo el silencio entre ambos. El murmullo lejano de un auto. Un pájaro cruzando el cielo.

—Es por negocios del club, y por razones de territorio, ¿solo eso?

—¿Qué es lo que quieres que te diga, Ilona?

Ella no respondió. Solo lo miró. Y lo siguiente que supo fue que estaba demasiado cerca. Las palabras no bastaban. Quería saber, entender si lo que ella sentía, quería, también latía en él.

Porque no lo decía, aunque su mirada, la reacción de su cuerpo, parecían mensajes que resonaban en ella.

++++

Estaban tan cerca que Mason podía contar las pecas apenas visibles sobre los pómulos de Ilona. Su respiración era corta, contenida, y sus ojos, tan oscuros y brillantes, parecían buscar en él una respuesta que no se atrevía a formular en voz alta.

¿Estás pensando en mí como yo pienso en ti? Esa era la pregunta muda que ardía entre ellos.

La tenía a un paso. A medio suspiro. Y aun así, se sentía a kilómetros de distancia de hacer lo correcto.

Ilona no lo provocaba con artificios. No lo desafiaba con el cuerpo, sino con esa forma tan suya de sentir sin disfrazarse, de hablar con verdad aunque le temblara la voz.

Él no la entendía del todo. Pero no podía ignorarla.

Sus manos, grandes, callosas, se cerraron en puños a los costados. Tenía miedo de romperla solo con mirarla demasiado. Era como porcelana: colorida, única, de la forma que le gustaba, imposible de no mirar.

—¿Quieres que me vaya? —le preguntó, la voz más áspera de lo que pretendía.

Ella negó con la cabeza, suave.

—No.

—Es un alivio. No quiero irme.

Mason dio un paso. Luego otro. Sus dedos rozaron los brazos de ella, casi con reverencia, como si esperara que lo apartara.

Pero Ilona se quedó ahí, temblando. Sus labios entreabiertos. Los ojos grandes, fijos en los de él.

Cuando la besó, no fue casto. Ni lento. Fue la demostración de que se había estado conteniendo desde el primer día. Una explosión callada. Una rendición sin tregua.

La tomó del rostro con ambas manos, y su boca buscó la de ella con hambre. Con necesidad. Había necesitado esto como respirar, y era glorioso.

Ilona respondió con la misma urgencia. Se aferró a su chaqueta, subió las manos a sus hombros, como si necesitara anclarse a su solidez para no perder el equilibrio. Su cuerpo se pegó al de él, y el calor se hizo uno.

Los labios de Mason bajaron a la comisura de su boca, luego a su mandíbula, al cuello que olía a especias dulces y humo de incienso. La abrazó por la cintura, atrayéndola más, y ella arqueó ligeramente la espalda, dejando que su pecho lo rozara.

Fue en ese instante que Mason cerró los ojos con fuerza. Su vida había tenido incontables besos, pero no recordaba uno que le hubiese sentado igual. Perfecto. Único. Calmante y excitante a la vez. Con sabor a poco.

Esto era tan intenso que le asustó. No era solo deseo. Era mucho más. Un hambre sin nombre se le apoderó del cuerpo, y le urgía a más. Más labios, más lengua, más piel bajo sus yemas. Más placer, más entrega.

Era… temible, si no sonara tanto a perfección. A triunfo. Mason no entendía bien qué le pasaba, o cómo era posible que no pudiese o quisiese correr en sentido contrario. Porque esto sabía a gloria y a perdición.

Su beso cambió. Se volvió más lento. Más atento. Como si, en medio de la intensidad, quisiera memorizarla. Cuando por fin se separaron, sus frentes quedaron apoyadas. El aliento de ambos mezclado en el espacio breve que aún compartían.

Ilona bajó la mirada por un segundo. Luego alzó el mentón, la voz le temblaba, pero no de miedo.

—Esto… Nunca me sentí así—susurró, sin apartarse.

Mason rozó su mejilla con el dorso de los dedos.

—Tampoco yo, Ilona. Pero es tan bueno como nuevo—dijo, apenas un murmullo.

Ella no respondió. Pero su mano buscó la de él, y los dedos se entrelazaron.

El beso había sido un incendio. Uno de esos que no se detienen con palabras.

Ilona sentía todavía el roce de sus labios, el peso de sus manos en su cintura, el calor subiendo por su espalda como una descarga eléctrica.

Mason se había apartado apenas unos centímetros, pero seguía allí, tan cerca que su respiración le rozaba el rostro.

El corazón le latía con fuerza. No por miedo, sino por algo más peligroso: deseo. Deseo real. Crudo. Arrollador.

Él también lo sentía. Podía verlo en la forma en que la miraba, en la tensión de su mandíbula, en cómo contenía el impulso de volver a tocarla.

Ella levantó la mirada y lo sostuvo. No había en sus ojos ni sumisión ni vergüenza. Solo un reconocimiento. Lo que había entre ellos no era una fantasía. No era un error. Era algo inevitable.

—No fue buena idea—murmuró Mason, pero su voz no sonaba convencida—. Estamos en el medio de la calle, y las ventanas tienen vida.

—No me importa.

—Somos dos.

Ilona no respondió. Podía sentir el temblor leve en sus propias piernas, la boca hinchada, el cuerpo pidiéndole más. Retrocedió un poco. No mucho. Lo suficiente para que el aire volviera a fluir.

—No voy a pedir disculpas por sentir o desear—dijo con calma.

Mason la miró, como si quisiera decir algo más, pero Ilona se dio media vuelta y volvió al local. Sus pasos eran firmes, pero por dentro sentía que flotaba en un abismo cálido y confuso.

La vio alejarse con el pecho aún agitado, los hombros tensos, el cabello enredado por la brisa.

Mason se pasó una mano por la nuca, como si pudiera sacudirse el efecto que le había dejado ese beso. Su cuerpo todavía lo traicionaba. Seguía encendido, alerta, hambriento.

Más consciente. Ilona no era una mujer más. No era una distracción ni una conquista. No era alguien que pudiera tomar y soltar sin consecuencias.

No era Desirée, o cualquiera de las mujeres con las que había follado antes. Desde que la conoció, todo se había ido al demonio. Su control, sus reglas, su distancia. Ilona lo sacudía por dentro.

La tenía en su sangre, que la adrenalina empujaba rápido y volvía tambor su corazón. *No fue buena idea*, había dicho, porque su cabeza no estaba tan liada como para no ver que la objetividad comenzaba a flaquear.

Pero ya no estaba seguro de querer tener ideas buenas. No con ella.

Respiró hondo, tratando de calmarse. No podía permitirse fallar, ni arriesgar daños a esta gente, o a ella misma. Zoltán acechaba y era peligroso. El barrio entero dependía de ellos, de su buen juicio.

Se subió a la moto, y quiso encender el motor y rodar por la autopista, indiferente a las emociones que ella le despertaba. No le fue posible.

Dio un golpe al manillar de su Harley. Bien jodido estaba. En cojonudo problema. Había visto esto mismo en su cuñado Hustle, en Viper…

Capítulo 17

La carretera vieja que bordeaba el canal estaba desierta, iluminada por la luna y las luces tenues de las motos negras que avanzaban cortando las sombras. El silencio era parte del plan.

No eran las Harley rugientes de costumbre. Torque y Bulldog las habían ajustado esa misma tarde, instalando silenciadores artesanales, recubriendo las piezas brillantes y afinando los motores para reducir el estruendo.

El resultado: una caravana sobre ruedas, deslizándose a toda velocidad sin más sonido que el zumbido bajo de los neumáticos y el latido contenido de la tensión.

Era una cacería. Y los Caballeros Oscuros sabían moverse como sombras cuando la ocasión lo exigía.

Viper y Mason iban en la delantera, liderando. Reaper les seguía, con T Bone a su lado. Luego, Crusher y Torque. Las chaquetas del club ondeaban, abiertas, y los retazos de luz hacían brillar por momentos la insignia de los Caballeros.

Nadie hablaba. Nadie bromeaba. Era una de esas noches en las que el aire sabía a pólvora aunque todavía no haya estallado nada.

Zero les había pasado el dato: un camión contenedor con carga declarada como maquinaria industrial, y con su GPS alterado, venía desde la frontera hasta Sacramento, y Zoltán lo esperaba como si fuera Navidad.

El cargamento era ilegal, probablemente armas o drogas, y suponían que era uno de los habituales que algún cártel mexicano enviaba a la Bratva, con el húngaro como intermediario.

—Zero dice que tiene ojos en el objetivo—dijo Torque por el bluetooth—. Diez minutos al punto de emboscada.

Mason no respondió. Solo asintió en silencio, el ceño marcado bajo el casco. Viper alzó un puño para ordenar que bajaran la velocidad.

El plan estaba en marcha. El camión venía desde el este, por la misma ruta, escoltado solo por la neblina y su arrogancia. Zoltán no esperaba resistencia, estaba demasiado confiado en sus fuerzas y su impunidad. Era su error.

La trampa le esperaba más adelante: una línea de clavos soldados estratégicamente al borde del pavimento, cubiertos con tierra húmeda. Casi invisibles.

El chofer no tendría tiempo de reaccionar. El estallido de las ruedas lo obligaría a desviar por el único camino disponible: un acceso de grava que parecía abandonado.

Y allí, entre árboles y sombra, esperaban dos camionetas negras sin placas, ocultas tras lonas sucias, con los motores en ralentí. Junto a ellas, Freak y Skinner**,** encapuchados, armados y listos, uno de ellos sosteniendo una bengala de humo verde, el código pactado para dar la señal de corte.

Tal vez porque estaba tan bien planificado, o porque no hubo un solo inconveniente o imponderable, la acción resultó anticlimática. Al menos, Mason lo sintió así.

Los clavos funcionaron. Las ruedas explotaron con estruendo. El camión frenó con un chillido de metal y goma quemada.

Los seis llegaron con rapidez al lugar y bajaron de sus motos en un solo movimiento. Varios de ellos cargaban sus Glock, aunque no esperaban tener que usarlas. El mensaje era intimidación, no guerra.

—¡Bajen del camión! ¡Manos donde pueda verlas!—rugió Viper.

El chofer, un tipo delgado, cara de contable y manos temblorosas, obedeció al instante. Lo mismo hizo su acompañante, un hombre robusto y malencarado, que intentó tomar su arma, y fue reducido de inmediato.

—¿Nombre? —preguntó Reaper.

—Sasha... Sasha Kostin—balbuceó el conductor—. Solo conduzco, no sé qué hay atrás. Me pagan en efectivo.

—¡Cállate, bastardo, Zoltán nos matará si…!—rugió el otro, y Crusher le tomó por el brazo y lo retorció, casual, imponiendo el

peso de su gigante estatura sobre el mafioso, que gimió como un niño, abandonando todo intento de resistencia.

—Recen para que no haya carga humana ahí atrás—masculló T Bone.

Con rapidez les redujeron, atando sus muñecas con bridas plásticas, y mientras Skinner montaba guardia y Freak revisaba la cabina, los demás se abocaron a encargarse del cargamento.

—Vamos, abrid—dijo Mason, señalando la compuerta trasera.

Reaper y Crusher treparon por la rampa y se encargaron del candado. Cuando la hoja metálica se alzó, el interior del tráiler reveló una carga aparentemente legítima: cajas industriales, cilindros de acero, palets envueltos en plástico y con etiquetas bilingües.

—Todo parece en regla—dijo Reaper, escaneando con la linterna —. Piezas pesadas, algunas hasta con sellos de importación.

Mason se subió y comenzó a caminar entre las filas de contenedores.

—Esto es lo que declararon en frontera: maquinaria para ensamblaje, repuestos de turbinas. Material pesado, creíble. Pero demasiado ordenado —murmuró.

Skinner levantó una de las lonas con desconfianza.

—Alguien se tomó el trabajo de montar esto como escaparate. Pero está muy limpio.

Fue T Bone quien encontró la primera pista:

—Aquí hay uno distinto.

Una caja de metal más baja y alargada. Sin etiqueta. Sin remaches de seguridad visibles. Reaper se acercó y la golpeó con el puño.

—Y no suena como las otras—dijo.

La forzaron. La tapa cayó hacia atrás, revelando cajas negras envueltas en espuma protectora. Mason intentó mover una, pero era pesada.

La abrieron con cuidado, y aparecieron armas cortas, subfusiles, miras tácticas, cargadores. Todas limpias, sin número de serie. Un

par de transmisores de doble banda y auriculares cifrados. Todo de manufactura europea.

—Esta mierda no es para defensa personal —dijo Skinner—. Esto es equipamiento para venta mayorista. O para una guerra.

Reaper destapó una segunda hilera. Encontró un compartimento bajo una falsa base industrial.

—Y esto…

Dentro, más cajas sin rotular, y un puñado de chalecos reforzados, algunos con refuerzos cerámicos.

—¿Y decían que eran piezas para extractores? —bufó Freak.

Mason miró el conjunto.

—Esta carga no es para abastecer a pandillas pequeñas. Es para clientes grandes. Está traficando en volumen. Por dinero. Mucho.

Viper cerró una de las cajas con fuerza.

—Pues jodido golpe acabamos de darle—sentenció, y hubo risas y choque de puños.

—Yeahh.

—Ese bastardo va a estar furioso. Y sus jefes, más aún. Le cuestionarán.

Mason miró hacia la carretera silenciosa.

—Les hemos dado donde les duele, y buscarán revancha. Recuperarlo. Rápido, debemos marchar antes de que sea evidente que han perdido el camión. Es increíble que no estuviese más custodiado.

—Algo no está bien con eso—dijo Reaper, rascando su cabeza—. La Bratva no opera así, es más cuidadosa, desconfiada. Van con fuego y fuerza. Esto…

—O ese húngaro es más torpe de lo que parece, y se cree intocable—dijo Mason—. O trama algo contra sus jefes. Y necesita que haya pocos involucrados. Estos dos no saben ni lo que transportan.

—Tal vez tiene su propio arreglo con el cártel—aventuró Viper, pensativo—. No sería raro, que busque su tajada, y trate de engañar a los suyos.

—Eso nos daría una forma de alcanzar a sus jefes con munición pesada. Y lograr que ellos se encarguen de lidiar con su basura—dijo Mason.

—Como sea, este es un buen mensaje—dijo Viper—. Zoltán creyó que podía jugar sin pedir permiso. Vamos a recordarle quién manda en esta ciudad.

Sin más, procedieron a cambiar las armas hacia las camionetas, lo que llevó pocos minutos.

—¿Qué hacemos con estos dos?—preguntó Skinner.

—Los dejamos ir.

Reaper asintió. Se acercó a los mafiosos, a quienes cortó las bridas, y les miró con fijeza.

—Díganle a su jefe que este es el comienzo. Arruinaremos cada negocio, cada embarque que deba hacer. Si vuelve a amenazar a alguien, si pretende ir contra nosotros, no tendremos piedad.

El chofer asintió, pálido, y lo mismo el otro. Sin mirar atrás, subieron al camión y se largaron a toda velocidad. Las camionetas del club se marcharon en sentido contrario, y detrás, los seis moteros.

Había sido una buena noche, y mañana verían qué hacer con la carga, que no podían mantener en su poder, ni venderían. Hacía mucho tiempo que habían dejado esa mierda atrás. Esto era un golpe de efecto, y una advertencia.

—Tal vez ese contacto de Fury en el FBI estará feliz de venir por las armas, y de paso, le ponemos en aviso de lo que está pasando. Seguro que los Federales o la Policía no tienen ni puñetera idea de lo que pasa—dijo Viper.

—Le hablaré. Tienes razón, es lo mejor. No queremos que nos atrapen con esta mierda, y es buena cosa que los Federales estén avisados.

—Lo mejor es dejar la carga en un vehículo sin papeles o que pueda trazarse a nosotros—dijo Reaper—. Nunca se sabe con las autoridades. Es mejor que sea un dato anónimo.

—Mmm—dijo Mason, pensando, mientras viraba en su motocicleta para tomar el acceso principal hacia la carretera—. Es probable que tengas razón. Encárgate, Reaper. Que Freak lleve la camioneta a un galpón y se use un vehículo de los que están hace años sin usar.

—Sí, le quitaremos cualquier distintivo, y dejaré el móvil del chofer. No hay nada que nos interese en él, y sí comunicaciones con Zoltán. Eso dará información que los federales podrán seguir.

—Iré contigo, Reaper—dijo Crusher—. Los demás, ¡a dormir, pringaos! Necesitan estar bien para mantener las guardias. Zoltán va a querer devolver el golpe, y lo hará con la gente de su comunidad.

—No creo que ese bastardo se considere parte entre la colectividad, sino dueño de esta—dijo Viper.

Mason apretó las manos en el manillar, pensando que este era el caso con Ilona. Joder, lo que esto le enfurecía. Tenía las emociones desbordadas, como no recordaba que le hubiese pasado, salvo…

Salvo cuando su hermana Ava había estado en peligro. Esto evidenciaba lo mucho que le afectaba esa mujercita.

La posibilidad de que el húngaro la violentase, la lastimase, le resultaba insoportable. Estaba jodido.

Capítulo 18

Ilona se removió en su cama, inquieta, y lanzó un gemido en sueños. El calor parecía envolverla, y no venía de fuera. Venía desde dentro del pecho. Como si el aire se hubiera vuelto espeso, irrespirable. Como si los pulmones no pudieran llenarse del todo.

El fuego serpenteaba en sus sueños. Comenzó con brasas: pequeñas, parpadeando al borde de un campo vacío. Luego crecieron, se arrastraron por paredes de madera, por estanterías cubiertas de imágenes, por frascos de colores.

No había gritos. Solo el rugido sordo del fuego alimentándose de todo. En el centro de la escena, una figura tatuada en la pared ardía hasta que el símbolo se desdibujaba: un círculo atravesado por dos líneas, como un ojo partido, como un sello roto.

Se despertó de golpe, con un grito, y jadeando. Tenía las sábanas enredadas entre las piernas y el pecho cubierto de sudor frío. Tardó un momento en darse cuenta de que no estaba ardiendo de verdad.

El cuarto estaba en penumbra, y el aire inmóvil. Se sentó al borde de la cama, descalza, los pies tocando el suelo frío. Apoyó una mano en el pecho.

El corazón le martillaba, y la convicción de que más que un sueño esta era una premonición, le atravesó.

Agitadísima y con la garganta apretada, se incorporó y caminó a tientas hasta su pequeño altar. Encendió una vela blanca con manos temblorosas y dejó caer unas gotas de aceite de lavanda sobre la cerámica.

El aroma ascendió lento, envolvente, pero no calmó el temblor que sacudía sus manos. Apretó sus ojos y se instó a respirar con calma. Debía tranquilizarse, y buscar respuestas más allá del temor.

Esas imágenes de anticipación siempre habían aparecido en momentos claves, y complicados, de su vida y la de su familia.

Tomó las cartas, y las acarició con devoción. Sí, pocos darían entidad a algo aparentemente tan inocuo como la baraja, pero para

ella implicaban respuestas. No claras, o concretas, o siquiera verdades. Eran posibilidades, escenarios.

Las barajó en silencio, los dedos duros, el alma cerrada. Desplegó tres en la mesa, boca abajo, y no las miró de inmediato. Aún tenía en la piel el calor del incendio del sueño, el símbolo ardido en la pared como un ojo partido, un sello profanado.

Alzó la vista y dio vuelta la primera. Contuvo el aliento: la Torre. El fuego no era lo único que marcaba destrucción, entonces. También el Tarot. *Todo se rompe, y cae. Pero no por azar.*

Suspiró, y su mano tomó la de la izquierda, que volteó lento. El ocho de Espadas: *la mujer vendada, inmóvil entre espadas que no la tocan, presa del miedo más que del peligro.*

Si que era una buena metáfora de sí misma. Paralizada no solo por crecientes y acuciantes amenazas externas, sino por la confusión que le provocaba un hombre.

La de la derecha era el seis de bastos, comprobó. Sopló suave. Sí, todo coincidía. *Un caballero sobre su corcel—o motocicleta, ¿no? — que volvía victorioso*.

Suspiró, largo y bajito, como si al exhalar pudiera despejar la neblina de sus propios deseos.

Tal vez estaba torciendo los significados, leyendo no lo que las cartas decían, sino lo que ella necesitaba oír.

Pero, aun así, no pudo dejar de mirar al caballero. Como si en esa imagen hubiera algo parecido a consuelo. O a destino.

Dejó el Tarot sobre la mesa, e intentó volver a dormir, pero el sueño se le había ido del cuerpo como el vapor de un té olvidado. Se acostó de lado, con la sábana hasta la cintura, los ojos abiertos en la penumbra.

Imágenes plenas de información sensorial se le agolparon en la cabeza. El mismo protagonista para todas, ese motero que la llevaba de cabeza.

Reminiscencias de la mirada firme cuando la escoltaba o atravesaba los vidrios del escaparate de la tienda, o de la ventana de

su casa. Porque sí, ella lo miraba más de lo que debía. Y sus ojos siempre estaban allí, respondiendo.

Recuerdo auditivo de su voz ronca que parecía acariciar su piel cada vez que hablaba. Memoria de sus movimientos fluidos, a pesar del tamaño de sus músculos y lo ancho de su espalda.

Sensación olfativa también, porque el perfume sutil y masculino a rabiar la envolvía cuando él se acercaba. Y oh, su tacto sobre esos abdominales y caderas cuando la llevaba en su motocicleta y ella se apretaba, asustada de caerse, y secretamente encantada de pegarse.

Sus sentidos la traicionaban, su cuerpo se acaloraba, y su cabeza ya no podía disimular que lo quería, lo deseaba.

Memorias de ese beso devorador, incontrolable, que les había cambiado toda la ecuación, y les hacía mirarse como si no pudiesen esperarse más.

Se dijo que era absurdo fantasear con él justo ahora, con el fuego todavía ardiéndole en la mente… pero el deseo no sabe de coherencia.

¡Qué fácil era dejarse llevar cuando nadie miraba, y era solo ella con sus fantasías! Cuando podía imaginarlo cruzando la puerta, despeinándola de un beso, deshaciendo su cautela con la lengua, con las manos grandes que podían tomar su cintura y hacerla olvidar del mundo.

Suspiró, profundamente. Cerró los ojos. Se permitió por un instante imaginar el peso de su cuerpo, el calor compartido. Y si sus manos se acariciaron, fingiendo que eran otras más grandes, más rugosas, ¿quién podría culparla?

++++

Esa tarde el teléfono vibró con insistencia sobre el mostrador, e Ilona vino a él veloz, con el pulso acelerado, un mal presentimiento apretándole el pecho. Era Lázsló.

—¿Quién es?—gritó su hermano menor desde el otro lado de la tienda.

—Lázsló.

Tomó el móvil, aterrada de lo que podía escuchar. Vivir así, con el corazón pegado a su garganta, era insufrible.

—Lázsló, ¿qué pasa?

—Ilona, tranquila. Estamos bien—le dijo, e Ilona soltó el aire retenido—. Pero quería contarte… Dicen que lo incendiaron.

—¿Qué?

Parpadeó y apretó el móvil en sus manos.

—El local de tatuajes. El que tienen los moteros.

—¿Había alguien adentro? —preguntó enseguida, el pecho apretado de los nervios.

—Solo uno de ellos, el vicepresidente. Estaba con su mujer.

—¡Oh, por Dios! Beatrix… ¿Qué les ocurrió?

—Nada. Salieron por una entrada trasera, desde un local anexo que también pertenece al club. Él la llevaba en brazos. Están bien. Fue pura suerte.

Ilona se quedó en silencio un momento, conteniendo la respiración.

—¿Cómo ocurrió?

—Dicen que fue al mediodía. Justo cuando la patrulla del club se retrasó por un accidente en una calle cercana.

—¿Una casualidad?

—Algunos no lo creen. Se comenta que los moteros interceptaron algo importante. Un cargamento de Zoltán. Y que esto fue una represalia. El barrio está lleno de rumores, todos lo repiten.

—¿Qué dejaron en el local? ¿Algún mensaje?

Lázsló vaciló.

—Una marca en la pared. Una especie de símbolo…

—¿Un círculo atravesado por dos líneas?

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

Ilona cerró los ojos. El calor del sueño regresó con fuerza, como si no hubiera pasado la noche entera.

—Lo vi. Anoche. Soñé con eso. Con el fuego, y esa marca.

El silencio que siguió fue denso, como si Lázsló intentara comprender lo que no podía explicarse.

No llegaron a decir más. El rugido de varias motocicletas los interrumpió. El ruido se acercaba rápido. Mason fue el primero en llegar. Entró sin vacilar, acompañado por dos hombres más.

Todos estaban armados. Uno de ellos cargaba una caja de herramientas y comenzó a revisar esquinas, techos y marcos de puertas. El otro, el rubio risueño, dejó una mochila en el suelo, lanzó una mirada rápida a Ilona y sonrió de medio lado.

—¿Qué están haciendo? —preguntó ella, nerviosa, sin moverse de su sitio.

—Instalando cámaras—respondió el que se llamaba Zero sin levantar la vista.

—¿Y el vicepresidente? —preguntó enseguida—. Me enteré de lo que pasó. Él… su mujer… ¿Están bien?

El rubio giró la cabeza con su sonrisa ladeada.

—Aw, ¡pero qué dulce es! Yo soy T Bone, dulzura. Gracias por preocuparte por nosotros. Me emociona—dijo, y se llevó la mano al pecho.

Era un gigantón ridículo, gracioso, y guapísimo. Mason gruñó, y vino más cerca de ella, su mirada fija en T Bone.

—No le hables.

—Pero qué territorial, joder, si solo intentaba ser amable—respondió T Bone con una sonrisa más amplia.

Mason lo ignoró y la miró con seriedad.

—Tienes que cuidarte —dijo con voz baja pero clara—. Ahora más que nunca.

—¿Crees que puede haber más acciones…?—tragó saliva—. ¿Otros incendios?

La mirada masculina se deslizó por su rostro y se clavó en sus labios, y luego volvió a sus ojos. Ilona sintió el peso del deseo latiendo en su centro, y procuró que nada se filtrara.

Era tan incómodo, sentirse como una adolescente cachonda con una fijación.

—Creo que debemos ser muy cautos. Estamos haciendo todo para sacar a la basura de esta ciudad. Y eso genera violencia. Le

ganaremos, pero hasta que eso pase, necesito que estés atenta. Que no estés sola. Y si algo te parece extraño, me llames de inmediato.

Ella asintió, con la tensión acumulada en los hombros, el estómago y los dedos que no dejaban de apretar el borde del mostrador.

Capítulo 19

—Tuvimos suerte, pero pudo ser una jodida trampa mortal—dijo Viper, apoyando ambos antebrazos sobre la mesa, la tensión visible en el rostro desencajado y los nudillos blancos—. Se cortó la luz justo antes, y sentí el olor a combustible por debajo de la puerta. Tomé a Bea en brazos y salimos por la vía de evacuación del edificio contiguo. Si hubiese dudado… Si hubiese entrado en pánico…

La posibilidad de que algo hubiese salido muy mal le hizo dibujar una expresión que Mason leyó como el más profundo temor, y las miradas de los demás le hizo ver que pensaban lo mismo.

Viper, que era un hombre duro y había vivido incontables situaciones peligrosas, estaba muy afectado. No era miedo personal, sino por lo que podría haberle pasado a Beatrix. Su vieja, para la que vivía y a la que adoraba, además del club.

—Pero no pasó—dijo Mason, contundente en su tono conciliador, y palmeó la espalda de su segundo, su amigo—. Eso no ocurrió, y es la advertencia de que no podemos distraernos un segundo. Ese símbolo es el que identifica a la facción a la que pertenece Zoltán. No debieron tener oportunidad de hacerlo. ¿Cómo es que pudieron acercarse tanto, jodernos así?

Necesitaba respuestas. Zero fue el que trajo algunas, lidiando con su Tablet para bajar las últimas imágenes de las cámaras.

—Entraron por detrás, por los muros de la propiedad trasera, y fueron moviéndose con cuidado, evitando las cámaras tanto como pudieron, por algunas zonas ciegas—meneó su cabeza—. Debí anticipar esto, yo…

—Tienes demasiado trabajo, no puedes verlo todo, y menos en tiempo real. Hemos estado cómodos contando con tus esfuerzos, que son sobrehumanos, Zero, amigo. Es necesario que comiences a entrenar a alguien para que te ayude. De verdad, no solo para cargar tus equipos—dijo Reaper, y hubo coro de asentimientos.

El hacker era los ojos y oídos del club, y sus tareas se extendían por la sede, el club Inferno, y cada empresa propiedad de los Caballeros. Reaper tenía razón, estaba extendido más allá de sus posibilidades reales.

—Sí, es cierto. Hoy mismo le pediré a Freak y Madman que me ayuden a chequear los circuitos de los locales. Buscaremos zonas sin protección, pondremos más sensores, más cámaras.

Mason permanecía de pie, sin quitar los ojos de la pantalla.

—Fue una combinación de factores. No fue casual que las motos que debían estar patrullando allí se demoraran por ese choque.

—No, no fue coincidencia—dijo Zero—. Lo comprobé, fue sincronizado.

—Según me dijo Lázsló Lakatos, ya corren los rumores por el barrio—agregó T Bone—. Ya se sabe que a Zoltán le robaron algo importante, y que tenemos que ver con eso. Y que esta es la represalia favorita del húngaro: fuego. Y plomo.

—Tal vez nos esperaban por la puerta trasera para disparar—masculló Viper, y hubo gruñidos exasperados e interjecciones de preocupación.

Si el vicepresidente no hubiese usado la conexión con el otro edificio… Si no hubiesen tenido la previsión de que cada una de sus propiedades comerciales tuviese otra de apoyo al lado, hoy estarían lamentando dos muertes.

—El FBI ya tiene la carga—dijo Mason en voz baja—. El contenedor llegó ayer a Oakland.

—¿Y podemos esperar a que hagan algo rápido y eficiente con eso?—preguntó Viper.

Mason se cruzó de brazos.

—Dependerá de si pueden conectarlo con la Bratva, y con Zoltán. Hustle me habló de un agente asignado al caso, Travis Doyle. Le dicen *Bloodhound. El sabueso*. Una vez que olfatea algo, no suelta la pista hasta que lo tiene entre rejas. Está obsesionado con desarticular a la mafia rusa. Y Zoltán acaba de entrar en su radar.

—Eso puede tomar tiempo. Mientras tanto, debemos estar un paso adelante—dijo Torque.

—Lo estaremos, así se duerma poco. Pero necesitamos quitarnos tareas de encima, porque eso nos quita visión general—dijo Reaper —. Si estamos pendientes de las guardias, de los locales…

Mason interrumpió:

—Avancé sobre lo que habíamos hablado, y a partir de hoy todas las propiedades del club van a quedar bajo vigilancia externa. Ya me comuniqué con *Káros Response*, una empresa privada. Operan en zonas de guerra, son duros y eficientes. Estarán desplegando personal y equipos en horas.

—Entonces, nuestros hombres deben concentrarse en el vecindario, entre la comunidad—dijo Crusher.

—Exacto. Y los Lakatos son prioridad, son quienes nos llamaron— respondió Mason—. De ahí la instalación de las cámaras internas y externas al local y a la casa. Quiero a alguien monitoreando el movimiento alrededor a tiempo completo. Si alguien se mueve o respira muy cerca, quiero saberlo.

La posibilidad de que Ilona estuviese en el centro de alguna situación como la que Viper y su vieja habían vivido lo inquietaba, mucho.

Jodida cabeza la suya, no dejaba de dar vueltas con imágenes o trozos de diálogo compartidos con la mujercita. Le enredaba el pensamiento y ponía dudas y limitaciones a sus acciones.

¿Era eso lo que sentían Viper, Hustle o Fury? ¿Así le cambiaba la vida una *vieja* a un motero? *Gilipollas, Ilona Lakatos no es tu vieja, deja de desvariar e imaginar insania.*

Carraspeó, y fue a hablar con Reaper para continuar coordinando acciones, cuando la vibración de su móvil le avisó de un mensaje entrante.

Ilona: *Tengo que salir a hacer unas compras para el local. No voy a tardar. Es cerca, puedo ir sola, pero quería que lo supieras.*

Mason lo leyó en silencio. Su primer reacción fue a enviar una respuesta que la alentase a quedarse en su casa o en el local,

resguardada, pero no era manera de vivir.

Así que tragó su instinto de protección extrema, guardó el teléfono, y habló sin levantar la voz.

—T Bone, busca a Skinner y vayan con Ilona Lakatos. Ella necesita aprovisionar su local. Acompáñenla, sin interferir—su mirada se clavó en T Bone, y el bastardo sonrió de costado. Mason contuvo el deseo de borrarle la sonrisa de un guantazo, por cateto —. No quiero que se sienta abrumada, pero no puede estar sola.

—Oh, me ocuparé. Sabes que puedo ser encantador—dijo T Bone mientras armaba un moño descuidado.

Mason entrecerró sus ojos y le miró fijo, y hubo risitas alrededor, y Crusher suspiró y sacó un billete de 1oo dólares de su billetera, que dejó en la mano extendida de T Bone.

Jodidos bastardos, ¿apostaban en relación con él e Ilona Lakatos? Mason contuvo las ganas de soltar algunos insultos y ponerlos en su lugar, y despojó su rostro de toda expresión.

No sirvió de mucho.

—Se los dije—dijo T Bone, muy ufano, ganándose un empujón del gigantón Crusher—. Parece mentira, pero es real. Nuestro presi tiene un crush y…

—¡Hala, necios!—ladró, de muy malhumor—. ¡Al lío! Asegúrense de que esa mujer vuelva sana y salva.

++++

El celular vibró sobre la mesa justo cuando Ilona terminaba de acomodar su bolso para salir.

Mason: *No debes ir sola. Dispuse protección para ti. Hablamos después.*

Se quedó mirando la pantalla unos segundos, sintiendo un leve cosquilleo de calor bajo la piel. Mason era directo, imperativo.

Imaginaba que así había llegado a ser el presidente de un club de hombres recios, rebeldes y a los que la violencia no intimidaba.

Empero, no le molestaba que adoptara esa actitud de protección con ella. Para nada. La hacía sentir un calorcito en el pecho, la

sensación de ser especial, de que estaba en sus pensamientos y sentía real preocupación por su bienestar.

Tal vez era su ego el que se regocijaba con la atención del guapo motero. O su *yo* inseguro, que solía pensar que no podía captar la mirada de un hombre sexi, fuerte, con músculos por kilómetros, y atractivo en el sentido más visceral.

No des tal entidad a algo que surge de una lucha por el territorio, por el control, Ilona, tonta, o vas a terminar con el corazón arrugado y muchas, muchas ganas de llorar.

Guardó el teléfono en el bolso, y se afanó en hacer la lista con lo que necesitaba, tras lo cual recogió su cesta de tela, y salió de casa con paso decidido. Podía soñar o fantasear como quisiera, pero eso no haría que los productos necesarios llegasen a la tienda.

Le vendría bien distraerse, tomar aire, charlar y disfrutar. La feria del barrio era un hervidero de vida bajo el sol intenso.

Puestos de verduras que brillaban como gemas maduras, y otros con telas de colores que ondeaban en la brisa.

El aroma a pan recién horneado y especias calientes llenaba el aire denso. La música callejera llegaba amortiguada, fundiéndose con las voces de los vendedores que ofrecían sus productos a viva voz.

No había avanzado ni media cuadra cuando notó las dos figuras caminando tras ella. Inconfundibles con sus jeans, botas y chaquetas de cuero en la que el emblema de los Caballeros Oscuros se distinguía orgulloso.

T Bone, recordó el nombre del guapísimo rubio de sonrisa fácil y moño desajustado. Él se le acercó primero, saludándola con un gesto despreocupado. Junto a él, un hombre de rostro serio que miraba con desconfianza, su mirada alerta, absorbiendo cada movimiento del entorno.

T—Bone vino más cerca y le habló en tono de confidencia.

—El gran jefe nos pidió que te cuidáramos bien, preciosa—dijo, la sonrisa ancha y ese tono entre juguetón y protector ante el que era

imposible no caer un pelín—. Y créeme, cuando Mason dice *bien*, nos quiere en modo sabueso. Este es Skinner.

Ilona sintió el rubor subirle a las mejillas. La implicancia en el comentario era claro, y refrendaba lo que había estado pensando. No obstante, no daría una sola pista de que la idea de Mason muy enfocado en ella le encantaba. Intuía que T Bone usaría la información a su favor.

Se limitó a agradecer en voz baja, mientras el rubio soltaba una risa alta y caminaba a su lado como si fuera una sombra amistosa.

—Haz como si no estuviésemos aquí, querida. Nos fundiremos en el entorno.

Meneó la cabeza, incrédula. ¡Como si fuese posible no mirarles y susurrar acerca de ellos y su club! Pero no era algo en lo que perdería tiempo, decidió.

Se dio la vuelta y se concentró en buscar lo que necesitaba: velas gruesas, incienso de mirra, jabones de oliva, hierbas de protección, y más. Saludó a algunas caras conocidas, aceptó el ofrecimiento de una manzana recién lavada de una anciana que solía frecuentar su tienda. Todo parecía en calma a pesar de lo que había estado pasando con Zoltán, cuya presencia y acciones amenazantes habían sacudido tanto al vecindario.

Sin embargo, a medida que avanzaba, una sensación incómoda fue creciendo en ella. No supo bien qué era al principio. No había un ruido distinto, ni un movimiento claro.

Era simplemente… el aire. Como si se volviera más espeso, más pesado a su alrededor. La estaban mirando. No con curiosidad ni con indiferencia, sino con esa clase de mirada que pesaba sobre los hombros y helaba la nuca.

El *mal de ojo*, pensó, instintivamente. Lo conocía desde niña, lo había sentido en otras ocasiones: esa fuerza envenenada que algunos descargaban con solo desear el mal. No hacía falta tocar, ni hablar, ni actuar.

Bastaba una chispa de rencor verdadera para contaminar el aire, para clavarse como una espina invisible bajo la piel. Y ahora, esa

espina vibraba, justo entre sus omóplatos.

Se detuvo en un puesto de artesanías. Tocó un atrapasueños de hilos rojos y plumas negras, preguntando el precio a la vendedora de trenzas largas y sonrisa cálida.

—¿Buscas algo especial, Ilona?

—Sí... velas negras. Y un poco de incienso de mirra.

—¿Para protección? —preguntó la mujer, bajando la voz como si intuyera algo.

Ilona asintió, pero no llegó a responder, porque en ese momento, la presencia dejó de ser solo un presentimiento. Se materializó junto a ella en forma de mujer, y el empujón que esta le dio la hizo trastabillar.

Capítulo 20

—¡Oh, mis disculpas, qué distraída!—la voz femenina sonó artificial, casi como un ronroneo pero de los desagradables.

Ilona se recompuso y parpadeó, mirando a la que se disculpaba, y se sobresaltó frente al ardor de la intensa mirada. La rubia en la sede de moteros, recordó. La que le había hecho sentir tantos celos.

¿Cómo la habían llamado? ¿Dorothy, Dinorah…? *¿Qué más da, Ilona? Su rostro dice a las claras que está más allá de las presentaciones.*

—No es problema—respondió, en automático, a la interna alarmada por la postura y los ojos.

Desirée, recordó entonces. Era una mujer sensual, vestida con ropa muy ajustada y provocativa, sin duda atractiva. Exudaba un perfume fuerte y familiar.

Un aroma que Ilona reconoció de inmediato: el mismo que, mezclado con el calor de la piel, había sentido en Mason.

—Te conozco, te vi en el club de los Caballeros—dijo Ilona, intentando ser civil.

Desirée sonrió, pero la suya fue una mueca cortante que no tenía calor. Estaba aquí para confrontar, pensó Ilona, que miró alrededor de forma sutil, esperando ver a T Bone o su compañero acercándose.

Mas había mucha gente y los dos estaban lejos, atendiendo a un hombre más joven que hacía aspavientos con sus manos.

—Intento entender que pudo ver Mason en ti—murmuró la rubia mirándola de cabeza a pies, como quien encuentra algo desagradable en su plato caro—. Pequeña, sin gracia, y gitana.

Ilona se mordió para no contestar al que pretendía ser un insulto. Ella estaba bien orgullosa de sus ancestros y de sus creencias, que no eran más que una visión del mundo tan buena y valiosa como la de cualquiera.

Pero no tenía sentido reaccionar, ni era conducente. Esta mujer buscaba denigrarla, humillarla, y ponerla en un lugar de inferioridad, y no descartó que recurriera a la violencia si la confrontaba.

Su piel exudaba una energía densa. Su aura era caótica. No era simplemente celos lo que la envolvía: era resentimiento, rencor, y una rabia húmeda que parecía a punto de rebalsar.

Dio un paso, pero su silencio y movimiento se interpretó como cobardía, y Desirée acercó aún más su rostro, invadiendo su espacio.

—No sé qué le hiciste, pero lo tienes como un perro faldero—continuó, la voz cargada de veneno dulce—. Dicen que ni duerme tranquilo si no sabe dónde estás. Que te sigue como un alma perdida. ¿Qué porquería le echaste? Sé que ustedes hacen amarres, brujerías.

Ilona negó, indignada. Lo que decía eran tonterías mayúsculas. Se plantó firme, su rostro desnudando su molestia, que se hacía mayor por segundos, y que el perfume de Mason estuviera impregnado en Desirée era causa probable.

—Estás desvariando, y ves lo que no existe.

—No te ilusiones, ni creas que podrás tenerlo sujeto con tus trucos baratos—susurró la rubia, ladeando la cabeza—. Mason juega, se divierte, pero siempre vuelve a lo que conoce. A mí, la que le cuida, contiene, a la que folla como a ninguna. Jamás podrás darle lo que yo—Hizo una mueca despectiva—. Basta verte para entender que no podrías satisfacer a un hombre, y menos a uno como él. Mason es mío.

La última frase fue un latigazo, y la hirió, a pesar de que se daba cuenta de que esta mujer diría lo que fuese para lastimarla. Estaba empujada por los celos, reclamando a *su hombre*, como definió a Mason.

—Te equivocas si piensas que…

Desirée no le dejó terminar. Alzó su mano con estudiada lentitud y le dio una bofetada sonora que repicó en la cabeza de Ilona, y las uñas rojas fueron luego a su brazo, donde dejaron un trazo al retirarse.

Su estupor y el dolor la cegó por un breve momento, pero fue consciente de las voces alarmadas y el jaleo a su lado.

—¿Qué haces aquí, Desirée?—dijo T Bone, y su tono hostil no llamó la atención de Ilona, que estaba perpleja, inmóvil, y con deseos de llorar.

—Ilonka, ¿estás bien, querida?

Asintió ante la pregunta preocupada de la tendera, sonriendo como pudo, y repitió el gesto ante el grave Skinner.

Parpadeó y observó como Desirée se retiraba luego de empujar a T Bone, al que notó iracundo, sus ojos tormentosos y maldiciendo por lo bajo.

—Ilona, no sé qué te dijo esa mujer, pero debes ignorarla. Está fuera de sus cabales, y cuando Mason se entere de que estuvo conversando contigo…

—¡La golpeó!—intervino la tendera.

—¿Qué? ¡Maldita sea! Ese prospecto idiota nos distrajo con sus tonterías, lo lamento.

—No te preocupes, fue… Hay mucha gente—susurró ella.

—Joder, Mason va a montar un pollo…—masculló Skinner, y ella parpadeó.

No tiene sentido hacer más alboroto, pensó. *Hay asuntos más urgentes que dos mujeres disputando a un hombre.* Dios, qué vergüenza.

—Quiero…—se aclaró la garganta y sonrió, aunque fue de modo mecánico, destinado a tranquilizar a los que la rodeaban—. Tengo lo que necesito, y no quiero dar entidad a esto, por favor.

No quería que estallara nada allí, entre puestos de frutas y familias de la comunidad. Mientras recogía la cesta con manos trémulas y retomaba su caminar, fingiendo normalidad, una sola certeza le ocupaba la mente:

Mason tenía un pasado y tal vez un presente que desconocía. No podía pensar en él como lo hacía, era la receta perfecta para el desengaño y las frustraciones.

Esta mujer estaba loca por él, y lucharía con uñas y dientes por el motero. Esa no era una guerra que ella podía ganar.

++++

Desirée llevaba días acumulando rabia en su pecho, como una serpiente obligada a tragarse su propio veneno mientras aguardaba el momento justo para atacar.

Desde que esa gitana de nombre extraño había entrado en su mundo, todo había empezado a desmoronarse.

Mason ya no era el mismo. No la buscaba con esa necesidad que alguna vez lo ató a ella, ni la dejaba ocupar su cama, ni su tiempo. La distancia era palpable, como una barrera invisible que, para su desgracia, no podía atravesar.

Lo peor era verlo pendiente del teléfono, dejando a medias conversaciones o partidas de billar en el Inferno para contestar mensajes que no eran suyos.

Lo había visto subirse a la moto a cualquier hora, dejando todo atrás, montado en su Harley como un maldito caballero andante.

Sí, lo vigilaba. Había dejado pasar dos días luego de la pelea, pero había vuelto al Inferno. Los chistes de los miembros acerca de su presidente *obsesionado por la mujercita Lakatos* habían añadido leña a la hoguera de su furia.

Había apuestas cruzadas acerca de cuán lejos llevaría Mason su interés por la mujer. ¿Un ligue, o algo más permanente? Los más cercanos, como T Bone o Torque, murmuraban que era la perfecta vieja para su amigo. ¡*Imbéciles!*

Desirée se había fumado cigarro tras cigarro, viendo cómo el mundo que había considerado suyo se le escurría entre los dedos. Se juró entonces que no se quedaría cruzada de brazos. Que Mason volvería a ser suyo. No importaba el costo.

No le resultó difícil influir a uno de los prospectos más jóvenes. Era solo un chico entusiasmado por una sonrisa excitante y unas caricias rápidas. Un par de promesas susurradas en el oído, algunas citas breves en los baños del Inferno, y logró un espía personal.

El idiota le contaba todo a lo que tenía acceso, sin percatarse de sus repetidas infidencias: los turnos de vigilancia, cuándo se reunían los directivos, los retazos de información que los moteros dejaban caer en la barra sobre la operación que los Caballeros tenían montada para hacer caer al húngaro Zoltán.

Atesoró cada pedazo de información como clavos que usaría en el ataúd de la gitana. Mientras tanto, Desirée vigilaba. Acechaba.

Buscó sus rastros en redes sociales, hurgó en fotos antiguas, usó el auto de una prima para pasar por la casa y el local en repetidas ocasiones. Cualquier cosa que la acercara a su enemigo.

En el proceso, la rabia fue creciendo, alimentándose de la certeza de que Mason la estaba dejando atrás. ¿Cómo podía una criatura tan sencilla robarle lo que era suyo por derecho?

No contenta con eso, había recurrido a métodos más directos. Con la copia de llaves que había conseguido en otros tiempos, cuando Mason estaba en coma, había entrado al despacho de la sede.

Hundió el rostro en una chaqueta de cuero que aún olía a su piel. Se llevó uno de sus perfumes favoritos. Acarició objetos personales como si pudiera atarlos a ella de nuevo. Accedió a su correo electrónico.

Sabía que Zero, el hacker del club, comenzaba a sospechar: la manera en que la miró la última vez en el Inferno fue todo menos casual. Pero a esas alturas, a Desirée ya no le importaba.

Y hoy, en la feria… La había traicionado la ira. La vio radiante bajo el sol, como si el mundo le perteneciera. Custodiada por los moteros como si fuese una reina, a instancias de Mason, no tuvo duda.

El estómago se le anudó de furia. Caminaba con una cesta en el brazo, con esa tranquilidad estúpida de quien no sabe lo que ha arrebatado.

Desirée había cruzado la calle sin pensar. Cada paso que daba alimentaba el odio que ya era una criatura viva en su interior.

La observó de cerca. Bajita, con la piel suave, los ojos enormes. Gris a pesar de su ropa. Anodina. Indigna de Mason.

No pensó. Solo actuó. Se plantó a su lado y dejó que el perfume robado flotara entre ellas como una provocación tangible. La empujó, y se disculpó con sorna. Vio el momento cuando ella la reconoció, y respiró su incomodidad como un trofeo. Sonrió, una mueca cargada de desprecio.

—Intento entender que pudo ver Mason en ti—murmuró, y la miró con desdén—. Pequeña, sin gracia, y gitana.

La mirada de Ilona vaciló apenas. Suficiente para darle fuerzas, y la catarata de frases que usó buscó arrinconarla y hacerle ver lo poco que era.

Ilona intentó apartarse, pero Desirée ya había perdido toda noción de límite. Levantó la mano y le cruzó la cara con una bofetada seca, brutal, que resonó en el aire cargado de especias y sudor. Y arañó, con la práctica de años lidiando con otras Gatitas.

La satisfacción fue inmediata. El odio le llenó la boca de un sabor metálico, como si masticara sangre ajena.

Vio el temblor en los ojos de Ilona, el modo en que apretaba los labios para no llorar. Y supo que había dejado su marca, no en la piel, sino más adentro.

T Bone llegó corriendo, su enorme cuerpo cortando la distancia como una barrera. Desirée lo miró con desprecio, con una furia que ya no podía contener.

—¡Aléjate! —le gritó, empujándolo con fuerza—. ¡No sabes nada!

Skinner llegó también, endureciendo la línea entre ella e Ilona. Pero Desirée no los veía. Solo veía la imagen de Mason, la forma en que la miraba a ella antes, el calor de su cuerpo, la sensación de pertenencia.

Se dio la vuelta con un movimiento brusco, el corazón desbocado en el pecho. Mientras se alejaba, juró algo en silencio: no iba a parar hasta arrancar de raíz esa ilusión absurda que Mason tenía.

Hasta destruir todo lo que Ilona era. Hasta recuperar lo que era suyo, por derecho, por historia, por sangre. Mason aún no sabía de

lo que ella era capaz.
Pero lo sabría.

Capítulo 21

El mensaje le llegó directo de T Bone justo cuando Mason salía de la reunión con el coordinador de la empresa de seguridad. Estaba confiado en que harían el trabajo, el hombre había sido directo y eficiente.

Su confianza y buen humor se deterioró al leer:

T Bone: *Desirée emboscó a Ilona en el mercado. La abofeteó. Ella está bien, Presi, pero lamento que no pudimos frenarla. La condenada se movió como una cobra.*

Parado en el estacionamiento, al lado de su motocicleta, luchó contra la furia que le invadió. ¡Una tarea, habían tenido una tarea y no habían podido hacerla bien! ¡Gilipollas!

No debió darle la responsabilidad de la vigilancia a T Bone, pensó, iracundo, montándose en la Harley y haciéndola roncar. Aquel se distraía, era un cachondo que no podía dejar de mirar alrededor en busca de mujeres.

Respiró hondo para poner sus pensamientos en perspectiva, y dejó que el viento de la carretera le golpeara el rostro, el visor de su casco subido. Su ira le hacía perder perspectiva, y estaba siendo injusto con el tesorero del club.

T Bone era leal hasta la médula, meticuloso y un hombre racional y enfocado. Algo debió pasar que les impidió llegar a tiempo.

Desirée pasó, pensó, furioso con la Gatita del Inferno. No entendía, simple y llano era así. Esa cabeza de pájaro, bonita y todo, estaba vacía, y no atendía razones. Pero esto… Había cruzado la línea. Otra vez. ¿Cuántas más?

La necesidad de ver a Ilona, de revisar cualquier herida física o emocional que la rubia le hubiese dejado, se tornó imperiosa.

Resopló, luchando con esta urgencia, recordándose quién era, y las tareas que tenía adelante. *Después*, se prometió, *más tarde iría a ella.*

Moderó su ansiedad, hizo algunos llamados para poner a Reaper, Zero y Crusher en detalles de lo que habló con la agencia de seguridad.

Cuando llegó a la sede y estacionó, reconoció las motocicletas de T Bone y Skinner, que habían retornado y dejado la guardia de Ilona a Freak y Bulldog, como había estado previsto. En pocas zancadas estuvo con ellos.

—¿A cuántos metros estaban que no vieron a Desirée acercarse? —dijo, sin levantar la voz, pero con un filo que cortaba.

Los dos moteros se miraron. T Bone bajó la vista, contrito, molesto consigo mismo. Mason le conocía bien, y se culparía por un tiempo.

Bien, pensó, rencoroso como no sabía que podía ser. Otra más de las nuevas emociones que aparecían campeando en su pecho y cabeza.

—A unos veinte metros. El prospecto, Luc, nos detuvo… Pensamos que tenía un mensaje tuyo.

—¿Veinte metros?—interrumpió Mason—. ¿Eso es cubrir a alguien? ¿Eso es protección? ¡Una jodida mierda es lo que es!

T Bone se irguió, enarcando las cejas, asombrado de la explosión de Mason.

—La cagué, es mi responsabilidad. Pero fueron dos minutos, Mason.

—Fue como si ella estuviese escondida, esperando—dijo Skinner, el ceño fruncido—. T Bone dice bien, fueron escasos minutos.

—Fue Desirée. ¡En sus narices! Y va a pasar otra vez si siguen jugando a ser escoltas de revista. ¡Espabílense, jodidos! Tenemos que ser mejores.

La explosión logró un silencio espeso entre los moteros que estaban en la sede a esta hora, pero Mason estaba demasiado fastidiado para funcionar con tacto.

Sin intercambiar más palabra con nadie, dio media vuelta y se dirigió a su oficina, cerrando la puerta tras de sí con un golpe seco.

Apoyó las manos en el escritorio, la cabeza agachada, respirando hondo. Necesitaba recomponerse. No podía liderar si dejaba que la ira lo controlara así.

Unos golpes breves en la puerta lo sacaron de su trance. Era Zero, que no esperó autorización para asomar su cabeza, y su expresión era más seria que de costumbre.

—Tenemos un problema—dijo.

Mason alzó la vista, tensando la mandíbula, y le miró venir a él. Zero le mostró la Tablet, pasando rápidamente por una serie de registros: cámaras de seguridad, accesos digitales, movimientos inusuales en horarios en que Desirée no tenía por qué estar en el Inferno. Y accesos aquí, a la oficina.

—No puede haber momento más ideal que este para mostrarte esto, dado lo ocurrido.

—¿Estabas esperando?—gruñó, mirándole de hito en hito, y Zero negó.

—Tenía alguna sospecha, pero estos dos días fueron de comprobación. Mira, esto fue ayer. Entró en tu despacho usando una copia de las llaves. Accedió a tu correo varias veces en las últimas semanas, lo miré al notar que lidiaba con tu dispositivo—explicó Zero, conciso, sin adornos—. Se llevó un perfume.

Mason sintió una punzada helada recorrerle la columna. Esta información era… increíble, y echaba más sal a la herida en su cabeza. Había sido un idiota, uno grande.

Había confiado en ella por rutina, por desinterés real, por necesidad física. Por no querer enfrentar la soledad.

Había bajado la guardia con esa mujer, dejándola entrar en sus espacios, permitiendo que hiciera sin control, confiando en que ella tenía dos dedos de frente, y era honesta. Joder, le había cuidado en la enfermedad, sin pedir mucho. O eso creyó. Ahora pagaba el precio.

—¡Maldición! No imaginé…—Era el más gilipollas de todos, y pretendía culpar a T Bone, cuando era él, Mason, quien dio alas a la locura de Desirée—. Haz control de daños, Zero—murmuró.

Este asintió, comprendiendo sin necesidad de más palabras. Mason cerró el puño sobre el escritorio. Esa mujer… Tenía que irse. No podía entrar en ningún espacio del club. No quería siquiera confrontarla, porque si la veía… No sabía cómo actuaría.

No le haría nada físico, porque ese no era él, pero… Sería brutal en sus palabras, agresivo, y tal vez ella estaba fuera de sus cabales. No, tenía que evitar cruzarla. Pese a todo, lo había cuidado.

Se incorporó y volvió al bar, y se colocó junto a T Bone, que estaba con su cabeza gacha, pero se dio la vuelta para hablarle.

—Mason, lo lamento, yo…

—Nah, hermano, yo lo lamento—palmeó su espalda—. Me exalté, y dije lo que no debía. Esto con Desirée, es mi culpa. Está mal, y era imposible prever que haría algo así. Ahora…

—Ya lo sabemos. Y estaremos alerta—dijo Reaper, colocándose a su lado—. Fue divertido de ver, de todos modos. Mason enfurecido porque ahora tiene una obsesión con nombre extranjero.

—¡Idiota!—masculló, y hubo risas, distendiendo el ambiente.

++++

Una hora después estaba en la calle frente al local de Ilona, donde Freak y Madman hacían guardia en el exterior, atentos a cualquier movimiento.

—¿Todo tranquilo? —preguntó Mason al acercarse.

—Sí, jefe. La Lakatos está en su tienda, bien cerrada y segura —contestó Freak.

Madman asintió, escaneando el entorno como un lobo viejo. Mason los miró, la expresión endurecida.

—Cambio de planes. Necesito que encuentren a Desirée. Hoy mismo. Y que le transmitan un mensaje muy claro.

Se acercó un paso más, bajando la voz hasta un gruñido apenas contenido.

—Está prohibida para nosotros. Para el Inferno. Para cualquier empresa del club. Si se atreve a aparecer de nuevo, vamos a denunciarla por robo e ingreso no autorizado, violación de

información personal, del correo. Que le quede muy claro, hermanos, repítanselo, y no caigan ante sus provocaciones.

Freak soltó un silbido breve, incrédulo.

—Quedó claro, presidente—dijo Madman, cruzando los brazos—. Lo haremos.

Mason asintió. Apretó los dientes mientras se dirigía al local de Ilona, de pronto en ascuas. No sabía qué esperaba encontrar, pero la ansiedad que le había mordido las tripas desde la mañana solo se calmó un poco cuando la vio a través del ventanal, acomodando unas figuras antiguas en uno de los estantes.

Estaba allí, en su mundo, su refugio, envuelta en ese aroma a incienso fresco y vainilla que parecía formar parte de ella. El sonido de la campanilla la hizo levantar la cabeza, sorprendida.

En sus ojos, bonitos, expresivos, Mason volvió a encontrar esa mezcla de resistencia y fragilidad que tanto lo afectaba. Se acercó despacio, sonriendo, mientras la observaba.

—¿Cómo estás?—preguntó, la voz ronca, cargada de preocupación real.

Ilona le regaló una sonrisa leve que no le pareció natural.

—Inquieta. Fue raro, inesperado—admitió, bajando la mirada un instante—. Esa mujer me desestabilizó. Mi aura... no está en calma.

Mason sonrió de lado, y le acomodó un mechón de cabello para despejar su frente.

—No sé si creo en eso, muñeca—dijo, la voz apenas un murmullo.

Ella lo miró de nuevo, y Mason sintió que su cinismo era un escudo inútil ante ella.

—No necesitas creer—susurró Ilona—. No es un superpoder. Hoy está de moda hablar de las energías, pero yo… No sé, estoy conectada con mi parte espiritual, percibo esa energía.

Mason asintió. No terminaba de entenderlo, pero le gustaba escucharla.

—¿Y qué ves en mí?

Ella ladeó la cabeza, como si realmente lo viera más allá de su piel y sus tatuajes.

—Veo a alguien que no se permite ser vulnerable. Pero que late con fuerza. Y que... siente más de lo que dice.

Él la observó, y sonrió, liviano, porque le gustaba que ella viese al hombre y no al presidente de un club de moteros que hacía bien poco podían jactarse de actuar en acuerdo con las leyes. O al hombre que tenía un pasado del que se arrepentía, en parte. Eso era refrescante, sanador.

—Quiero disculparme—dijo entonces, clavando los ojos en los suyos—. Por Desirée. Por su comportamiento. Por ese golpe, injusto y su actitud...

Ilona bajó la mirada, mordiéndose el labio.

—No tienes por qué hacerlo. Sus acciones no te corresponden. Sí entiendo que… Ella te quiere—susurró—. Cree que eres suyo, y que yo… Intento tomarte, como si fueras un juguete—se sonrojó, y fue adorable.

Mason no podía esperar a que ella le tomase e hiciese lo que quisiese con él, así de perdido por ella estaba, se dio cuenta. Sin control. Desirée veía más de lo que él creía, entendía más que él, o que Ilona. Por eso había ido a atacar a esta mujercita.

—No soy de su propiedad. No lo fui nunca—Inspiró hondo, buscando las palabras—. Lo que tuvimos, fue algo meramente físico, sexual—No le importó ser crudo, porque esto era importante. Ilona tenía sus ojos en él, dudaba, quería saber—. Fue desahogo, rutina. No hubo sentimientos involucrados, como no fuese agradecimiento, porque me cuidó cuando estuve mal. Pero no le mentí, jamás. Esas mujeres, las Gatitas…—intentó decirlo del modo más delicado, porque sabía que parecía cavernícola en estos tiempos—. Se acercan a nosotros, no tienen problema en entregarse, en ir con uno u otro, en compartirnos… Sé que suena terrible, pero así es el ambiente.

—Suena vacío—susurró ella, posando una mano en su pecho—. Para ambas partes.

Era especial. Solo ella podía decir eso, no juzgar. Le alivianaba el pecho. Su mano tapó la femenina sobre su pecho, dejando que le trasmitiera calor.

—Desirée… No vi la oscuridad que llevaba dentro. No fue que te pegó, solamente, aunque eso solo sería motivo para mi ira. Hay más, en el club.

Ella asintió, sin reproches, tomando sus palabras, aceptándolas. Era tan sencillo ser él mismo ante esta mujer.

—¿Te gustaría salir un rato?—preguntó—. Quiero mostrarte algo. Algo que es parte de mí.

Ilona alzó la vista. Y en esa mirada, Mason encontró confianza. Y algo tan delicado que casi le dolía tocarlo: esperanza. Posibilidad.

Capítulo 22

Hizo un gesto para que ingresara. Ilona lo hizo, por dentro emocionada. La había traído a su casa, y por la forma en que la miraba, esperaba sorprenderla, o mostrarle algo que era especial, personal.

La puerta se cerró a sus espaldas con un sonido leve, y el silencio que los envolvió fue de los que no incomodan, sino que acogen.

La calidez era inesperada. La casa no era grande, ni estaba cargada de objetos. Era sobria, casi minimalista, pero cada detalle hablaba de quien la habitaba.

Muebles de cuero envejecido, una manta de lana sobre el respaldo del sillón principal, un estante con discos de vinilo alineados, una vieja radio restaurada junto a la ventana.

Las paredes, de un tono cálido que mezclaba el verde claro con la madera expuesta, daban una sensación de refugio contra el mundo exterior. No había lujos, pero sí autenticidad.

En una esquina, sobre una cómoda de madera rústica, varias fotografías enmarcadas capturaban momentos robados: motos clásicas brillando bajo el sol, reuniones de moteros sonriendo con rostros curtidos por el viento, y entre ellas, una imagen diferente.

Un cuadro de gran tamaño, en blanco y negro, mostraba a un grupo de hombres con chaquetas de cuero antiguas, tatuajes visibles, miradas duras y sonrisas cínicas.

Sobre ellos, en letras firmes y desgastadas, una inscripción: *Nunca más*

Ilona se detuvo frente a la imagen, sintiendo que esa frase tenía un peso que trascendía el papel. Mason, que había estado colgando su chaqueta junto a la puerta, se acercó a su lado.

—Ese era el antiguo club—dijo, la voz baja, como si recordarlo le doliera—. Cuando aún éramos parte del mundo que ya no quiero tocar. Cuando la violencia, el tráfico y el miedo eran nuestra moneda diaria.

Ilona giró el rostro para mirarlo. La luz tenue de la lámpara resaltaba las sombras en sus pómulos, el cansancio antiguo en sus ojos.

No era orgullo lo que había en su tono, sino un reconocimiento honesto del camino recorrido.

—¿Qué cambió?—preguntó ella, sin adornos, solo curiosidad genuina.

Mason pasó una mano por su nuca, pensativo.

—Una guerra interna—Sus labios se curvaron en una mueca amarga—. Queríamos otra vida. Reaper, Viper, T—Bone y los otros. Queríamos que el nombre de los Caballeros Oscuros fuera algo de lo que nuestros hijos pudieran sentirse orgullosos.

—Y lo consiguieron—dijo Ilona.

Mason la miró de frente, con esa intensidad suya que parecía desarmar cualquier defensa.

—No sé si del todo. Pero dimos el paso. Y no me arrepiento.

El silencio entre ellos no fue incómodo. Entonces, los ojos de Ilona se posaron en una fotografía más pequeña, junto al resto.

Una mujer hermosa y sonrisa luminosa, con rasgos familiares, abrazaba unos niños pequeños, mientras un hombre robusto, con chaqueta de cuero y expresión protectora, los envolvía a todos en un abrazo de oso.

—Ella es familia, se parece a ti—dijo, señalando la imagen.

Mason sonrió, y su rostro se suavizó de manera instantánea.

—Mi hermana, Ava—dijo con orgullo contenido—. Y su esposo, Hustle. Él es un tipo duro, honesto, un poco cabrón. El Sargento de armas de otro club, de los Reyes de Sacramento. La vida... —suspiró —. La vida no fue fácil para ella. Se casó joven. Su primer marido fue un bastardo violento. Durante años, yo no supe lo que pasaba. Cuando me enteré... ya era tarde. Pero la saqué de allí. La protegí. Y luego, en medio de todo ese caos, conoció a Hustle.

—¿Y ahora...?—Ilona preguntó, con una ternura inevitable en su voz.

—Ahora son familia—Los ojos de Mason brillaron, no de tristeza, sino de un amor hondo, incondicional—. Son felices. Y esos mocosos...—rio bajo, casi en un susurro—. Son mis sobrinos. Los adoro. Cada vez que puedo, los visito.

Ilona observó el cambio en él. La rigidez que parecía formar parte de su cuerpo se había ablandado, como si pensar en su hermana y en esos niños lo anclara a la pureza.

—Cuando hablas de ellos—dijo Ilona, despacio—, tu aura cambia. Se vuelve más luminosa. Más cálida.

Mason alzó una ceja, divertido.

—¿Otra vez con el aura?—bromeó.

—No lo invento. Lo siento—Ilona sonrió—. Es así como pienso y vivo. Tal vez bastante absurdo: auras, mal de ojo, energías, Tarot… Entiendo que no lo entiendas—sonrió ante la elección de palabras, y se encogió de hombros.

Mason la miró, en silencio, con esa expresión suya de no saber qué hacer con tanto sentimiento.

Y entonces, preguntó:

—Mi mundo tiene sus locuras, y el tuyo, las tuyas… Si aceptas las mías… Me encantaría lidiar con las tuyas.

Ilona bajó la vista, dejando que sus dedos recorrieran con suavidad el respaldo de un sillón tapizado en cuero gastado.

Pensó en las llamadas Gatitas. En las peleas, como la de esta tarde, en la que fue víctima inesperada. Pensó en las reglas distintas, ajenas a todo lo que ella conocía. Pensó en Desirée y su veneno.

Pero también pensó en Mason. En cómo, pese a todo, era un caballero con ella. Protector. Respetuoso. Nunca un hombre vulgar o despreciativo, como muchos que había conocido en otros ambientes más *respetables*.

—No es un mundo fácil—dijo Ilona, eligiendo las palabras con cuidado—. Pero debajo de las chaquetas de cuero, de las motos, de todo eso... veo algo más. Creo que el nombre de tu club te queda bien, la primer parte.

—No quiero que me veas como un hombre sin faltas, porque no lo soy.

Alzó la mirada hacia él, con decisión.

—Veo a un hombre que cuida. Que protege. Que es leal. Eso... eso no se ve todos los días.

El brillo que cruzó los ojos de Mason fue casi imperceptible, pero real. Una rendija en su coraza.

Se acercó un poco más. No invadió su espacio. No la apresuró. Solo estuvo allí, presente, cálido, paciente.

Ilona respiró hondo, sintiendo su aroma de cuero y jabón, a tabaco. La tensión flotaba en el aire, densa pero dulce.

No era miedo lo que sentía. Era una certeza: si daba un solo paso más, ya no habría marcha atrás.

Él alzó una mano, despacio, rozándole la mejilla con los nudillos. Un roce tan leve que podría haberse confundido con el aliento.

—No tienes que sentirte obligada a nada, no conmigo. Pero quiero que sepas esto: te deseo como a nadie antes—dijo Mason, ronco—. Y cuando lo dispongas, cuando tú quieras, mi cuerpo y mi cama, mi vida… Son tuyas. Seré lo que quieras, o lo que necesitas. Solo de estar contigo y respirar el mismo aire se me inflama el pecho y estoy feliz.

Ilona asintió, la garganta cerrada de emoción. Estas frases eran declaraciones soñadas. Oro en palabras, y quería lo que le ofrecía. Lo anhelaba con fuerza y desesperación.

Entonces, cuando él bajó la mano, ella la atrapó entre las suyas. Mason la miró como si no pudiera creerlo, sorprendido de la tácita invitación.

Fue ella quien dio el paso. Se inclinó, cerrando la distancia, y lo besó. Un roce tembloroso, inseguro al principio, como una chispa que no sabía si encenderse o apagarse.

Mason respondió de inmediato. El beso se profundizó, se hizo necesidad. Sus manos, grandes y firmes, la atrajeron por la cintura, acercándola tanto que podía sentir cada latido de su corazón contra su pecho.

La boca de Mason era exigente, pero también dulce, como si no pudiera decidir si quería devorarla o venerarla. Ilona tembló entre sus brazos, aferrándose a su camiseta mientras las emociones la sobrepasaban.

El sofá les ofreció un refugio improvisado. Mason la guio hasta allí, sin dejar de besarla, sin apresurarla. Las manos de él recorrieron su espalda, su cabello, su cintura, como si necesitara memorizarla.

Cuando se separaron apenas para respirar, Mason apoyó su frente contra la de ella, cerrando los ojos.

—Dime que esto está bien. Que es lo que quieres, de verdad—murmuró, la voz cargada de una ternura feroz.

Ilona sonrió contra sus labios.

—Está bien. Más que bien.

Y esa fue la única bendición que Mason necesitó antes de volver a besarla, esta vez sin reservas, como un hombre que finalmente encontraba un hogar.

Las manos se buscaron. Los besos se intensificaron. Sus bocas se abrían, se encontraban, se interrumpían con respiraciones cálidas. Sus cuerpos hablaban un idioma distinto, hecho de roce, de necesidad, de ternura contenida.

Él le acarició el muslo por encima del textil de su falda, con los dedos apenas firmes. Ella le tomó la mano y la observó.

—Tienes una línea de vida intensa—dijo.

—¿Puedes leer eso también?—preguntó él, sonriendo.

—Claro. Mira—señaló con su índice la línea en la palma izquierda —. Aquí está tu terquedad. Aquí, tu impulso de salvar a todos.

Mason se rio, ronco.

—No es como si no me interese… Pero me gustaría retomar la parte del beso—dijo y ella sonrió, tímida.

—Me gustas tanto…—susurró, y parpadeó, turbada.

Él la miró, y su expresión era cálida. Tomó su mentón con dos dedos y lo elevó, concentrado en ella.

—No puedo prometerte un cuento de hadas, Ilona. Pero puedo darte verdad. Puedo darte mi piel. Esta hambre que tengo por ti. Y

eso que ni sabía que podía sentir: ternura. Hacía años que no la sentía. Y contigo… Me desarmas—sacudió su cabeza.

Ella lo besó en la barbilla. Luego en el cuello. Bajó la cabeza y apoyó la frente en su pecho.

Capítulo 23

—Cuéntame de ti, Ilona.

Ilona dudó un instante.

—Lo que soy es lo que ves. Tuve un amor. Se llamaba Viktor. Creía que me llevaría con él a donde fuera. Que me elegiría. Pero se casó con una mujer rica, más grande. Nunca miró atrás. No me rompió el corazón, con exactitud, pero… Me hizo dudar de mi valor.

—Ese pobre tonto no sabe lo que dejó atrás. Para mi suerte—dijo Mason, con la voz baja.

—Oh, ¿ahora crees en la suerte?—dijo, irónica, y él rio, alto.

—Parece justo.

Tomó su rostro entre las manos. Le besó la nariz, los párpados, los labios—.

—Te veo como nunca vi a nadie, Ilona. Y lo juro… siento que podría morir de tanto que te deseo.

Ella no respondió.

La sala estaba en penumbra, iluminada apenas por la luz cálida que se filtraba desde la cocina. En el silencio, solo se escuchaban sus respiraciones, irregulares, conmovidas.

Mason la tenía entre sus brazos, sentada en su regazo, las piernas a los costados. Volvieron a besarse, y esta vez, fue largo, tan largo que Ilona perdió la cuenta de en qué momento empezó a vibrar.

Mason… él parecía hecho para sostenerla. Sus manos recorrieron su espalda por encima de la blusa. Lentamente. Como si la memorizara. Ilona cerró los ojos y se abrazó de su cuello.

Sentía sus dedos como brasas sobre la piel, su pecho duro contra el suyo, y ese calor que crecía entre ambos con cada segundo de proximidad.

Mason le rozó la clavícula con los labios, lento, como si midiera su resistencia. Y cuando Ilona suspiró, cediendo por completo, él tomó la dirección de sus impulsos.

Sus manos buscaron el borde de la blusa, y se la subió despacio, acariciando cada centímetro de piel expuesta. Ella levantó los brazos, y cuando la tela voló al suelo, él se quedó mirándola, como si acabara de ver algo sagrado.

Sus manos recorrieron la cintura, el costado de sus senos, y le desprendió el sostén.

—Perfectas—dijo, acariciando sus pechos, e Ilona se arqueó y gimió un poco.

Y lo buscó de nuevo, con la boca entreabierta, el cuerpo temblando. Esto se sentía apresurado, pero perfecto para ambos.

Mason se quitó la camiseta, y ella deslizó las palmas por su torso, sintiendo las cicatrices, la firmeza de los músculos, el calor de su piel. Lo acariciaba con propósito, lento, como si quisiera dejar trazas sobre su piel.

La besó de nuevo, esta vez atrayéndola contra su pecho mientras se reclinaba en el sofá. Ilona quedó sobre él, con el cabello desparramado sobre su pecho, los labios húmedos, las mejillas encendidas.

—Dios, Ilona…—murmuró Mason, rozando su mentón y su quijada, el lóbulo de la oreja, con los labios—. No sé si puedo ir despacio.

—No lo hagas—susurró ella.

Él fue a su falda, que quitó con suavidad, ayudado por Ilona. Luego vinieron las bragas, todo con una delicadeza reverente. La miraba como si fuera arte. Como si le doliera lo hermosa que era.

Ilona temblaba. No de miedo. De anticipación. Como si fuese una pluma la elevó y colocó en el sofá, y se arrodilló junto a él para reverenciarla con sus dedos y su boca.

Sus labios la recorrieron desde el vientre hasta sus senos, donde sus pezones eran picos enervados. Su lengua jugó con ellos sin prisa, excitándolos con la punta humedecida, logrando sensaciones que se desperdigaron por cada trazo de piel.

El aliento cálido mimaba su piel, y lo mismo sus yemas, que tocaron cada curva de su anatomía: la línea de su cuello, su

clavícula, su escote, sus aureolas, y luego en línea recta a su ombligo.

¿Qué más hacer que doblarse con placer, elevándose sobre sus talones, mientras su boca entonaba su nombre como un cántico?

Ilona estaba sobre estimulada, y quería más. Jadeaba, se mordía los labios para no gemir demasiado alto, musitaba su nombre... Y él sonreía y le daba más.

No hubo parte que él no tocara, en expedición sin apuros, e Ilona se redescubrió en ese trayecto.

Pero no era suficiente. Lo quería a él igual de urgido, exasperado en procura de la entrega. Por ello, se volvió entusiasta y se atrevió a lidiar con su cinturón y su cremallera.

Debajo se sentía el bulto firme de su erección, y se le secó la garganta. Quería eso, lo quería en su boca, en su coño. Estaba más allá de tontas vergüenzas que la ataran.

Lo tocó con temblor, con curiosidad, arrancando un quejido de Mason, y se apuró a bajar el jeans y el bóxer. En su gloriosa desnudez emergió una polla que se burlaba del promedio, larga, gruesa, y con una ligera curva a la izquierda.

Su mano fue a ella, por instinto, excitada. Ilona no era una mujer con vasta experiencia, pero tampoco una virgen. Pero dos novios, uno de ellos casto, no contaban como experiencia frente a este hombre de atractivo animal que la miraba con hambre, con deseo infinito.

Ilona supuso que tenían eso en común, y no retrocedió. Por el contrario, desnuda frente a él, lo observó sin cortedad. Con asombro y deseo.

Él volvió a besarla, esta vez más profundo. Más lento. Sus cuerpos se buscaron, piel contra piel, piernas enredadas, respiraciones cada vez más rápidas. Ardían, se quemaban, y sus manos no se cansaban de tocarse, de explorarse.

Mason maldijo y la elevó, tomándola por sus glúteos, que acarició, y la llevó con él, rápido, su polla dura golpeando contra la intimidad de Ilona mientras se movía.

Empujó una puerta con su hombro, mientras su boca derramaba miel en la oreja de Ilona:

—Bella mujer, me tienes al borde de la locura… No he deseado a nadie así, nunca… Tu piel… Tus labios…

Ilona se apretó contra él, sus miembros vueltos tentáculos, y se restregó sin escrúpulos sobre su abdomen, buscando la fricción que necesitaba.

Él se agachó y la depositó sobre el lecho, y abrió sus piernas, que acomodó para que quedasen dobladas y apoyadas sobre los talones. Entonces, su boca y su lengua tuvieron una fiesta en su coño.

—Oh, por favor… Sí, sí…—estalló Ilona en un cántico, alentando a la lengua que parecía estilete y pala a la vez, distribuyendo su humedad, paladeándola, trazando su vulva, y enloqueciendo su clítoris.

Las manos enormes casi parecían poder envolver sus muslos, y la movieron a su antojo para masturbarla con determinación.

—Tan jodidamente delicioso, como sabía que sería… Joder, este coño… No puedo parar de devorarlo, pero… Quiero mi polla aquí, justo aquí—dijo, su lengua moviéndose alocada en su entrada, y luego fueron dos dedos.

—Mason… Quiero… Dame…

—Todo te daré, no lo dudes—dijo él, incorporándose rápido, su faz roja, sus ojos sobre Ilona, como idos, el placer obvio, feroz—. Pero me temo que esta primera vez… Será rápido… No puedo más, necesito… Pero no, no, espera…

Se alojó, e Ilona gruñó, despertando la risa de Mason, que se apuró a romper el plástico del látex con el que envolvió su polla, y vino otra vez, sus ojos clavados en los de Ilona.

Su polla se colocó en su entrada y pujó, entrando como un cohete al cruzar la barrera de la atmósfera, e Ilona lo recibió con gula, apretándose contra él, cerrando sus pantorrillas sobre su espalda, y lo que siguió fue loco, salvaje, puro placer animal.

No tuvo dudas de su necesidad de poseerla, pero las de ella rivalizaban a la perfección, y se maravilló de la perfección entre

ambos, que conectaban a nivel físico como no había experimentado antes.

—Joder, mujer, me vuelves loco…—dijo él, pujando en ella, tocando lugares que provocaban la locura en Ilona.

O tal vez era la combinación de todo, sus manos, su mirada, sus yemas, sus labios besándola otra vez, y su polla elevándola.

Ilona se aferró a sus hombros, al ritmo, al calor. Mason murmuraba cosas contra su cuello, palabras ininteligibles, rotas, como si no supiera cómo expresar lo que sentía.

Y ella respondía con el cuerpo, con la espalda arqueada, con las uñas en su piel, con sus caderas siguiendo cada movimiento.

El final llegó más rápido de lo que quisiera, y fue al unísono, con un suspiro que se volvió gemido en ella, y un grito de desahogo en él. El temblor que les envolvió fue conjunto, y los dejó sin aliento, exhaustos.

Luego, él la atrajo hacia su pecho, y rodeó su pecho con sus brazos, con ternura, besando su sien mientras la acurrucaba y lidiaba con un cobertor para taparlos.

Ilona cerró los ojos y por primera vez en días, estuvo en paz, tranquila, sedada, y el sueño vino rápido. Estaba protegida. Saciada. Feliz.

++++

Mason apoyó la cabeza en su palma, elevándose para observar a Ilona, que dormía acurrucada contra él, su cabello oscuro derramado en la almohada, una mano sobre sus ojos y la otra sobre el pecho del mismo Mason.

Desnuda, la sábana drapeada sobre un muslo y las caderas, dejando afuera sus senos y la otra pierna, lanzada despreocupadamente sobre las suyas.

Mason la miraba con una intensidad que no se permitió sentir hacia otra mujer. Nunca, hasta ahora.

Su espalda era una curva perfecta bajo la luz tenue, el perfil de su rostro, sereno y delicado, dibujaba una belleza que no necesitaba adornos.

No había artificios en ella. No había máscaras. Era pasión y dulzura, fuego y agua, todo entrelazado en una sola alma.

El pecho le dolía de tanta ternura. Recordó las palabras de Ava, dichas en voz baja una tarde cualquiera, cuando hablaban de lo que significaba encontrar a alguien de verdad:

<<Cuando es para uno, Mason... el cuerpo lo sabe. El alma también. Nada se siente igual. Con otro, es solo roce... Con el alma correcta, es como volver a casa.>>

Cerró los ojos por un momento, sintiendo el peso de esa certeza ardiendo en su sangre. Había estado con muchas mujeres. Había conocido el placer en sus formas más crudas, más salvajes, más vacías.

Pero esto… Esto era otra cosa. No era solo el cuerpo. Era el todo. La forma en que Ilona había suspirado su nombre entre besos. Cómo lo había dejado guiarla, cómo había tomado también su placer sin timidez, confiada, segura, entregada.

Mason se sabía un hombre duro, forjado entre violencia y lealtades rotas, pero en ese momento se sintió vulnerable de la forma más hermosa. Deseaba ser el refugio de esa mujer.

El que la cuidara. El que la adorara cada maldito día de su vida. Y la idea no lo aterraba. Lo completaba.

Ilona se removió suavemente, murmurando algo en sueños. Sonrió contra su pecho, frotándose como una gata en busca de calor.

Mason rio bajo, envolviéndola con sus brazos, protegiéndola del frío que no existía. Ella abrió los ojos lentamente, pestañeando con pereza. Y al mirarlo, sonrió.

Una sonrisa tranquila, segura. Como si no hubiera dudas entre ellos. Ilona deslizó los dedos por la línea de su mandíbula, rozándola con la yema, como si aún necesitara comprobar que era real.

—Tienes un aura extraña—murmuró, en voz tan baja que parecía formar parte de la respiración misma.

Mason arqueó una ceja, curioso, divertido.

—¿Sí?—preguntó, rozándole la cadera desnuda con una caricia lenta—. Pensé que me habías catalogado ya.

Ilona rio suave, y su tono musical fue uno más de los sonidos de ella que Mason grabó en su cabeza, junto a los gemidos y sonidos perfectos que brotaban en el pico del placer.

—No es tan simple—Se incorporó un poco, apoyándose en un codo para poder verlo mejor—. Tu aura... no es clara. No es luminosa como la de los inocentes, pero tampoco es oscura como la de los malvados.

Mason ladeó la cabeza, intrigado.

—Entonces, ¿qué soy?

Ella recorrió su torso con una mano, como si pudiera leerlo con los dedos.

—Eres como un bosque espeso—Su mirada se perdió en la suya —. Denso, salvaje, lleno de vida... pero también de sombras. No es un lugar para cualquiera. Solo quien sabe lo que busca puede entrar y no perderse.

Mason tragó saliva, impresionado de lo que aquellas palabras le hacían sentir.

—No sé si creer en eso—admitió, rascándose la nuca con una sonrisa—. Pero si me lo dices tú… empiezo a querer hacerlo. Y eres bienvenida a mi monte—movió sus cejas, y ella sonrió.

Luego, le acarició su rostro, lenta, reverente, como si sus facciones fueran algo sagrado que no se debía apresurar.

—Eres hermoso—susurró—. No como una joya brillante o algo fácil de admirar. Hermoso como la calma después de la tormenta. Como la fuerza que sostiene a los demás cuando todo parece caer.

Mason cerró los ojos un instante, porque esas palabras calaban en lo más profundo de su alma endurecida. La besó en la frente, con una ternura que le era ajena pero que nacía sola cuando estaba con ella.

—Tú…—murmuró—. Tú eres la única mujer que me ha hecho desear detenerme. Y no solo por sexo.

Ilona sonrió, juguetona.

—Y pensar que casi no te dejo entrar a mi local…

Él soltó una risa ronca, abrazándola con más fuerza.

—Si me dejas, no voy a salir de tu vida.

Era una promesa, aunque sonara vana. La esperanza de que esto fuese más que un ligue lo sorprendía. Pero lo aceptaba. Ella era el perfecto refugio permanente que no había sido consciente de que necesitaba. Ahora que lo veía, no daría un paso atrás.

—¿Ni siquiera si leo en tu mano que lo harás?—lo provocó ella, rozándole los labios con los suyos.

—Inténtalo—desafió Mason, ofreciéndole su mano abierta.

Ilona la tomó entre las suyas, pequeña y frágil en comparación, y recorrió las líneas de su palma como si fuera una cartografía secreta.

—Veo fuego. Una tormenta. Deseo—Se detuvo, y añadió en un susurro—. Y, tal vez, más, pero eso… No será claro hasta que tú lo admitas, o entiendas.

Mason le besó la muñeca con una devoción casi religiosa.

—¿Ves muerte?—bromeó él, en voz grave.

Ilona negó con dulzura.

—Solo si me dejas sola.

Mason cerró la mano en torno a la suya.

—Ilona... no sé a dónde nos llevará esto. Pero te juro, nunca he sentido tanto con alguien.

—Y eso que apenas me estás conociendo. Imagina lo que podría pasar si me das unos días—dijo, y rio fuerte. Un sonido rasposo y súbito, disociado de su dulce voz.

Entonces fue el turno de reír de Mason.

—Alguien tan bello, y con una risa tan extraña.

Ella lo golpeó en el pecho, sin calor, y rodó los ojos. Luego, los cerró, recostándose otra vez en su pecho, en paz .

Mason apoyó su barbilla en su cabeza, aspirando su aroma de mujer, de vida, de destino. Y en silencio, agradeció por esa noche, por esa oportunidad que la vida le estaba dando.

Porque esto se sentía… Con futuro. Permanente. Posible.

Capítulo 24

El aroma a café recién hecho flotaba en el aire, mezclándose con el perfume suave de cuero viejo y el calor tibio del sol que se colaba por la ventana.

La casa parecía suspendida en un instante perfecto, como si el mundo exterior no pudiera tocarlos.

Mason estaba en la cocina, apoyado contra la mesada de madera, sin camiseta, el cabello desordenado y un gesto que era mitad alerta, mitad paz. La luz acariciaba su espalda ancha, sus tatuajes visibles como historias escritas en su piel.

Ilona lo observaba desde el sofá, envuelta en una manta ligera, aquilatando lo que habían compartido, lo físico y lo emocional. Tenía tanto que deseaba saber.

Su cuerpo todavía recordaba el tacto del suyo, el ritmo compartido, la manera en que sus palabras, las dichas y las no dichas, se habían grabado en su piel.

Nunca se había sentido así. Expuesta, abierta a recibir y dar, sin dudas. Protegida y contenida.

Lo que les conectaba no era solo deseo, así lo sentía. Era la certeza de pertenecer. De haber encontrado, en la vastedad del mundo, un refugio que no sabía que necesitaba.

Las palabras feas y duras de Desirée se colaron en su mente, como solían hacerlo los venenos. Le había dicho que Mason se divertía con ella, que era una distracción pero que volvería a las Gatitas, a su mundo.

Era posible, sí, y dolía pensarlo. ¿Quién podía jactarse de entender los entresijos del alma y la mente humana? Mas, no podía vivir temiendo.

La duda estaría, y le dolía un pelín la posibilidad. Podría traerle dolor en el futuro. Pero elegía creer en este hombre, en este Mason que la había hecho volar, estallar de placer, pero también emocionar con su amor por su familia y las confesiones sobre su pasado.

Mason giró apenas la cabeza y le sonrió de lado, una de esas sonrisas que hacían que el pecho de Ilona se apretara sin dolor.

Esto, a esto se refería: él la miraba sin dobleces, su energía era limpia, cada pista que Ilona podía leer contaba de su integridad.

E Ilona era fiera en su defensa de las herramientas de su cultura. ¿Qué importaba si era clarividencia, o adivinación, o sabiduría? Le hablaban, y todas a favor de vivir.

¿Qué había margen de error? Pues claro, si el mundo era caos. No voy a dejar de disfrutar de esto tan maravilloso porque una mujer resentida me acosa, y al que creía suyo.

Mason es mío. Por hoy, por el tiempo que sea, pero… Somos realidad.

—¿Quieres más café?—preguntó él, ajeno a sus dilemas, y ella asintió, volviendo al momento.

—Sí, por favor —respondió.

Lo observó moverse, preparar la taza. Su tamaño no condecía con la gracia y la naturalidad poderosa que imprimía en cada gesto.

Era fuerza controlada. Calma contenida. Nadie que viera a ese hombre pensaría que era capaz de tanta ternura. Y pasión. Bueno, esa si podía ser imaginada, suponía.

Ternura y pasión que ella sintió en cada caricia, en cada beso, en cada palabra susurrada contra su piel.

Estaba a punto de decir algo, de hacer un comentario sobre cómo parecía que el tiempo mismo se hubiera detenido, cuando el teléfono de Mason vibró sobre la encimera. El mundo externo, pensó, suspirando.

Él miró la pantalla y su expresión cambió de inmediato. Como un trueno silencioso que atravesara la serenidad de la mañana.

Ilona sintió el cambio en el aire antes de que él respondiera. Se incorporó ligeramente, manteniendo la manta sobre los hombros.

Mason contestó en voz baja, sin poner altavoz. Pero no hacía falta: su cuerpo, su mandíbula tensándose, sus ojos endureciéndose, le dijeron todo.

—¿Qué clase de mensaje?—preguntó, la voz tensa—. ¿Cifrado? ¿Estás seguro?

Hubo una pausa.

—Voy para allá.

Colgó y se quedó un segundo mirando el aparato, como si quisiera aplastarlo con la sola fuerza de su voluntad. Cuando alzó la vista, sus ojos buscaron los de Ilona. No había alarma en ellos, pero sí gravedad.

—Zoltán está preparando algo grande—dijo, sin rodeos—. Zero interceptó una cadena de mensajes encriptados. Se mencionan varios lugares del barrio… y una sigla que puede estar vinculada a un nuevo cargamento.

—¿Es grave?—preguntó Ilona, con un hilo de voz.

Mason asintió despacio.

—No podemos ignorarlo. Si queremos destruirlo, cada golpe debe ser asestado en el momento justo.

Ilona sintió un nudo cerrándole la garganta. La fea realidad había vuelto a golpear a su puerta.

No quería que este momento terminara, pero las burbujas se rompían, ese era su destino. *No seas dramática, esta es la primera noche, y habrá otras.*

Eso esperaba, en eso confiaba. Justo entonces, su móvil vibró, y se apuró a buscarlo entre los almohadones del sofá, inclinándose para tomarlo de su bolsa bajo el mueble. La risa de Mason la envolvió.

Cuando vio que era su madre quien llamaba, se apuró a contestar.

—Sí, Mama... No te preocupes, estoy muy bien—contestó en húngaro, la voz lo más serena posible—. ¿Qué ocurre?

—Nada, hija, tranquila. Estaba preocupada. ¿Vendrás?

—Sí, en un ratito estoy ahí. ¿Están Lázsló y Domi bien? ¿Papá?

—No te inquietes, mi niña. Los moteros están por todos lados, estamos protegidos. Te espero.

Colgó, todavía con el eco de la preocupación materna en los oídos. Mason cruzó la distancia que los separaba en tres pasos largos, y la sacó de su distracción.
Se agachó frente a ella, le acarició el brazo con una ternura que contrastaba con la rigidez que dominaba su cuerpo.

—Te llevo. Debimos avisar a tu familia que no volverías anoche. No pretendí preocuparlos—dijo, y ella asintió.

La verdad era que ella lo olvidó, enredada como estuvo en sus emociones y pulsiones. Pero que él demostrara con palabras que le importaba que su familia estuviese en paz lo enaltecía.

—¿Otra vez tendré el honor de montar el asiento trasero de tu Harley?—intentó bromear, buscando recuperar un poco la ligereza que les rodeó antes.

Él negó, la seriedad intacta en sus rasgos.

—Ese es tu lugar, no lo dudes, pero te llevaré en mi camioneta— Su mano se cerró suavemente sobre la suya—. No quiero que estés expuesta. No hay precaución innecesaria.

++++

El trayecto fue corto, pero en el interior de la camioneta, el tiempo se sintió suspendido. Ilona iba en silencio, con las manos apoyadas sobre las piernas, los dedos entrelazados.

Cada tanto, robaba una mirada al perfil de Mason: mandíbula firme, ceño concentrado, una mano suelta sobre la palanca de cambios, la otra sobre el volante. Sus tatuajes llamaban a sus ojos, hermosos diseños tribales bajo las mangas enrolladas.

De seguro había mucha historia detrás de esos, y de los otros que había descubierto en su pecho y caderas. Se mordió el labio y miró afuera cuando un estremecimiento la recorrió.

Recordar lo vivido, lo disfrutado, el placer, fue revivirlo, y reverenció la posibilidad, porque la hacía sentir más viva que nunca.

El tacto de sus manos en su espalda desnuda, la forma en que le acariciaba el cabello, el modo en que la había mirado cuando creía que dormía.

Pasión y ternura en un combo imposible, a priori, en un hombre tosco y con un pasado rudo. Mason era mucho más complejo que eso.

No había habido grandes declaraciones, ampulosas, pero sí frases de conexión que iban más allá del deseo. Ilona estaba segura de que habían entretejido hilos de sus vidas, y esa convicción era exhilarante, intensa, latía en su pecho.

Se sentía suya. No en un sentido posesivo, no. O sí, y no le molestaba, porque el de Mason no era un reclamo machista y físico, solamente.

Era protección y libertad al mismo tiempo, un poseer y dejar ser a la vez. *¿Cómo estás segura? No le conoces tanto.* Frunció el ceño, y reprendió a la vocecita por alentarla a desconfiar de sí misma.

Estaba convencida que podía abandonarse en esos brazos, en su lecho, y que él la dejaría volar en busca de lo que le hacía bien. Era una convicción absoluta, y no creía equivocarse con él.

Mason frenó frente a la casa con suavidad. Dejó el motor en ralentí unos segundos y giró levemente hacia ella.

—¿Estás bien?

Ilona asintió, con una sonrisa pequeña pero real.

—Gracias por traerme.

—No tienes que agradecerme por cada pequeño gesto, Ilona. Lo hago porque me gusta estar contigo. Pero además, es necesario que te muevas acompañada—la miró con seriedad, y tomó su mano—. Estoy haciendo lo posible para que esta pesadilla termine para ustedes— Que Zoltán y ahora Desirée te tengan en su mira… Me preocupa, por eso mi insistencia.

—Lo sé, lo entiendo, y créeme, no haré nada para ponerme en riesgo. Pero quiero que tú te cuides, Mason. Zoltán y los suyos son peligrosos, no te confíes, por favor—le rogó, y se inclinó hacia él para besar su mejilla.

Su piel estaba tibia por el sol y su barba la rozó y creó una sensación perfecta en sus labios. Mason envolvió su cabeza y la atrajo para besarla larga y apasionadamente.

Ilona tomó sus hombros y dejó que sus labios la anclaran a la seguridad y a la esperanza de más de él, de ambos. Pronto.

—Cuídate—dijo él, ronco, al separarse.

Ella asintió y bajó del vehículo con renuencia. Costaba separarse luego de lo que compartieron, incluso cuando iba a su hogar, con los suyos. Saludó con su mano y él sonrió y condujo lento para marcharse.

Cuando dejó de mirar la camioneta en retirada, percibió que dos moteros la observaban, apostados sobre sus motos, uno de ellos fumando. Sonreían, y murmuraban entre ellos, y la saludaron.

—Señorita, ¡buenos días! Estamos aquí para lo que necesite.

—Gracias—dijo, tímida—. Les llevaré café en un ratito.

—Aw, ¡qué encanto! El Presi no pudo elegir mejor—dijo el que parecía más osado—. Soy Madman, y este grandote es Bulldog.

—Bien, les agradezco…

—¡Ilona, querida!—Su madre salió entonces, apurada, y la abrazó —. ¿En qué pensabas? ¿Desaparecer así, sin avisar?—la reprendió, y cortó su disculpa—. Nada, nada, ya me envió un mensaje de disculpas ese hombre, Mason.

¿Oh? Caray, eso era… Muy caballero de su parte. Otro detalle que sumaba en la columna de positivos con él.

—¡Mamá de Ilona! ¿Tiene más de esos…?—Madman se rascó la cabeza, y el otro le asestó un golpe leve y le gruñó algo—. ¡Esos, fánk! Los buñuelos con mermelada y azúcar.

Ilona rio y su madre suspiró largo y puso los brazos en jarra, mirándolos con severidad.

—Está bien, venga por ellos, pero son los últimos—respondió, y tomó a Ilona por el brazo y la condujo adentro—. Virgen Santa, ¡cómo comen esos hombres! Espero que no piensen que voy a pasarme en la cocina para mantenerlos alimentados.

—No, mami, no creo que lo piensen, pero tus fánks…—sonrió, y la besó en la mejilla—. Son la gloria.

La miró, ojos entrecerrados, y dibujó una leve sonrisa.

—Te sienta bien estar feliz, Ilona. Solo… ten cuidado.

—Sí, madre—dijo, con seriedad.

Era afortunada de tener una familia y un hombre… No iba a etiquetarlo, no iba a etiquetarlo… ¿Novio, amante, ligue? Joder, era difícil no ponerle nombre a las sensaciones, y al vínculo que moría por profundizar.

Capítulo 25

Deslizándose por el asfalto y con el sol al frente, Mason comandaba la formación de motocicletas. Viper, Reaper, T Bone y Torque completaban la formación.

Mason sabía que las bromas llegarían; no dudaba de que Madman había informado a los demás de que había dejado a Ilona más temprano.

Eso, más su comportamiento, que estaba lejos del habitual, hablaba volúmenes de cómo la vida se le había dado vuelta. Un giro dramático que estaba rodeado de complicaciones, pero él no era un hombre al que la vida le sonriera y brindara las cosas fáciles. Y así le gustaba.

—Increíble que tuvieras que recurrir a la Harley del club, y todo porque te ha dado por manejar esa camioneta mastodonte tuya—dijo Torque, su tono zumbón—. ¿Qué pasó con tu motocicleta adorada, Mason? ¿Es que está en el taller?

Gilipollas, pensó.

—Mi Harley está perfecta, aceitada, cromada, y lista—gruñó Mason.

—Ajá. ¿Y entonces por qué la dejaste guardada? ¿Es que la veneras tanto que temes que esos mafiosos le hagan algo?—siguió preguntando Torque.

—Joder, viejo, no me hagas acordar de cosas terribles—dijo T Bone, y su voz mostraba lo malo que lo ponía la memoria de cuando los Ravens casi habían destruido su motocicleta.

Hubo un silencio, pero no duró. Reaper fue el que trajo de nuevo el tema, para disgusto e impaciencia de Mason.

—Mason tiene mucho en su plato, y se entiende que necesite una caja ambulante para resguardar a esa mujer—dijo—. Madman me dijo que parecía un cochero de los de antes.

—¡Como el de aquella peli…! Es una de las viejas, pero buena… Conduciendo… *Conduciendo a Miss Daisy*—completó T Bone,

exultante, y Mason suspiró con frustración creciente.

—No creo que Mason tenga la paciencia de Morgan Freeman, que era el actor. Ni que la Lakatos fuera en la parte trasera—se unió Viper, seco pero divertido—. ¡Cómo cambia todo! El hombre que decía que las cuatro ruedas eran para los débiles… ahora las elige para cuidar a su…

Mason soltó aire por la nariz.

—Suficiente—dijo, su ceño fruncido—. Es lógico que no exponga a una de las personas que protegemos, y menos luego de que ha sido agredida y es blanco…

—Oh, pero si la preocupación es esa, no te inquietes. Daré la orden que de aquí en más, la conduzcan en vehículo o motocicleta cualquiera de los chicos de guardia—remató Reaper, pretendiendo casualidad.

Como si pudiese, el muy bastardo, con la gravedad y falta de sentido del humor que le caracteriza, pensó Mason.

—¡Dejen de tocarme los cojones, y concéntrense!—ordenó.

—Solo como agregado final, porque odio las conversaciones incompletas…—dijo Viper—. Esa mujer… No es cualquiera para ti, Mason, confiésalo. Has caído duro.

—¡Mira quien habla!—rio T Bone, y hubo un coro que inundó el casco de Mason, que respiró hondo y aceleró.

No podía esperar a alcanzar la sede de los Reyes de Sacramento.

—Aww, ¡qué sensible!—dijo Torque—. Solo confiesa, dilo en alta voz. Ella se montó en el asiento trasero de tu Harley, y eso no fue sin invitación. Fue una declaración muda, pero enorme. ¿La primera vez que alguien se sienta ahí desde…?

—Nunca hubo nadie—interrumpió Viper, dando el veredicto—. Hasta la Lakatos, Mason no permitía a nadie en su bebé.

Tenían razón los jodidos, pero no les daría el placer de asentir ni reconocer lo que todavía era nuevo en su cabeza. Quería cuidar la sensación, volverla comprensible para sí mismo.

—Tarde o temprano, todos caeremos —dijo Torque, más serio.

—Habla por ti, cateto—murmuró Reaper.

Mason no dijo nada, solo aceleró, dejando que el motor hablara por él, y agradeció cuando la sede del otro club se alzó frente a ellos, como una fortaleza industrial. Bloques de hormigón gris, puertas metálicas reforzadas, y un cartel con su emblema, todo rodeado por una reja.

El prospecto de guardia les abrió el portón y los cinco entraron con aplomo. Había sido terreno enemigo una vez. Hoy, era algo distinto.

Había paz entre ambos clubes, trabajaban juntos en situaciones como las que los traían hoy aquí, y el respeto era la pauta entre los presidentes y los comités ejecutivos de los Reyes y los Caballeros.

Fury, el presidente, los esperaba en la entrada del edificio.

—Bienvenidos—dijo, serio, compuesto.

El cabrón era parco, iba al asunto, sin dilaciones, y eso le gustaba a Mason.

—Gracias por recibirnos. Y por ayudar. Ya lo he dicho, pero como las cosas se complican día a día y seguiremos necesitando de tu club, me repito—dijo Mason, y dejó el casco sobre la moto para avanzar.

Viper, Reaper y Torque vinieron detrás. Hubo saludos secos, golpes de puño, miradas medidas. El aire estaba cargado de historia. Pero también de necesidad. Habían colaborado antes, en tiempos más crudos, contra clubes como los Riders y los Ravens.

El enemigo era más serio, más organizado y peligroso esta vez, y no era Zoltán la principal preocupación, sino quienes estaban detrás de él. Sus jefes, la Bratva.

Hustle, el esposo de su hermana y Enforcer de los Reyes, apareció por una puerta lateral. Estoico, como siempre, su mirada se paseó por los Caballeros y terminó fijándose en él.

—Mason—dijo simplemente.

—Hustle—respondió Mason, asintiendo—. ¿Cómo está mi hermana y mis pequeños?

—Mejor que nunca—respondió, y sonrió.

Sí, su hermana era la única que podía hacer que esa boca mostrara dientes de manera amistosa, consideró. Era una suerte, porque no podía pensar en alguien más feroz y protector con lo suyo que este cabrón.

Su hermana estaba cuidada, y eso era un alivio inconmensurable para Mason.

—Nos va a quedar chica la sala—dijo Patriot, el vicepresidente de los Reyes, que hizo gesto para que entrasen.

Pasaron por el bar del club, que había sido renovado y hubo comentarios y pullas de algunos que estaban en la barra, Baldie en especial, el moreno secretario de los Reyes.

T Bone y Torque respondieron en el mismo tono, y el ambiente se distendió, al menos hasta que estuvieron ubicados en el recinto donde se reunían los directivos del club.

La sala de reuniones era sobria, con un largo tablón de madera, sillas de respaldo alto, pantallas colocadas al fondo.

Skull, el hacker de los Reyes, estaba sentado con su portátil abierta, y lo mismo Zero, que había venido antes. Ambos encorvados lado a lado, intercambiaban datos y tecleaban, sin prestar atención al entorno.

—Bien—dijo Fury, tomando asiento a la cabecera, y esperando a que todos se ubicaran—. Vamos a lo importante.

—Nos gusta ese estilo—asintió Viper—. Poca charla, pura acción.

—Lamentamos lo que pasó a su salón de tatuajes. Viper, fue un alivio saber que tú y tu vieja salieron ilesos.

—¡Jodidos mafiosos!—rezongó Patriot—. Sacamos uno de circulación y aparece otro.

—¡Pero si son los Caballeros en nuestra sede! ¡Qué visita tan prestigiosa!—dijo Ice, interrumpiendo la reunión.

El jodido Capitán de ruta de los Reyes era un gilipollas.

—¿Qué pasó, príncipe? ¿No hay nada para hacer en la cocina del club?—dijo Torque, y hubo risas, que el mismo Ice compartió, aunque su saludo de puño tuvo un poco más de fuerza de la necesaria.

Que trabajasen juntos o se tolerasen no significaba que coincidiesen en todo. Sí en lo esencial: Sacramento debía ser cuidada, porque aquí estaban sus familias, sus amigos, y sus clubes.

—Comencemos—indicó Fury, y Skull se incorporó y encendió la gran pantalla plana en uno de los lados de la habitación, hacia la que todos miraron.

Lo que apareció en principio fue una imagen granulada que parecía captada por una cámara.

—Esto se grabó anoche. Es de una cámara de vigilancia en un galpón del este de Sacramento. Es la zona que antes ocupaban los Riders, que ahora es tierra de nadie. O eso creíamos.

Mason se inclinó adelante cuando la imagen mejoró, y en foco apareció Zoltán, escoltado por dos hombres de complexión pesada, uno de ellos con una cicatriz en el cuello.

Del otro lado, esperándoles, y luego frente a ellos, un trío de tipos claramente latinos. Camisas entreabiertas, cadenas gruesas y acento marcado, que se distinguió en algunas palabras sueltas captadas por la cámara.

Estaban armados, y no lo hacían secreto. Era una manera de amedrentar. Necesaria, dado que eran dos fuerzas pesadas las que se reunían.

—Esos son integrantes del cártel de la Frontera Sur—murmuró Reaper—. Reconozco al líder. Vino a nosotros hace unos años, quería usarnos para traficar.

—Lo recuerdo—dijo Viper, sus ojos achinados—. Lo mandamos a tomar por culo, y no le gustó nada.

—Bastardos peligrosos y sin límites—dijo Patriot.

—Los Riders y luego los Ravens hicieron su trabajo sucio, pero con la derrota de los dos clubes…—dijo Fury.

—Estos mafiosos tuvieron el camino libre—completó Reaper.

—No se pudo captar toda la conversación, pero…—dijo Zero.

—No hay que ser muy brillante para entender qué pasa ahí—dijo Mason.

—Zoltán está vendiendo armas—añadió Zero—. Pero no son nuevas, como las que confiscamos antes. Miren esas cajas. Esas deben ser robadas, tal vez a algún otro grupo rival…

—Eso no parece algo que la Bratva auspicie. Es ingreso menor—dijo Ice, ceñudo.

—No si la cantidad es grande. Pero sí es cierto que sus jefes manejan otros volúmenes—dijo Mason, pensativo.

—Ese bastardo está negociando por su cuenta, trabajando con su agenda personal, paralela a la de los rusos.

—Ese es un juego peligroso—dijo T Bone—. Aunque el húngaro tiene ese tipo de actitud arrogante… Cree que es más inteligente que los demás.

—Lo está demostrando en el abuso sobre su colectividad. Se cree un reyezuelo—masculló Mason, y algo de la ira que sentía hacia Zoltán se debió colar en su tono, porque Fury y Hustle le miraron con atención.

—Se quiere forrar, y armar su reino en nuestro territorio—resopló Viper—. Y va a conseguir que la violencia escale en la ciudad, los alrededores y la frontera si continúa traficando armas. Estas van a los delincuentes comunes, a las bandas locales, a los clubes equivocados.

—Debemos detenerle. Ya no es solo una cuestión de defender gente inocente y asediada, debemos adelantarnos a su juego—insistió Mason.

—Esto que vemos no es todo—intervino Skull—. Hace dos noches, pasó esto.

Cambio de imagen. Mason parpadeó. El manejo que los hackers hacían de las cámaras de tráfico, de drones, de los dispositivos y sus ubicaciones, era francamente temible. Por fortuna estos dos cabrones estaban de su lado.

Mason se hizo atrás al ver la imagen. Era en el interior de un restaurante muy lujoso. Zoltán estaba vestido con un traje impecable, sonriente y relajado, o al menos eso parecía.

Frente a él estaba sentado un hombre de expresión gélida, traje oscuro, espalda recta.

—Ese es Anatoly Barinov—dijo Fury—. Bratva pura. Maneja la zona norte de San Francisco. Sube y baja órdenes de Moscú.

A su lado, una joven de rostro sereno y ojos de un celeste imposible. No era hermosa en un sentido tradicional, pero su costosa vestimenta la hacía aparecer altiva y elegante.

Se removió más de una vez, y su mirada iba de un hombre al otro, aunque la conversación no parecía tener que ver con ella.

—Joder, ¡qué mujer!—dijo Reaper, y Mason le miró, confundido.

No parecía el tipo del Sargento de Armas. Aunque, ¿qué sabía él? No era como si Reaper fuese de los más activos en sus ligues, al menos en el club.

—Esa es la hija del ruso—dijo Zero—. Eva Barinov. La prometida de Zoltán.

—¿Es el yerno de uno de los grandes jefes, y por otro lado intenta crear su pequeño imperio?—dijo Patriot, verbalizando lo que todos se preguntaban.

—Y además, persigue a la Lakatos—agregó T Bone, rascándose la barba.

Mason sintió deseos de darle una hostia por traer a Ilona a la mesa.

—¿Quién es esa Lakatos?—preguntó Ice, el picaflor cotilla que era.

Aunque desde que tenía a su vieja, eso había cambiado, pero… A Mason no le gustó la mención de todas formas. Posesivo que se sentía con ella.

—Oh, es una bonita mujercita de la colectividad húngaro—americana a la que Zoltán aterroriza y quiere para sí—dijo T Bone, casual.

—Aunque no contaba con que Mason…

—Vayamos al punto—interrumpió este, desesperado por evitar ser el tema central de la reunión, porque los moteros más rudos, en grupo, podían ser los cotillas más extremos.

—Tenemos que saber si Zoltán está engañando a la Bratva—dijo Zero, trayendo la conversación sobre los rieles adecuados, y Mason ignoró los rostros risueños que le miraban, sabedores de que escondía algo.

—¿Sabemos dónde se hospeda Barinov? Sería bueno tenerlos vigilados, incluso… Visitarles —preguntó Mason.

—Están en un hotel exclusivo cerca del Capitolio—respondió Skull —. Pero no podemos ir a él solo con estas imágenes. Investigué, y Zoltán ha ido escalando en las jerarquías por años. Desde el chico de los mandados hasta la posición de liderazgo local. Para que la Bratva actúe, necesitamos pruebas reales de traición.

—Necesitamos audios donde se le escuche hablar de sus planes, de sus negociados—afirmó Zero—. He ido armando una carpeta, no se inquieten. Pero hay que tener pruebas más contundentes. Y vamos a conseguirlas.

—Estamos trabajando en el rastreo de dispositivos en sus coches de seguridad—siguió diciendo Skull—. Vamos a pinchar sus celulares o el de algún idiota que los acompaña. Necesitamos algunos hombres que le sigan, que se acerquen y puedan captar conversaciones. Asediarlo y armar un caso contra él.

—Eso tomará tiempo, recursos y hombres—dijo Patriot, práctico —. Estamos dispuestos a colaborar.

—Eso necesitamos. Asumiremos los gastos, por supuesto—dijo Mason—. Nos faltan oídos, gente. Las guardias que establecimos en nuestras propiedades y entre los de la colectividad nos han drenado de activos, por ello contratamos una agencia de seguridad.

—Cuenten con nosotros—indicó Fury—. Hustle y Reaper pueden organizarlo.

Ambos asintieron. Lo que siguió fueron cuestiones prácticas, logísticas. Zero y Skull intercambiaron más información técnica. Se coordinaron turnos, cruces de vigilancia, y acceso a archivos que podrían abrir nuevas rutas de pruebas.

Mason respiró más liviano al salir, y con la certeza de que las próximas 72 horas cambiarían el juego. Esperaba que fuese a favor

de su club, y de la gente de Ilona.

El deseo de verla se agitó en él, y le sorprendió. Esto de echar de menos a alguien era nuevo para él, pero no lo molestó. Sus horas se sentían más livianas y alegres cuando estaba con Ilona Lakatos, lo había comprobado.

Y ahora que conocía la suavidad de su piel, a qué sabía su boca y la gloria que era la intimidad con ella… No quería echar marcha atrás.

Capítulo 26

La música del Inferno no era como Ilona había imaginado. No atronaba ni saturaba los sentidos. Se sentía como un pulso bajo el suelo, constante y grave, como un corazón grande latiendo en lo profundo.

Las luces tenues teñían el salón en tonos cálidos, entre ámbar y rojo. Había humo, sí, y risas fuertes, y un aroma mezcla de cuero, whisky y algo especiado, como canela y clavo.

Ilona caminaba tomada de la mano de Mason, rodeada por la energía de ese mundo que no era el suyo. No parecía peligroso. Solo… ajeno.

Y él lo sabía. Lo sentía en la forma en que la sostenía, en la tensión que aún guardaba en los hombros. Tal vez temiera que ella diera media vuelta y saliera corriendo.

No iba a pasar. Ilona estaba dispuesta a ir a cada sitio que él llamara suyo, y a socializar con su gente.

Era un esfuerzo que podía hacer, porque quería permanencia en su vida. Lo había estado considerando, dando vueltas a sus sentimientos, y estaba clara en eso.

—Están ahí —murmuró Mason, y la guio hacia una mesa lateral, cerca del escenario.

Beatrix se puso de pie de inmediato. Sosteniendo su copa con elegancia, cruzó el salón sin dudar.

—Ilona. ¡Qué gusto!—dijo, y la abrazó con afecto sincero—. No sabes cuánto me alegra que estés aquí.

Ilona correspondió al abrazo, agradecida con su calidez. Habían seguido intercambiando mensajes, y si el café entre ambas se había pospuesto, era cuestión de tiempo para que pasara.

Habían descubierto intereses en común. Los moteros era uno, pensó.

—Gracias… No estaba segura de qué vestir, o si me sentiría bien en este ambiente. Soy un pelín ratón de biblioteca.

—Bueno, eso nos ha pasado a todas al principio —rio Beatrix—. Pero ya verás que te adaptas. Y no necesitas hacerlo si no lo deseas.

Desde la mesa, otra mujer las observaba con atención. La reconoció de inmediato, y de pronto, tuvo nervios. Esta era la hermana de Mason. Joder, ¿por qué no le había dicho que estaría?

Mason le tomó la mano, y la llevó con ella, sacando una silla para ayudarla a ubicarse, como el caballero que era.

—Ava, esta es Ilona. Ilona, mi hermana Ava—presentó Mason, sin más, e Ilona sonrió, y asintió.

—Mucho gusto —dijo.

—Encantada, Ilona. Mason, estás en falta. No me dijiste que era tan bonita.

Ilona se sonrojó, y Ava sonrió, y tendió su mano para apretar la suya en un gesto de confort que Ilona agradeció, y la distendió.

Mason se sentó a su lado, muy junto, pasando su mano, casual, por sus hombros.

—¿Verdad que es bella? Y es muy talentosa, además de dotada.

—¿Oh, sí? Mm, Mason, me sorprendes. ¿Estás tratando de venderme algo?—dijo Ava, zumbona, e Ilona sonrió.

—Nah—Se echó atrás—. Ella se vende sola.

Ava la miró, e Ilona no supo que decir.

—¿A qué te dedicas? —preguntó Ava—. Cuéntame todo, estoy que me salgo. Mason jamás me ha presentado a nadie. Pensé que no vería el día.

—Ava…—gruñó él, frunciendo el ceño, y ella rio.

—Tengo una tienda de antigüedades, que además restauro. Me especializo en temas religiosos y míticos. Y también hago lecturas de Tarot. Trabajo con piezas que tienen historia. Es algo que viene de generaciones.

Hubo un instante breve de silencio, interrumpido por una carcajada masculina que estalló cerca de la barra.

—Eso suena impresionante. Me quedé pensando en eso del Tarot —dijo Ava, e Ilona asintió.

—Sí, es lo que suele llamar la atención, pero mucho de mi trabajo es más aburrido.

—Ava, Ilona, tenemos que juntarnos. Una tarde con café y cartas suena muy bien—dijo Beatrix, y las otras dos asintieron.

Ilona se comenzó a sentir más cómoda, y Mason apretó su mano debajo de la mesa.

—Sería divino. Mason podría cuidar a sus sobrinos. Tendremos mucho qué contar. Puedo darte detalles vergonzosos de la niñez y adolescencia de mi hermano—dijo, guiñando un ojo y ganándose un resoplido de Mason.

Sí, Ilona veía lo interesante que sería reunirse. La pasarían bien.

—Voy a traerles mimosas, damas—dijo Mason—. Veo que están cómodas riendo de mí.

Hubo risas cuando huyó. Ilona sonrió y las miró.

—Sé que lo que hago no es tradicional. Algunos lo tachan de banalidades, de cortina de humo, pero… Se siente real.

Beatrix se apoyó en el respaldo de la silla, sonriendo.

—Pues a mí me encanta.

—No hay que tener la mente cerrada, eso es lo que quiero inculcar a mis hijos. El mundo es más que datos empíricos, y como está todo, un poco de espiritualidad es necesario.

Mason volvió con bebidas.

—¿Te sientes cómoda? —le preguntó, inclinándose un poco hacia ella.

—No pensé que lo haría… pero sí —dijo Ilona, sincera.

Él la miró largo. No dijo nada, pero su expresión se suavizó. Cuando llegó el esposo de Ava, Hustle, el ambiente no cambió, porque los dos hombres se abocaron a charlar bajo, mientras las tres cotilleaban sobre todo y nada.

Un prospecto joven se acercó con una bandeja, trayendo más bebida. Dejó las copas con destreza y sonrió al verla.

—Presi, ¿esta es su vieja?—le preguntó en voz baja a Mason.

Mason le miró con advertencia y el chico levantó las manos en señal de paz y se alejó rápido. Ilona parpadeó y sonrió, entibiada, y

Beatrix y Ava elevaron sus copas en señal de brindis, que compartió.

Poco después, T Bone llegó con su eterna media sonrisa y un par de botellas.

—¿Puedo unirme?—dijo, mirando a Mason—. ¿Es una noche normal o una celebración encubierta?

Mason resopló.

—Estamos tomando y charlando. Normal. Nada más.

—Ajá—ironizó T Bone, y miró a Ilona, sonriendo. Ella le respondió. No podía evitarlo, él era gracioso, y podía ver que le encantaba incordiar a Mason—. Pero yo creo que hay que celebrar. Es lo que se hace cuando viene alguien importante por primera vez.

—T Bone…

—Oh, ¿esa soy yo, importante?—dijo Ilona, atrevida después de su segundo trago-. Me halagas.

—Sí, bonita, tú…

Tomó su mano y le dio un beso en el dorso.

—Quita tu mano de ella—masculló Mason, e Ilona se tentó con su rostro tormentoso, porque los demás estaban disfrutando.

Viper apareció detrás, con un vaso ya en la mano.

—Qué intenso, hermano. ¿Hay algo que quieras contarnos?

—No creo que haya ciegos por aquí—murmuró Hustle, y Ava besó su mejilla.

—Buenas noches—uno de los hombres que había estado en su local, el más seco y compuesto, llegó entonces, y le tendió la mano, que ella sacudió—. Reaper, Sargento de Armas. No pude evitar notar que la diversión esta noche está aquí. Propongo un brindis…

—Reaper…—advirtió Mason, que había perdido la dirección del encuentro, e Ilona estaba fascinada por la camaradería, las chanzas, y también, lo que subyacía a estas.

Todos estaban convencidos de que Mason la trajo para presentarla, y ella también. Le faltaban palabras, y no le dieron tiempo, y eso lo hizo todo más natural. Ilona se sentía exultante.

—Por los encuentros que no se planean, pero te cambian la ruta.

Torque, que acababa de sumarse al grupo, soltó una carcajada.

—Y vaya cambio… ¡El jefe ha caído!

—¿Es que todos van a venir a esta mesa?—gruñó Mason, y hubo risas, un par de palmadas en la espalda, empujones.

Energía ruda pero auténtica. Mason se inclinó, su boca cerca de su oído.

—Te ves bien aquí.

Ella giró el rostro. Lo miró. Bajó un poco la mirada, pensativa.

—No me siento fuera de lugar.

Él asintió.

—Me gusta que sea así.

Apoyó los labios en su sien y dejó un beso que se sintió como un sello, y hubo silbidos.

—Cabrones entrometidos—gruñó él.

++++

Desirée leía los mensajes del prospecto y parecía como si le clavaran agujas en la piel.

Luc*: Está en el Inferno. La trajo. Hay saludos, brindis. Todos dan por supuesto que es la vieja, y la actitud del presidente lo confirma. No se separa de ella.*

Luc: *Lo escuché hablar con Viper sobre Zoltán. Van a ir a por él.*

La pantalla brillaba en sus ojos vidriosos mientras la rabia se abría paso por su garganta como ácido. Cerró la conversación. Abrió su galería. Había fotos, decenas de ellas. Capturas de él en el hospital, dormido, intubado, pálido…

Ella a su lado. Su mano en la suya. Sonriendo, porque en ese momento él la necesitaba. Después, imágenes de él en el club. Dormido. Sudoroso, después de entrenar. Con camisa negra y chaleco. Sonriendo con T Bone.

El móvil sonó. Más mensajes. Fotografías esta vez. Luc parecía revolver la herida. Observó la que mostraba a la gitana sonriendo, y a él mirándola con una expresión desconocida para ella. Arrobado. Sonriendo con una calidez que nunca tuvo con ella.

—¡Maldita sea!—gritó, y tiró el móvil contra las almohadas.

Corrió al tocador y arrasó con labiales, delineadores, perfumes, gritando. Se miró al espejo y la imagen que le devolvió la enfureció más. Desquiciada, así se veía. *Así me puso él. Su traición… Su abandono*.

La habían expulsado como si no valiera nada. No podía retornar al Inferno, o a cualquiera de sus negocios. Las otras Gatitas debían estar festejando.

Así le pagaban. No era solo Mason. Era el club entero. Miembros que habían reído con ella, que habían sido complacidos por ella, ahora la dejaban atrás.

Reían con esa bruja que hablaba de cartas y espíritus y vendía chucherías.

—No…—susurró, temblando—. No lo van a hacer con impunidad. Ya van a ver...

Caminó por la habitación como una fiera enjaulada. Repasó mentalmente los nombres que había oído. Zoltán… Horváth. Ese era el apellido. Él. El húngaro. Este era el enemigo contra el que se organizaban.

Abrió la ventana. Encendió un cigarro con manos temblorosas. Tenía que encontrarlo. Él sería la herramienta para su venganza.

La manera de llegar a él era acudiendo a los callejones cerca del barrio de la gitana. Por allí debían estar los hombres de Zoltán.

Decidida, se vistió rápido. Ropa oscura. Lentes de sol grandes. El corazón galopando de furia y adrenalina. Bajó del apartamento y tomó su coche. Les encontraría así le tomase la noche entera.

Le bastaron dos horas. Nada como pararse en una esquina bajo un farol para atraer hombres y con ellos la información.

—Necesito hablar con los hombres de Zoltán—dijo, cuando le preguntaban precio por servicios que no estaba dispuesta a brindar esta noche.

Así fue como llegaron los dos hombres que pararon la camioneta gris eran grandes, tatuados, y peligrosos. Estaba acostumbrada.

Se acercó despacio, sin miedo.

—Busco a Horváth. Tengo información—dijo, sin rodeos.

Los hombres la miraron de arriba abajo, desconfiados.

—¿Y tú quién eres?

—Una mujer que saber sobre la gitana de la tienda. Y que tiene acceso a datos sobre los moteros. Lugares. Rutinas. Planes—Sonrió, sin calor—. Puedo darle lo que necesita para acabar con ellos.

—¿Por qué te haría caso Zoltán? Dinos tu interés.

Ella entrecerró los ojos.

—Venganza. Me expulsaron, así que ahora les haré arder. Quiero que ese club sangre.

Los hombres se miraron, y el que conducía asintió.

—Te llevaremos con Zoltán. Pero si estás mintiendo, ay de ti. El jefe no es compasivo.

—Eso espero—dijo Desirée, y encendió un cigarro mientras los seguía.

Esto era el todo por el todo. Estaba quebrada, y decidida a arder con todo lo que había amado.

Capítulo 27

La sede estaba tranquila cuando llegaron. En el estacionamiento solo algunas motos: las de los que monitoreaban las cámaras. Pero había hombres en trajes tácticos moviéndose en el perímetro.

—Son de la agencia de seguridad que contratamos. Cuidan el lugar, y los otros locales—comentó Mason.

Mason la observó desde el asiento del conductor, con esa punzada en el pecho que empezaba a reconocer como la emoción preponderante. Pertenencia, necesidad.

La guio para entrar por la puerta lateral, y tomó su mano para dirigirla por el pasillo hacia el fondo, y luego por las escaleras, hasta llegar a la parte de habitaciones.

—¿Duermes aquí a menudo? —preguntó ella, casi en un susurro.

Mason negó. Se detuvo frente a una puerta de chapa negra con una placa que decía solo “M”.

—Solo si se hace tarde, o estoy muy cargado para volver. Es otra parte de mi mundo.

Abrió la puerta y la instó a pasar, su mano apoyada en la base de su espalda. El interior era simple: cama grande, sábanas oscuras, un perchero, una lámpara sobre una mesa baja.

Un espejo vertical al costado reflejaba la habitación con una nitidez implacable.

Ilona entró con paso suave. Miraba todo, como si leyera su historia entre los objetos.

—¿Has traído muchas mujeres aquí? —preguntó sin mirarlo.

La pregunta lo detuvo. Él cerró la puerta detrás y se acercó, despacio. No iba a mentir al respecto, no tenía sentido.

Ella le miró, y a Mason le encantó distinguir una sombra de molestia, tal vez celos. Podía vivir con eso, porque implicaba que se sentía posesiva, como él de ella.

—Sí. Algunas. No muchas. Ninguna importante. Era solo piel. Impulsos.

Ella giró hacia él. Había algo vulnerable en sus ojos, pero también orgulloso.

—¿Y yo?

Él la tomó del rostro, suave, y apoyó la frente contra la suya.

—Tú eres otra cosa. Tú… tú eres tormenta y calma al mismo tiempo. Me rompes y me compones—Le rozó la oreja con la nariz—. No sé qué me haces, Ilona… pero me jodes la cabeza de una forma que nadie más pudo. Esto es mucho más que piel, aunque no reniego de esta…

Ella exhaló, temblando bajo sus dedos.

Mason le desabotonó la blusa, uno a uno, sin apuro. El roce de la tela al caer fue un susurro cargado. Le besó el cuello, lento, sus labios bajaron por el hombro, dejando marcas leves en la piel que olía divino.

Ella lo miró con la respiración agitada, la boca semi abierta. Lo ponía solo con observarlo, ¿cómo podía ser posible?

—¿Sabes por qué te llevé esta noche al Inferno?—murmuró contra su clavícula—. Necesitaba que te vieran conmigo. No quiero ocultarte. Quiero mostrarte. Hacer oficial esto que me pasa, que nos pasa… Si no interpreto mal lo que sientes.

—Lo sé, me di cuenta de lo que querías, y tus colegas también—dijo ella.

—Condenados cabrones, riéndose sin parar de mí.

—Felices por ti, diría yo. Y Mason, yo lo quiero todo contigo, lo interpretas bien—susurró ella, temblorosa.

Él la desvistió despacio, como si desenvolverla fuera un acto sagrado. Ella hizo lo mismo, sus dedos sobre su piel le dejaban un rastro ardiente, urgente.

La recostó en la cama y la miró desde arriba, sin decir palabra.

—Joder, Ilona… Lo que me haces…

Se inclinó y la besó, profundo, lento. No fue una urgencia animal. Fue un reclamo emocional. Era suya. No como se posee algo. Sino como se reconoce lo que completa.

La penetración fue lenta, íntima, con sus ojos fijos en los de ella. Las manos entrelazadas. El espejo al costado los reflejaba: piel sobre piel, cuerpos curvos en sombra y luz, el vaivén suave al principio, luego más rápido, más crudo.

Las respiraciones se fundieron, los gemidos bajos, ahogados.

—Mírate—le susurró Mason al oído, con voz ronca—. Míranos. Eso es lo que somos.

Ella giró el rostro. Se vio a sí misma, las piernas en torno a sus caderas, la espalda arqueada, el cabello cayendo en ondas oscuras. Mason detrás de ella, el rostro perdido en placer y necesidad.

—Eres mía, Ilona. Te elegí. Pero tú también lo hiciste—dijo, pujando, cambiando el ángulo en que su polla la tenía prisionera.

Ella gimió y lo abrazó más. Exigió ritmo, y eso le dio. Sus caderas se movían frenéticas, sus manos envolvían, acariciaban y sopesaban los pechos medianos.

Ella era una fierecilla indomable en la cúspide de su pasión, y sus uñas arañaron su espalda, y potenciaron su instinto animal de tomar, poseer, derramarse. Ella se dejó ir.

Él la siguió. La piel tembló. El aire se llenó de ese olor a sexo, a deseo cumplido, a promesa futura.

Sus labios llenaron los oídos femeninos con sucias promesas, porque no volvió ileso del orgasmo brutal.

—Eres hermosa. Quiero enterrarme en tu coño por días, acampar ahí—dijo, su mano envolviendo su pubis y jugando con la mata ensortijada que lo cubría.

—No veo la hora de poder llenarte de mi leche, de verdad. Que te marque por dentro, y corra por sus muslos—Sus manos fueron a estos, y los recorrió con sus yemas, sintiendo la piel tibia temblar, y sus piernas apretarlo, como si quisiera atraparlo y no dejarlo ir nunca.

—Acá también quiero estar—le dijo, tocando su punto íntimo entre sus glúteos firmes—. No quiero orificio tuyo sin mi saliva, sin mi semen.

—Virgen Santa… Lo que me haces… Lo que me dices… Voy a morir incendiada.

—Te reviviría para follarte una y otra vez. Y para que rodaras conmigo. Hay tanto que quiero hacer… Tanto que no he hecho y lo deseo. Citas, paseos, intimidad… Lo quiero todo contigo.

Tal vez era la penumbra, el estar saciado, el whiskey único que tomó, lo que le hizo declarar esto… Luego, se corrigió. Era que estaba feliz, y era una sensación inusitada y antigua que volvía a él.

La abrazó, su respiración más calma, y le habló con el corazón en la mano.

—Lo que hice con este club, con mi vida… —dijo, en voz baja—. No fue fácil. Fui parte de lo sucio. De lo peor. No activamente, pero lo permití. En algún momento vi la luz, abrí los ojos, supe que solo había dos caminos. Y elegí luchar. Eché a los que vendían la inmundicia, a los que mataban por placer, a los que nos ponían a todos en la mira. Me enfrenté a los míos. Perdí hermanos. Gané enemigos.

—Y lo lograste—dijo ella, sin volverse—. Convertiste a tu club en algo más grande.

Él la abrazó más fuerte.

—Quiero que tú seas parte de esto. Pero no por el club. Por mí. Porque te veo. Y cuando te miro, me reconozco.

Ella giró, le acarició la cara, y le besó los labios, suaves.

—También me reconozco en ti, Mason. Me haces querer mucho más.

++++

El humo del habano se arremolinaba lento sobre el escritorio de roble. Zoltán Horváth no había dormido bien en días. La presión aumentaba: su jefe estaba en el territorio, de manera inesperada, y había hecho sonar sus alarmas.

¿Sabía algo de sus negocios particulares? Nada había dicho, y se habían reunido ya dos veces. Mas el bastardo era astuto, sinuoso.

Y había traído a Eva consigo. La mujer era una desconocida a pesar de que habían cenado juntos incontables veces, y Zoltán la

había llenado de obsequios caros.

Esa mirada clara suya era enervante. No se sabía qué pensaba. Si es que pensaba. Aunque en ocasiones, le parecía ver emociones, y no favorables, pero nunca nada claro.

Por otro lado, esos hijos de puta en motocicleta que estaban dando guerra a sus cargamentos. La pérdida de las armas había sido devastadora, y todavía estaba dando largas al asunto. No tenía una buena explicación que no desnudara sus intereses.

Las cosas se estaban saliendo de control, y eso lo tenía al borde.

—Señor —dijo Andras—. Hay una mujer afuera, quiere hablar con usted. Dice que se llama Desirée.

Zoltán resopló y miró a su segundo con incredulidad que lo amedrentó, pero se mantuvo firme. Tenía que concedérselo, Andras era incansable, y útil. A veces.

—¿Hay alguna razón por la que crees que una puta me haría bien ahora?

—No, señor. Esta mujer es… Conoce a los moteros.

Esto atrajo su atención.

—¿Es de esas zorras que se dejan follar por ellos?

—Sí, hubo varios de los hombres que la reconocieron de la vigilancia que hicieron del club Inferno. Ella dice que tiene buena información, sobre el presidente.

Eso bastó. Hizo un gesto seco con los dedos.

—Tráela.

Era un tiro a ciegas, porque no creía que esos moteros dejaran saber sus planes a una puta. O sí, pensó luego. A veces se resbalaba porque uno daba cosas y personas por sentado. Necesitaba un dato, algo bueno que lo pusiera en control y arruinara a ese club, y urgente.

Cuando la mujer entró, la observó de hito en hito. No necesitó más de tres segundos para catalogarla: despecho, rabia y orgullo herido estaban en la superficie.

Toda ella era un escudo de escote, perfume barato y ojos llorosos pintados con rabia.

Era una rubia bastante despampanante, de esas buenas para una cogida rápida. Y la tendría, pero primero, necesitaba averiguar qué sabía.

—Desirée, ¿verdad?

—Sí.

—¿Qué hace una mujer del club de Mason buscando hablar con su enemigo?

—Ya no soy del club. Mason me echó. Y la culpa es de la mujer gitana. Ilona.

Zoltán entrecerró sus ojos, alerta, y se reclinó en su silla, estudiándola.

—Continúa.

—Ella lo tiene loco. La llevó al Inferno. La sentó con su hermana. La trata como si fuera su reina. Su vieja.

Zoltán tensó los dedos sobre la madera.

—¿Estás segura?

—Sí. Tengo un aliado allí, uno de los prospectos. Me mantiene informada. Mire.

La vio lidiar con su móvil, y se lo extendió. La fotografía lo volvió loco. Ilona estaba abrazada a esa basura motera, y se notaba que estaba feliz, cómoda.

La muy perra había rechazado sus avances y le miraba como si fuera tóxico, y se revolcaba con un motero.

Era denigrante. Humillante. Su mirada se posó en Andras, que tenía una expresión estoica, y le hizo una seña para que se retirara.

—Le enfurece…—susurró ella, acercándose un paso—. Pero, ¿qué tiene esa gitana que los enloquece?

—A mí nadie me enloquece, zorra. Es simplemente una cuestión de orden. Ella debía ser mía para usar.

—Él, Mason… él la tiene ahora. Se ríen de nosotros. Pero puede cambiar. Podemos castigarlos.

La miró con frialdad. La pobre diabla creía que era lo mismo. Su fútil deseo de venganza le venía bien, no obstante.

—¿Cómo puedes ayudarme? ¿Qué puedes tener que me sirva y valga la pena un trato?

—Yo te doy lo que sé: sus horarios, sus rutinas, los turnos de guardia, los puntos débiles. Pero quiero verles caer. Quiero que el club sienta el hierro de tu mano.

—¿Por qué debería confiar en ti?

—Porque no hay nada más terrible que una mujer herida y desengañada, y créeme, lo estoy—Su mirada ligeramente desenfocada hablaba de insania, pero no era Zoltán quien rechazaría este regalo en bandeja.

—Sé que tu jefe y su hija están en Sacramento.

Esto lo puso en alta alerta. No era un dato menor el que manejaba.

—¿Cómo sabes eso?

—No lo sé bien aún, pero creo que traman algo con eso. Me enteraré pronto.

Zoltán soltó una risa seca, aunque la preocupación crecía en él. Sabían más de lo que creía, y el círculo se cerraba. Necesitaba información de primera mano, y una operación grande para dar un golpe letal.

—Bien, bien. Es un trato. Tú me das esa información, y yo te entrego tu venganza como plato principal. Le darás a Andras toda la información escrita que puedas sobre esos moteros.

Ella se incorporó, asintiendo.

—Pero antes…

Zoltán desabrochó su cinto y abrió su cremallera, y le hizo un gesto para que se arrodillara ante él. Ella achinó sus ojos, por un momento tiesa, pero luego sonrió y avanzó, colocándose en su sitio.

Luego, tomó su miembro con su mano y lo masturbó. Cuando su boca tomó todo el largo, con un movimiento que hablaba de años de experiencia,

Zoltán hizo su cabeza atrás, y se perdió en el placer húmedo de esa garganta dispuesta. Luego de correrse, tramaría.

Le daría una sorpresa muy, muy grande a ese bastardo presidente. E Ilona… Oh, sufriría.

Capítulo 28

Mason revisaba los informes de seguridad con Reaper, sentado al borde de la mesa larga donde los Caballeros tomaban sus decisiones más pesadas.

Habían recibido una advertencia ambigua de Zero sobre un tráfico digital vinculado a alguien interno. Y eso los tenía inquietos.

—No me gusta esto —gruñó Mason, frotándose la barba con impaciencia—. Zoltán no ataca al azar. Hay método en su locura. Alguien le dio detalles. No hay otra forma de que sepa tanto.

Reaper asintió con el ceño fruncido. Bulldog había llamado, rabioso, para avisar que el cargamento para el taller mecánico, ya pago, había sido incendiado.

Estaba por abrir la boca cuando la puerta se entreabrió, y los dos miraron con desconfianza. Se suponía que todos tenían una tarea afuera de la sede. Reaper enarcó sus cejas y Mason resopló al ver al prospecto. Luc.

No parecía estar bien. Pálido, sudoroso, con las manos crispadas a los costados. Parecía haber envejecido diez años en dos días.

—Presi… Reaper… ¿Puedo hablar con ustedes?

Ambos moteros intercambiaron una mirada, y fueron a los papeles. Tenían cosas por decidir todavía. Mason asintió con la cabeza. El chico era agradable, dispuesto, sería un buen miembro. Y él intentaba ser abierto con su gente. Su máxima pesadilla era volverse un déspota, como lo habían sido sus sucesores.

—Habla. Rápido.

Luc tragó saliva y se adelantó hasta quedar frente a ellos. No podía sostener la mirada.

—Fui un imbécil. Me comí el cuento. Ella… me usó. Me manipuló.

Reaper frunció el ceño.

—¿Quién?

—Desirée.

Mason se irguió de inmediato.

—¿Qué mierda hiciste?

Luc alzó las manos, temblorosas.

—No lo vi venir. Juro que no. Al principio eran solo mensajes, bromas. Mmm, sexo…—hizo un gesto—. Algo así. Ella es tan hermosa.

—Es una víbora—dijo Reaper, áspero.

—Lo… entendí ahora, y espero que… ¡Dios, fui un gilipollas!

Se sentó en la silla enfrente, hecho un mar de gestos, y Mason y Reaper se miraron. Dios, estas generaciones eran más blandas, y no reconocían mucho los límites.

—Luc, al grano—ordenó Mason.

—Ella me pedía cosas. Tonterías, creía yo, chanzas. ¡Tan bobo!

—¿Qué cosas, jodido? ¿Puedes ser concreto?—estalló Reaper, y Luc saltó de la silla.

—¡Que entretuviera a T—Bone, en el mercado! O estos días, que le hablara del club. Pensé que extrañaba… Que me quería cerca, no sé—Suspiró—. Soy un idiota.

—Lo intuía, ahora lo confirmé—gruñó Reaper.

—¿Qué más? —interrumpió Mason, la mandíbula apretada.

Esto le olía mal, no le gustaba nada adónde se dirigía el relato.

—Cuando trajiste a Ilona, la reconocí. Fue la mujer que Desirée abofeteó. Me confundí, me pareció raro. Mis alarmas sonaron, pero… Ella me…—carraspeó, y sus miradas fueron a su entrepierna.

Reaper maldijo y Mason apostó a mantener la calma. Este era un joven, apenas en su mayoría de edad. Hombres maduros caían presos de mujeres como Desirée.

—Sigue…

Luc respiró hondo. Buscó en el bolsillo de su chaqueta, sacó el móvil.

—Me pedía que le contara quién estaba en el club, quién no. Qué había escuchado sobre los planes inmediatos. Dije cosas sueltas. Pensé que quería saber de ustedes. Las Gatitas son bastante intensas, en general. El caso es que ayer terminé de darme cuenta

de que soy un instrumento. Para qué, no sé, pero…—bajó la voz—. Me pidió que sacara fotos al pizarrón de la sede.

Silencio. Reaper soltó otra maldición. En esa pizarra se anotaban las guardias, los trayectos, los relevos. Se podía saber los movimientos del club con acceso a eso.

—¿Lo hiciste?

—No. Me asusté. Le dije que no estaba viniendo a la sede, que estaba en el Inferno, haciendo tareas en otros lados. Le di largas.

—Al menos un poco de seso—dijo Reaper.

—Me envió un audio, hoy. Y en el fondo se escucha una voz de hombre.

Reaper y Mason se hicieron adelante.

—¿Lo tienes? Dime que no lo borraste—dijo Mason.

Luc asintió, y con dedos torpes activó el mensaje. La voz de Desirée se escuchó con un tono seductor, incorporando epítetos agradables para Luc, mientras le solicitaba que por favor fuera a la sede y le trajera información, que echaba de menos a los muchachos y quería saber dónde verlos.

Al fondo, suave, una voz masculina, grave, con marcado acento, dijo:

"Dile que quieres convencer a Mason de que te retire la prohibición. Que se fije si estará el viernes por la noche en la sede."

La sangre se heló en el ambiente.

—Zoltán—murmuró Mason—. Ese hijo de puta. No lo puedo creer. ¿En qué está pensando Desirée?

—Esa mujer hace mucho que perdió el rumbo—gruñó Reaper—. Te lo dije más de una vez. Pero eso es accesorio. Hay una razón para querer esa información. Debe tramar algo para mañana de noche.

Luc levantó la vista, desesperado.

—No sabía. Juro que no. Solo después empecé a atar cabos. Por eso estoy aquí. No quiero ser parte de eso. No quiero traicionar al club, o a ninguno de ustedes.

El tono era desesperado, y Mason notó su arrepentimiento. Cerró los ojos un segundo y respiró hondo.

—Vamos a arreglar esto. Pero si me vuelves a ocultar algo, Luc, serás historia. Estuviste a un tris de que consideráramos esto alta traición.

Luc palideció, y asintió, enfático.

—Gracias. ¡Gracias por no echarme a la mierda ya! La cagué, joder, por un coño… Aunque nunca me permitió…—se encogió de hombros.

—Aprende, gilipollas, la cabeza de arriba es la que tiene que primar—dijo Reaper, serio—. No des las gracias todavía. Vas a tener que lavar baños y hacer guardias nocturnas por mucho tiempo—gruñó Reaper—. Y vas a jugar tu papel. ¿Mason?

Este asintió. No tenían ni que discutirlo, se conocían de memoria. Esta era la oportunidad perfecta.

—Vas a hacer lo que esa víbora espera. Vas a sacar una fotografía del pizarrón, luego de que lo modifiquemos a gusto. Y vas a darnos la trampa perfecta.

Luc tragó saliva y asintió.

Mason se volvió hacia el monitor de seguridad y tecleó. Zero apareció en pantalla de inmediato.

—Tenemos carnada. Prepara la red. Mañana de noche Zoltán estará en nuestras manos.

++++

Desirée sostenía el celular con ambas manos. La pantalla brillaba con una única imagen.

Una foto nítida, reciente. La pizarra del comité de la sede de los Caballeros Oscuros. Horarios. Guardias. Cambios de ronda. Asignaciones.

Todo estaba ahí. Sonrió. El labial rojo que le había costado conseguir tenía el tono perfecto para la ocasión: sangre con brillo. Estaba sola en el departamento que Zoltán le había provista, justo al lado de su oficina.

No le tomó nada estar a su puerta, y golpeó, tratando de moderar su excitación. Estaba cerca, a pocas horas. Su revancha.

La voz de Zoltán respondió, cortante.

—¿Sí?

—Tengo lo que querías—dijo ella, dejando que el veneno le tiñera la voz—. La pizarra.

—Pasa.

Se adentró en el lujoso escritorio. Este espacio era el reino de Zoltán. Había visto que su segundo, Andras, era el único que llegaba aquí, y no le permitía entrar.

Pero a mí sí, pensó, encantada. Su instinto no le había fallado. Tal vez tenía aquí refugio, y futuro poder. Después del triunfo.

—Horarios, guardias—agitó su móvil—. Mason estará en la sede esta noche. Reaper tiene una reunión afuera, y los demás estarán en rondas. El tonto prospecto también me envió la clave del sistema de alarma. La cambian a diario.

—Envíame todo—ordenó él, y Desirée asintió, reenviando los mensajes de Luc.

—Listo—Desirée sonrió, y caminó por la habitación como si fuera su escenario. Su victoria estaba cerca—. Te dije que podría darte la información. Tú harás que Mason caiga, y el club arda. Y esa gitana va a mirar cómo lo pierde todo.

Zoltán sonrió, y Desirée pensó que parecía un tiburón.

—Has hecho bien.

—Cumplí mi parte. Quiero ser testigo de todo.

Una pausa.

—Mm. No será posible—dijo Zoltán, la voz gélida.

Desirée frunció el ceño.

—Lo prometiste. Quiero su caída. Quiero verla a ella humillada. Quiero que él sepa lo que es perder todo. Como yo lo perdí.

Zoltán hizo un gesto con la mano. Detrás de ella, sin que lo hubiera notado, estaba Andras. Silencioso. Preciso. Siempre esperando la señal.

—Tu papel ya terminó, Desirée—dijo Zoltán—. No te necesitamos más.

—¿Qué…? ¿Qué dices?

Giró, incrédula, pero ya era tarde. El disparo sonó como un chasquido. Una mancha roja floreció en su pecho. Se tambaleó, incrédula. Miró a Zoltán, con los labios temblando.

—Yo… hice todo… lo que querías…

—Exacto —dijo él—. Todo. Y fue suficiente.

Desirée cayó de rodillas. Luego al suelo. El perfume dulce, excesivo que usaba se mezcló con el olor de la pólvora.

Zoltán pasó por encima del cadáver y se acercó a Andras.

—Prepara todo. Esta noche, Mason muere. Y prenderemos fuego ese club. Será una gran antorcha iluminando Sacramento. Que la vean los jodidos que aún creen que pueden desafiarme.

—Sí, jefe.

—Aparta a los hombres que responden al jefe. Esto es entre nosotros.

Andras asintió. Zoltán miró el cuerpo de Desirée por última vez. Su expresión no cambió. No había rabia. Ni placer. Solo estrategia.

Las emociones eran un lujo que solo los idiotas se permitían. Y él no era idiota.

Capítulo 29

La música del bar resonaba suave, casi como una excusa para llenar el aire. Mason estaba sentado en su mesa habitual, el respaldo de cuero marcado por años de reuniones y silencios pesados.

Desde allí veía todo: las botellas alineadas, el reflejo dorado del whiskey, la figura tensa del prospecto Luc tras la barra.

El muchacho fingía normalidad. Pero las manos le temblaban levemente al secar el vaso que ya había pasado por la toalla dos veces.

—No tienes que actuar—dijo Mason, sin levantar la voz—. Ya hiciste tu parte.

Luc tragó saliva.

—Le mandé todo, Presi. La foto de la pizarra, la clave. Me contestó con un dedito arriba. ¿Puede creerlo? ¡Qué frialdad! Ni un audio, ni una pregunta. Eso fue lo raro. Siempre pregunta.

Mason asintió. Su mirada se endureció un poco, e hizo girar el vaso vacío.

—No te castigues. Piensa que te quitaste de encima una cobra.

Luc bajó la mirada, mordiéndose el interior de la mejilla.

—No sé qué me pasó. Me hacía sentir visto, especial. No entendí lo que buscaba... hasta que fue tarde.

—Y aun así hablaste. Eso es lo que cuenta—Mason se hizo atrás —. Aquí se valora la lealtad, Luc. No la perfección. Aprende eso y tendrás lugar entre nosotros.

Luc asintió, pero sus ojos estaban cargados. Mason lo observó por un momento más, luego se volvió hacia la pantalla del bar que mostraba las cámaras del perímetro. Todo parecía tranquilo. Demasiado tranquilo.

Justo entonces, su auricular interno vibró.

—Presi—la voz de Zero sonó baja pero clara—. El grupo se movió. La señal GPS cambió. Son dos furgonetas, acercándose. Uno

con carga térmica. Están entrando. Confirmo inhibidor activo. Se pierde señal ahora.

Zumbido. Luego nada. Así estaba planeado, de modo de que los atacantes no pudiesen avisar a nadie del curso de los acontecimientos.

Mason se irguió. El sonido del bar se le volvió lejano. En el monitor de seguridad, el parpadeo de la entrada desapareció. Silencio.

Y entonces, el pitido sordo de la alarma cancelada. La puerta de la sede se abrió. Varios hombres entraron con pasos calculados. Llevaban ropa oscura, guantes, rifles cortos. Uno de ellos, el más fornido, tenía una cicatriz en la mandíbula: Andras. El segundo de Zoltán.

Mason no se movió. Dejó que se acercaran. No temía, la trampa estaba preparada, y tenía su automática en su mano.

—Bonito club—murmuró Andras en inglés con acento húngaro—. Una pena que haya que hacerlo arder.

—Zoltán sigue mandando lacayos en vez de dar la cara —replicó Mason, sin inmutarse—. Qué decepción.

Andras alzó el arma. Iba a hablar. No tuvo tiempo.

Desde las alturas, las sombras cobraron forma: Reaper disparó primero, su rifle con silenciador escupiendo fuego. Luego Crusher desde la escalera norte. Torque, Madman y Skinner desde las vigas superiores. Los atacantes cayeron uno a uno. Preciso. Limpio.

Solo Andras fue alcanzado en la pierna. Cayó de rodillas, soltando el arma y gritando en su idioma.

Freak irrumpió por la puerta lateral, con una radio manual.

—¡El grupo exterior está neutralizado! Venían con bidones. Querían hacer arder Troya, pero los Reyes de Sacramento y la agencia privada los cazaron como conejos.

Mason asintió. Su corazón latía a ritmo de guerra, pero su voz salió clara.

—¿Llegaron los federales?

—Aquí estamos. Gracias por la invitación. Ha sido sorpresivo—dijo otra voz.

El agente apodado el Sabueso, reconoció Mason. Entró acompañado por otros dos, todos con chalecos. Su mirada recorrió el sitio y apretó las mandíbulas.

—Joder, esto es una carnicería.

—Legítima defensa—dijo Reaper—. Fuimos atacados. Todas nuestras armas tienen permiso.

—Tenemos al segundo de Zoltán—informó Mason, arrastrando a Andras que sangraba, pero no lo suficiente para morir pronto.

El Sabueso se agachó, lo miró de cerca. Luego alzó la vista.

—¿Qué quieren?

—Que le haga hablar. Ofrézcale un trato. No será tan tonto como para negarse. Zoltán lo matará si lo descubre, necesita protección—dijo Mason, inmune al escupitajo de Andras.

No dijo nada sobre su intención de ir al gran jefe con las pruebas completas. Que buscaran la colaboración de Andras para tirar a Zoltán. Él, el club, irían por la vía más segura para quitarse a Zoltán de encima; su superior en la Bratva.

El agente asintió y ordenó que esposaran a Andras, que fue retirado a empellones, porque se negaba a marchar.

Mason se volvió hacia Reaper y Zero, que ya entraban desde la sala de comunicaciones.

—Recolecten todas las pruebas, y vayan al hotel. Demanden ver al jefe. Yo iré por Ilona. Tengo un mal presentimiento.

++++

El vestíbulo del hotel era de un lujo frío: mármol oscuro, candelabros modernos como cuchillas colgando del techo y un aroma artificial de madera y tabaco. Zero y Reaper caminaban lado a lado.

No era el tipo de lugar que los Caballeros frecuentaban, pero esa noche, todo tenía que hacerse a la altura de lo que estaba en juego. Se acercaron al hombre con un auricular en la oreja, traje gris claro, sin sonrisa.

—Somos del club Caballeros Oscuros. Queremos ver al señor Barinov. Tenemos información urgente para él. Concerniente a Zoltán.

Él les miró por un segundo, observándoles sin hablar, y luego susurró en su intercomunicador. Espero, y lo mismo hicieron ellos.

Zero había previsto esto. Harían un rastreo de sus rostros, visibles en cámaras que irían a un circuito cerrado, y tendrían mucha información de ellos en minutos.

—Segundo piso. Sala de reuniones.

Entraron al ascensor sin hablar. Cuando las puertas se cerraron, Reaper murmuró:

—Si haces que me maten, volveré a hostigarte en las noches. De seguro alguno de esos húngaros conoce algún ritual.

Zero rio.

De inmediato llegaron, y al abrirse el ascensor encontraron a dos hombres, que los cachearon y les señalaron las dos puertas de cristal negro. Estas se deslizaron al alcanzarlas, revelando una sala con vistas a la ciudad.

Al fondo, en una mesa baja, estaba él: el jefe de Zoltán. Anatoly Varinov. Corpulento, vestido con un traje azul oscuro impecable. A su derecha, su hija.

Joder. Era más impactante en persona, pensó Reaper. Joven. Ojos de un celeste improbable. Pelo recogido, postura regia. Eva, recordó, y la miró sin cortarse. Ella le sostuvo la mirada sin pestañear.

—Señores —dijo Anatoly, su inglés con acento de Moscú, pero claro—. Me informaron que quieren verme en relación con Zoltán. Me intrigan.

Reaper asintió, sin sentarse. Los ojos del ruso no cejaban sobre él. No le dejó quedarse con la idea de que le impresionaba. Había visto cabrones tanto o más duros que él.

—Zoltán está jugando a dos puntas. Ha estado haciendo negocios a sus espaldas, y quiso matar a nuestro presidente y quemarnos la sede esta misma noche.

Zero se acercó, colocó el portátil sobre la mesa. Reprodujo los audios. Mostró los videos del ataque, las fotos de los cargamentos interceptados, los mensajes.

—Todo lo que necesitan para entender que su hombre está trabajando con un cartel mexicano, haciendo su dinerillo. Estos son sus números de cuentas en las Caimán—añadió Zero, sin levantar la voz—. Ha acosado a la comunidad eslava, húngara, con tasas de protección que van a sus arcas. Persigue algunas mujeres de la colectividad, con ahínco. El FBI está en poder de uno de los cargamentos, e investiga. No les tomará mucho conectarlo con usted.

Anatoly no reaccionó al principio. Solo entrelazó los dedos, pensativo. Cuando el audio terminó, alzó la vista hacia Eva. Ella asintió una vez, casi imperceptible.

—¿Qué buscan a cambio de esta... *generosidad*?—preguntó.

—Zoltán—respondió Reaper, firme—. No nos importa vivo, con franqueza. La mujer a la que persigue es la vieja de nuestro presidente. Y su bienestar está por encima de todo. Pero no lo vean como un favor a nuestro club. Con todo esto, pueden ver que es un cabo suelto.

Anatoly sonrió con lentitud, como si masticara piedras.

—Zoltán ha sido útil durante años. Pero esta traición… Es inaceptable.

Eva habló por primera vez.

—La información que acaban de mostrar prueba su ruptura con los códigos. Eso no se perdona.

—Qué pena por su compromiso—dijo Reaper, y ella hizo un mohín de fastidio.

—No se preocupe, eso era un acuerdo. Gracias por darme insumos para romperlo.

Su voz era suave, pero su mirada, cortante. Reaper la sostuvo un instante más del que debía.

Anatoly se levantó.

—Muy bien. Esta misma noche estará resuelto.

—Agradecido—dijo Reaper, aunque su rostro no se ablandó ni un milímetro.

El ruso caminó hacia el ventanal. Miró Sacramento como si ya le perteneciera.

—Pero no se engañen, señores. Nuestra organización tiene intereses aquí. No se esfumarán por un motín. Lo de Zoltán es un ajuste, no una retirada.

Reaper dio un paso al frente.

—Entonces sería conveniente replantear ese interés. Con la gente correcta. No con traidores como él.

Hubo un largo silencio. Eva volvió a clavar los ojos en Reaper. Algo en ella parecía evaluar posibilidades, riesgos, quizás incluso lealtades.

—Veremos —dijo su padre, sin volverse.

Reaper asintió a Zero. El trato estaba hecho.

Capítulo 30

Zoltán no había aparecido. Mason no dudaba de que era un cobarde que enviaba a otros a hacer la tarea sucia, pero… Él estaba fijado en Ilona.

Y Mason tenía una corazonada. Era un maldito grito en sus entrañas. Rodó tan veloz como pudo.

Cuando llegó y encontró la puerta del local de antigüedades entornada, supo que había tenido razón.

Su corazón disparó sus pulsaciones, y sacó su Glock de su funda, avanzando con cuidado, sin ruido. Tenía que calmarse, proceder con sigilo. Apenas empujó la puerta, escuchó una voz.

Una que le revolvió el estómago.

—A estas horas, tu querido motero está muerto.

El sonido de Ilona fue ahogado, angustiado, y Mason quiso gritarle que no era cierto, que estaba aquí para ella.

—¡Szörny!

—No, Ilona, no. Nada de monstruo. Simplemente, un hombre de negocios. Es tu culpa, tú y tu asquerosa familia trajeron a esos moteros aquí.

—¡Tú…! ¡Tú eres el asqueroso! Tu aura es negra… Vil…

—Idioteces antiguas, todas esas. Todo esto…—resopló—. Reliquias de cuentos para viejas. Y tú, una puta que se da sin más, a un bastardo. Te ofrecí mi reino…

—¡Nunca! Mason es el amor de mi vida. Tú… ¡Jamás me entregaría a ti!

El sonido brutal de un golpe empujó a Mason, que arremetió como un animal desesperado, en estampida.

Lo vio entonces. A unos pasos del mostrador, con una mano sujetando a Ilona por el brazo. La otra, con un cuchillo pegado a su garganta.

Ella estaba de pie, entera, pero con un corte sangrante en la mejilla. Su respiración era rápida, pero no gritaba. No lloraba.

Excepto cuando miró a Mason, y el alivio la llenó. Las lágrimas se le agolparon.

—¡Mierda!—gritó Zoltán, furibundo—. Tenías que estar muerto a esta hora. Andras es un inútil, todos lo son.

—Suéltala-demandó, su voz muy grave.

—¿Por qué? ¿Para que ella sea tu trofeo? Ella me mira como si no valiera nada. Como si tú fueras el hombre que sabe proteger, cuando ni siquiera pudiste impedir que muriera.

Masón lanzó un alarido ante la inminencia del ataque, e Ilona entonces accionó. Su cabeza fue atrás mientras su pie se levantaba y caía furioso sobre el empeine izquierdo del húngaro.

-¡Por Lázsló! Y por mí, bastardo-gritó.

Los dos golpes lo desestabilizaron, y se hizo atrás, mientras Ilona se agachaba veloz y evitaba el filo de su cuchillo.

Mason fue a disparar, pero justo entonces, se oyó un portazo. Una pila de hombres en trajes oscuros irrumpió desde la parte trasera.

Rostros serios. Rusos, probablemente, y no gente de Zoltán. Joder, Reaper lo había logrado. Mason corrió a colocarse delante de Ilona, como barrera, pero les ignoraron.

—вставай, предатель

Levántate, traidor, interpretó Mason, que chapuceaba el ruso.

—¿Qué…? —Zoltán miró a todos lados, su rostro desfigurándose.

Uno de los hombres le apuntó a la cabeza.

—El jefe quiere hablar contigo.

Zoltán palideció.

—No. No, no, no… No pueden hacerme esto. ¡He sido leal!

Le ataron de pies y manos con precintos, y le arrastraron afuera. Zoltán berreaba maldiciones y en un punto, comenzó a rogar.

Desaparecieron tan rápido como llegaron. Mason la abrazó, fuerte, cerrando los ojos, sintiendo un tambor en su pecho. El miedo le había hecho sentir sus músculos débiles.

—Lo siento. Lo siento tanto, preciosa. No debió pasar. No debía tocarte.

Ella se apoyó en su pecho, el cuerpo vibrando aún de tensión.

—Estoy bien—susurró—. Fue un corte. Nada más. Estoy contigo. ¡Oh, Mason, me dijo que moriste! Yo… Yo…—sollozó, casi histérica —. Pero no podía ser. No estaba en las cartas—le dijo, hipando, y él sonrió.

La tomó del rostro con manos temblorosas, tocó el surco de sangre en su mejilla con infinito cuidado.

—Eres todo lo que tengo. Todo lo que no sabía que necesitaba. Casi te pierdo…

—Y no me perdiste —lo interrumpió ella, con voz firme.

Él la besó. No fue un beso de fuego. Fue uno de gratitud. De alivio. De certeza.

Zoltán había caído. Ilona era libre, igual su familia, su comunidad. Mason supo, en ese instante, que ahora sí empezaba su verdadera vida.

++++

3 meses después…

El salón principal de la sede estaba en silencio. Las luces brillantes iluminaban la larga mesa central donde los miembros del ejecutivo y los jefes de sección estaban sentados.

Las chaquetas negras, con sus parches bordados al frente y el escudo de los Caballeros en la espalda, daban al ambiente ese aire solemne que solo surgía cuando algo importante iba a decidirse.

Mason estaba de pie al frente. La espalda recta. La voz grave. No llevaba su chaqueta. Estaba en camiseta negra, el tatuaje del club brillando en su brazo como una marca viva.

A su lado, Ilona. Vestía sencillo: jeans, botas, una blusa blanca que caía sobre sus hombros como si supiera exactamente cómo robar el aliento.

Pero lo que más destacaba era su porte. Firme. Sereno. Aunque Mason sentía el pulso de su mano latiendo fuerte en la suya.

—¿A qué vienes hoy, hermano?—dijo Reaper, sonriendo.

—Estoy aquí para reclamar a esta mujer como mi *vieja*—dijo, sin adornos.

Reaper cruzó los brazos.

—¿Estás seguro?

—Nunca estuve más seguro.

—¿Sabes lo que implica?

Mason asintió. Giró hacia Ilona un segundo, como para tomar fuerza, y luego volvió al frente.

—Lo sé. Claro que lo sé. No hay más que ella. Es mía para proteger, para adorar. Si alguien se mete con ella, se mete conmigo. Mi esposa.

El silencio fue reemplazado por un rugido de aprobación, y hubo tamborileo y gritos. Cuando se pudo restablecer la calma, Viper golpeó la mesa con el puño.

—Que se anote en el libro. Que entre al círculo.

Entonces, el festejo se trasladó al salón, donde ambos fueron rodeados por la masa del club, y también por los Lakatos. Beatrix y Ava aplaudieron, y esta última abrazó a su hermano con amor, orgullosa.

T—Bone gritó algo incomprensible pero claramente divertido, porque hubo risas, e intercambio de billetes.

El prospecto Luc, todavía bajo evaluación, se cuadró con respeto. Y el resto de los hermanos levantaron sus vasos.

Ilona respiró hondo. Los ojos brillantes. Le apretó la mano a Mason con más fuerza.

—Te quiero, Ilona—le susurró él, sonriendo.

—Y yo, mi caballero. Y yo—le respondió ella, bajito.

—Por mi hija, para que sea feliz. Es su compromiso, señor Mason —dijo el padre Lakatos—. Y no crea que esto le exime de un casamiento tradicional. Sepa usted que son largos.

—¡Yeahh! Le ayudaremos a organizarlo, señor Lakatos—gritó Torque, y hubo acuerdo con silbidos.

—Mi niña, los sueños están más claros—dijo la madre de Ilona, y esta asintió, enfática.

Mason la miró con amor en sus ojos, uno que, si le preguntaban unos meses atrás, no sabía que era capaz de sentir. Pero sí, aquí estaba, latiendo fuerte.

Minutos después, el rugido de los motores llenó el patio como una sinfonía salvaje. Era la caravana anual. Un acto de honor. De presencia. De territorio.

Mason montó su Harley, con Ilona sentada detrás, los brazos rodeándolo con seguridad. No como una mujer que se aferra por miedo. Sino como alguien que sabe exactamente a quién pertenece.

Mason y Viper encabezaban la marcha. Reaper, Torque, T Bone, Crusher, Madman, Freak, Skinner… Todos estaban listos.

Los Reyes de Sacramento también habían enviado una comitiva, en símbolo de alianza renovada.

Hustle saludó desde su moto con un gesto de cabeza. Fury lanzó una carcajada que se perdió entre los rugidos de los escapes.

El cielo estaba limpio. El aire, tibio. La ciudad, expectante. Mason giró apenas la cabeza hacia Ilona.

—¿Lista?

—Siempre—respondió ella.

Y entonces, con una señal, los Caballeros Oscuros avanzaron. Filas de cromo, cuero y promesas bajo el sol californiano. Su presidente tenía a su vieja, y aventuras esperaban adelante.

FIN

NOVEDADES

¡Gracias por leer! La aventura sigue, y el próximo libro será el de REAPER.

SI NO CONOCES A LOS REYES DE SACRAMENTO, SU SERIE ESTÁ COMPLETA EN AMAZON. .

RECUERDA QUE PUEDES SEGUIRME EN MIS REDES, SUSCRIBIRTE Y SEGUIRME TAMBIÉN EN MI PERFIL DE AMAZON.

NOS LEEMOS PRONTO.